

FRANCISCO CONTRERAS

EL PUEBLO
MARAVILLOSO
NOVELA



= V. Petit =

AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERIA
PARIS

FRANCISCO CONTRERAS

EL PUEBLO
MARAVILLOSO

NOVELA



AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERIA

14, RUE DES SAINTS-PÈRES, 14

PARIS

PROEMIO

Al contrario de lo que generalmente se cree, la América española, unida por la comunidad del origen y de la lengua, constituye un conglomerado social que posee caracteres propios y cuenta con una tradición genuina y rica. Estos dones comunes son el resultado de los aportes, que en todos nuestros países han sido semejantes, del español conquistador y del indio aborigen; de la contribución de las generaciones posteriores, que casi en todos nuestros pueblos han seguido orientación parecida, y de la influencia del medio físico, que en todas partes ofrece el mismo carácter general de grandeza primitiva.

Tenemos, pues, costumbres tradicionales, aficiones, juegos, danzas, fiestas y hasta trajes característicos y pintorescos, que no ofrecen sino diferencias accidentales de un país a otro: así, por ejemplo, la afición a los juegos hípicas, originada por la necesidad del caballo como medio de locomoción, y la danza lánguida y sin embargo rumbosa, que en Chile se denomina cueca y en Colombia bambuco. Pero poseemos, sobre todo, un acervo espiritual de canciones, melodías, consejas, cuentos, proverbios, etc. singulares y hermosos, que se repiten, con diferencias insignificantes, en cada país: tal la canción

voluptuosa y desgarradora, que en Bolivia se llama yaraví y en Cuba guajira, y tal el romance y el cuento azul de origen tradicional español. En este terreno somos sumamente ricos. Los recientes estudios de folklore nos están haciendo ver que poseemos una verdadera mitología inspirada por la teogonía indígena y por la superstición española modificadas por el ambiente. Sin duda, esta mitología ofrece diferencias en cada país, pero presenta aspectos esenciales de la misma naturaleza. Así, el mito del bicho luminoso que guarda los tesoros, lo hallamos en Chile con el nombre de Carbunclo y en la Argentina con el de Farol, y las supersticiones de la « fascinación » y del pacto con el diablo las encontramos en todas partes.

Como todas las sociedades primitivas, los pueblos hispanoamericanos tienen la intuición muy despierta de lo maravilloso, ésto es, el don de encontrar vínculos más o menos figurados con lo desconocido, lo misterioso, lo infinito. Pues, bien consideradas, las supersticiones y su encarnación: el mito, son manifestaciones subconscientes del espíritu religioso en la más amplia acepción de la palabra. Si no constituyen verdades concretas más que para algunos hombres ignorantes o ingenuos, representan para todos esas verdades secretas, simbólicas, clave del misterio de la vida. Nuestra mitología es, pues, elemento esencial precioso de nuestro espíritu colectivo.

Este fondo característico y tradicional se conserva viviente y transcendente en todos nuestros países, a pesar del progreso y de la inmigración extranjera, más notable, por cierto, en el campo y las aldeas, pero visible todavía en las ciudades y aún en las capitales. La citada afición hípica y el gusto por las danzas populares son comunes a todas nuestras clases sociales. El ascendiente de este fondo tradicional es tan poderoso que aún los elementos

nuevos de la población, resultantes de la inmigración extranjera, sufren su influencia. Es sabido que en la Argentina, los hijos de extranjeros alardean de parecer, en sus dichos y en sus hechos, « criollos ».

Por cierto, en nuestros pueblos aún en formación, se desarrollan día a día costumbres nuevas, determinadas por el progreso moderno y por el aporte de la inmigración europea. Pero tales costumbres no son exactamente las de Europa, sino éstas más o menos influidas por nuestro espíritu tradicional y modificadas por el medio. Igualmente, acrece día a día entre nosotros un nuevo acervo espiritual, principalmente literario y científico, originado por la influencia de la cultura europea, pero esta riqueza empréstada comienza ya a tornarse original, sobre todo en el dominio literario. Y cosa que puede parecer extraña, germina actualmente en nuestras sociedades un gran número de supersticiones y mitos nuevos. Pues el don de lo maravilloso, como el espíritu religioso, medra en todas las épocas y en todos los lugares; el creer que en nuestro siglo y en nuestro medio no existe ya es pura ilusión de proximidad. Las leyendas que se forman en rededor de ciertas personalidades, las preocupaciones suscitadas por algunos fenómenos mal conocidos, como el hipnotismo o la telepatía, la personificación de ciertas ideas abstractas, cual el Progreso o la Libertad, la deificación de los héroes o los protagonistas literarios son otros tantos mitos y supersticiones en formación o en pleno desarrollo. Mas como nuestra tradición y nuestro medio tienen caracteres propios, estas manifestaciones del alma colectiva aparecen también, entre nosotros, más o menos diferenciadas.

Al actual movimiento de nuestras letras, el Mundonovismo (1), que en pos de asimilarse las verdaderas con-

(1) Otros llaman a este movimiento Americanismo.

quistas del Modernismo, aspira a crear una literatura autónoma y genuina, busca instintivamente su inspiración en nuestro tesoro tradicional y característico, a fin de reflejar las grandes sugerencias de la tierra, de la raza, del ambiente. Deseando interpretar verdaderamente la vida de la América española y, en particular, la de mi país, Chile, he debido yo recurrir a este tesoro que es algo así como el cuerpo desnudo y el alma recóndita de nuestras sociedades. He considerado, pues, las costumbres y las actitudes transmitidas por nuestros antepasados, sin descartar lo que tienen de pintoresco o de picante. Mas no he dado a estos elementos, por así decir exteriores, importancia preponderante. Nuestros viejos novelistas de costumbres, que se inspiraron en ellos, no consiguieron hacer más que cuadros de un colorido primario, vacíos, por lo general, de verdadera animación. En el arte, lo primordial es la psicología. He recurrido, pues, con mayor empeño a nuestra tradición espiritual, que es la manifestación directa de la mentalidad y el sentimiento colectivos. En esto, como en el examen de nuestras hábitos, me he guiado por mis recuerdos, pues conozco bien la vida de mi país, en todos sus planos sociales. Empero, para interpretar al hombre integralmente, es menester no olvidar los fenómenos de la subconsciencia o de lo inconsciente, como quiere Freud; por desgracia, los novelistas en general no se ocupan mucho de ello, contentándose con el examen de los sentimientos y de las ideas. Por eso he considerado, con cierta preferencia, nuestra maravillosidad tradicional que es la simbolización subconsciente y, por tanto más profunda, de nuestro espíritu. En fin, como mi propósito comprende la época contemporánea, me he hecho eco también de nuestras costumbres modernas y de nuestros nuevos modos de pensar, de sentir y, permítaseme la expresión, de subsentir.

Es menester que los novelistas se propongan en fin interpretar la humanidad integralmente, ésto es, en su existencia material, sentimental e ideológica, a la vez que en su vida recóndita, oculta, subconsciente, tratando de destacar, de la banalidad aparente del cotidiano vivir, todo el inmenso e inquietante misterio humano. Pero es necesario también que procedan por síntesis, por selección, por escorzo, eliminando lo inútil y lo insignificante, para construir, en lo posible, con elementos esenciales, como lo hacen los líricos, a fin de entrañar significación transcendental y perdurable. Es menester, en una frase, inaugurar la Novela Integral y Lírica.

Desgraciadamente, la forma común de este género, rígida y unilateral, no es bien propicia para encuadrar la vida en sus aspectos múltiples y en su psicología intrincada. De aquí, sin duda, que los más grandes novelistas contemporáneos hayan salvado sus límites, desarrollando dos o más intrigas al mismo tiempo. [Yo hago, sencillamente, la novela en episodios que se vinculan de manera más o menos estrecha: todos se desenvuelven en el mismo lugar y el mismo lapso de tiempo, en todos aparecen los personajes más salientes, y en cada uno se trata un poco del que precede o del que sigue, asegurando así la continuidad de la narración. De este modo he podido hacer actuar una muchedumbre de personajes y pintar innumerables escenas características. A pesar de su composición fragmentada, la obra así concebida es pues un relato completo, una novela verdadera. Fácilmente se descubre en ella una unidad perfecta, pues en realidad todo gira en rededor de un grupo de personas, grupo que es el verdadero protagonista (en el caso de este libro, la familia Herrera) y todo ocurre en un lugar determinado y en un tiempo reducido. No es pues la novela de varios casos particulares, sino la de una comarca y de una época.

No creo yo, por cierto, que esta forma sea la única idónea a la novela nueva; creo, simplemente, que es la que conviene a mi propósito.

*Los escritores americanos debemos considerar todavía otra cuestión de suma importancia: la de la lengua. Siendo nuestro idioma el castellano, es evidente que debemos escribir según sus normas, renunciando a la veleidad de las pretendidas lenguas regionales y a la licencia de las ortografías locales, reformadas. Si la unidad en los idiomas es cosa preciosa, en el nuestro es indispensable, pues sólo con ella podremos ser comprendidos exactamente en todos nuestros países. Debemos pues cuidar la pureza de la expresión, sintaxis y léxico, rechazando los giros y vocablos improvisados, que deslucen nuestras letras modernistas e infestan la joven literatura. No quiere ésto decir que haya que condenar todo neologismo o galicismo: hemos de admitir los que son necesarios o siquiera convenientes al enriquecimiento idiomático, principalmente las voces nuevas desprendidas del vocabulario castizo. La lengua, como todo lo natural, es un fenómeno en perpetua evolución. Pero, ¿para qué inventar, por ejemplo, ese vocablo ridículo: *sedicente* (del francés: *soi-disant*) cuando podemos expresar lo mismo diciendo: *pretendidamente*? (No se vea en ésto jactancia de escribir bien, si deseo de conséguirlo.) Convendría, sin embargo, que en el estilo de la novela prefiriéramos, dentro del léxico puro, las voces de uso corriente en nuestros respectivos países, a fin de dar mayor sabor a nuestras narraciones. Es sabido que en América empleamos palabras que en España se usan hoy muy poco, e inversamente. Habiendo observado que entre los aldeanos de mi país se conservan palabras arcaicas, de*

la época de los conquistadores, no he vacilado yo en ponerlas en boca de algunos de mis personajes; creo que con ello no he restado majestad al discurso. Naturalmente, hemos de usar también, en ocasiones, los vocablos regionales que significan ideas o cosas locales y ciertos americanismos conocidos, pero estos vocablos necesarios pertenecen de hecho a nuestra lengua, con el mismo derecho que los provincialismos españoles. Empero, en América se usan muchas palabras en forma defectuosa, por efecto de mala pronunciación o, lo que es más grave, de degeneración. ¿Cómo hacer hablar, pues, a nuestros personajes populares? Cuando es cuestión de mala pronunciación, creo que debemos renunciar sencillamente al socorrido procedimiento de la traducción fonética, pues de seguirlo, tendríamos que hacer expresarse incorrectamente, devorando al menos las eses finales, a los personajes más cultos. Cuando se trata de degeneración, la decisión es más difícil. Celoso de la verdad, en mi libro *La Varillita de Virtud*, empleé, en las conversaciones, las formas verbales desviadas, que se usan en mi país. Mas habiendo visto que tal proceder pareció chocante en nuestras repúblicas del Norte, he renunciado a él, en vista de que la degeneración verbal no asume, en todos nuestros países, igual forma. Me he esforzado, pues, en conseguir la espontaneidad en los diálogos por medio más lícito: por la transcripción rigurosa de los giros característicos, las frases escorzadas, las palabras sabrosas del lenguaje popular. Pues me parece que el hablar de los personajes es, en la novela, cosa de suma importancia.

EL PUEBLO MARAVILOSO forma parte de un ciclo de novelas que interpretará la vida de la América española y, en particular de Chile, durante los últimos treinta años, en la aldea, en el campo, en la ciudad. Ciclo que se compondrá de diez libros. Esta

novela (1) es el primero. El segundo y el tercero: La Montaña Maravillosa, El Valle Maravilloso, están escritos ya. Los restantes: La Ciudad, La Selva, La Metrópolis, El Estero, El Exodo, La Tierra, La Catástrofe, están bosquejados o siquiera planeados. Quiera Dios conceder al autor el tiempo indispensable para llevar a cabo su temerario designio.

Paris, 1927.

(1) EL PUEBLO MARAVILLOSO apareció en francés en 1924, con el título de *la Ville Merveilleuse* (« Renaissance du Livre », Paris) Numerosos críticos, maestros y jóvenes, como Henri de Regnier, Fernand Vandérem, Jean Royère, Antoine Albalat, John Charpentier, Francis de Miomandre, Pierre Mac Orlan, Cécile Perrin, Raymond Clauzel, Jean Cassou, Pierre Bonardi, Léon Bocquet, Manoel Gahisto, C. de Saint-Cyr, René Morand, etc., le dedicaron en diarios y revistas juicios excelentes. — Nota del Editor.

PRIMER EPISODIO

EL CULEBRÓN

I

A esa hora de la oración y de la cena el pueblo estaba sin vida. Extendido sobre aquella meseta estrecha, rodeada de hondonadas azules de vegetación, encerrado por los montes que mordían el horizonte por todos lados, se aglomeraba al rededor de la iglesia de muros pintados y techo de zinc, en una soledad de abandono y un silencio de muerte. En las calles centrales de caserones chatos, enjalbejados de cal o pintarrajados, sobre los cuales subía el asta indispensable para izar la bandera, se veían algunas tiendas abiertas pero sin luz ni rumor humano. En los arrabales de casitas blancas o ranchos sombríos, empinados en lo alto o hundidos en las barrancas, había asimismo tabernas o despachos de licor abiertos, pero igualmente inanimados. Solamente en la plaza rodeada de corredores y ornada de grandes acacias que la estación marchitaba, se notaban restos de vida. De la iglesia emanaba un fulgor mortecino. Ante el pilón de piedra, unas cuantas mujeres y algunos rapaces llenaban,

parloteando, sus cántaros o sus pipas sobre carretillas : sus voces subían en arco en el aire dormido. Desde el corredor de la cárcel, un perro gruñía contra el barullo, hostilmente...

Perdido entre los montes de la Cordillera de la Costa alejado de las ciudades de importancia, y sin ferrocarril, este pueblo conservaba su aspecto antiguo, perpetuaba sus costumbres tradicionales, en aquellos años de fines del siglo XIX, en los cuales Chile, en la paz y la prosperidad, se sentía agitado por una viva aspiración hacia el progreso y la vida moderna.

El cielo abrasado por aquel turbulento crepúsculo de otoño, resplandecía, vibraba, ardía. Anchas nubes bajas, algodonosas, se deslizaban inflamadas, como el humo rojo de un incendio. Al occidente, otras fijas, altas y duras, como bolas de nieve desmesuradas, se orlaban de una púrpura ardiente ; por los intersticios se veía el azul desvanecido, de un verde líquido, impoluto.

La atmósfera estaba encendida de una claridad de hoguera. Los caserones se inflamaban de un rosa cálido. Los cerros vecinos se abrasaban de un violeta aluscinador ; un cono culminante, crespo de selvas (el famoso Huillén, en que había pumas) aparecía descabezado por las nubes. Caían algunas gotas de lluvia, espaciadas, pesadas, que se sentían calientes.

En la calle principal, las tiendas se doraban de luz, los zaguanes se animaban : aún cuando ya no hacía calor, las gentes salían a tomar el fresco. Hacia uno de los extremos de la vía, en el portón de una casa deteriorada, de la época colonial, un anciano de barba cenicienta derramada sobre el poncho oscuro, sentado junto al batiente claveteado, fumaba reposa-

damente hacia el cielo. Con su talante recio y sus cabellos canos desbordantes del fieltro aludo, tenía el aspecto fuerte y manso de un patriarca. Su cara dura, como tallada en madera, estriada de arrugas profundas, se suavizaba al brillo de sus ojos ingenuos, de un azul plúmbeo de noche serena. A su lado, en pie sobre el umbral, un muchacho delgadito, moreno, de pupilas muy brillantes, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, miraba distraidamente la calle estrecha, con sus aceras empinadas, a cuyo borde corría la sonrisa verde de la hierba tierna.

Por la calzada de tierra endurecida, subían algunas mujeres equilibrando sobre la cabeza grandes cántaros de arcilla rojiza ; sus faldas remangadas dejaban ver las pantorrillas y los pies desnudos, del color de los cántaros. Entre ellas iban algunos chicuelos con cubos en ambas manos, separados por un aro de madera, y se hacía notar un viejo enclenque, tuerto, que empujaba una pipa rodante, embadurnada de azul ; vestía un levitón raído y una chistera opaca y acordeonada.

A una vez, el anciano y el niño sonrieron :

— Adiós, Bartolito.

— ... Señores, murmuró el viejo.

Alentado, el niño se decidió a hablar.

— ¿Y me mandará al colegio este año? — balbuceó, mirando al anciano con el rinconcillo del ojo.

— ¡ Cómo, pues, hijito ! — replicó el buen padre, sin manifestar la menor sorpresa. — Las cosechas no son buenas, y las obligaciones que hay que pagar... Si quieres estudiar en la ciudad, no tienes más que irte con tu tío cura ; él te ruega...

El muchacho hundió el cuello en los hombros, abrumado por abatimiento irresistible ; dobló las rodillas, se sentó en el umbral, dejó caer el mentón

entre las palmas. «Lo de todos los años ! No, no podría educarse, no se haría un hombre instruido, fino, respetable, no sería un «caballero»... Debería contentarse con la suerte de sus hermanos mayores : aprender, en la escuela del pueblo, lo poco que se enseñaba, y luego hundirse en el campo, trabajar la tierra, ser un « guaso » (1)... ¿Irse con el tío cura ? ¡ Jamás ! Deseaba meterlo en el seminario y él no quería ser cura... »

La imagen de una niñita rubia como la cebada madura, alba como una azucena matinal, se destacó en su cerebro, nítida, viviente, cual si la preciosa pasara por la calle. Deslumbrado, apretó los párpados para apagar la visión fascinadora. « ¡ Ah, no, no ! Mejor era no *verla* más. Él no podría merecerla nunca... »

En el zaguán de la casa frontera sonaba una voz ronca, con ceceo de boca desdentada : exclamaba, regañaba airadamente :

—... ¡ Caray !... Mujer del diablo !... ¡ Hija de perra!.. ¡ Caray !...

Luego, en el hueco penumbroso de la puerta apareció un vejete seco, inclinado bajo el poncho color paja sucia. Su cara mofletuda, su nariz redonda, su bigote de un blanco verdoso, recortado sobre el labio, sus ojos turbios, como escondidos en la sombra del chambergo, le hacían parecerse a uno de esos perros viejos y gruñidores, siempre dispuestos a mostrar los dientes. Más terrible en apariencia que de verdad, reñía todo el santo día a su pobre mujer y no sabía corregir a sus hijos que manifestaban instintos crimi-

(1) Apodo del campesino chileno.

nales. Don Pedro el Cruel : con tal nombre histórico lo conocían todos en el pueblo.

Al notar al anciano sentado a su puerta, tosió con énfasis. Mas, como el buen hombre no se moviera :

— ¡ Don Candelario ! — gritó. — Felices los ojos que lo ven...

Y atravezando la calle, con tino para no rodar al bajar y subir las altas aceras, estrechó la mano velluda del anciano, que se había puesto en pie por cortesía.

— ¿Y cómo ha llegado? ¿Y cómo va la salud? ¿Y cómo han estado las cosechas?...

Interrogaba con premura exagerada, como si se tratase de cosas que le interesasen profundamente.

Mordiendo la sonrisa, don Candelario contestaba en voz suave, sin apresurarse : « Había llegado bien, la salud buena, las cosechas malitas... »

El cielo se había apagado bruscamente ; la primera sombra nocturna suavizaba la línea ruda de los tejados y ennegrecía los aleros. Tras algunas ventanas temblaban ocres cálidos de luces. Comenzaba a llover : se oía el tamborileo de las gotas sobre el suelo enjuto. Por las aceras subían grupos opacos de mujeres envueltas en sus amplios mantos y uno que otro anciano arrebuñado en su largo poncho.

— Ya sale la novena — dijo don Candelario.

Y alargando el cuello para examinar a las gentes :

— Ahí vienen...

A poco, un grupo se detuvo ante la puerta : la señora, joven aún, gruesa y trigueña, y sus dos hijas, la una desgarrada y treintona, la otra niña y vivaracha, acompañadas de un viejo alto, tieso en su gabán verdoso, y de su hijita fresca y regordetilla, de anchos ojos sombríos.

— ¡ Don Pepe ! ¡ Melanita !...

— ¡ Don Candelario !...

Exclamaciones, saludos, interrogaciones. Un barullo de preguntas y respuestas, acentuado de interjecciones y cortado de sonrisas.

— ¿Por qué no entran un ratito ?

Juanita, la «niña» mayor, acababa de iluminar la sala.

Don Pepe se excusó : « La señora, enferma, los esperaba... La lluvia iba a tupir... »

Pero don Pedro se coló en el zaguán :

— Un ratito...

Entraron todos en la sala grande y fría, con su pavimento de baldosas cubierto apenas por la vieja estera, su techo de vigas rústicas, sus paredes embadurnadas de cal, ornadas de algunas vistas de la reciente guerra y de dos o tres fotografías desteñidas, en marcos de cartón, irisados de caracolillos.

Las niñas, con Melania, penetraron en las piezas interiores. La señora, fatigada, se desprendió el manto y se dejó caer sobre el viejo sofá de crin negro, ante el cual refulgía un brasero de cobre, lleno de brasas. Los hombres se sentaron en torno de la mesa redonda, cubierta de un tapiz de hilo tejido con primor, sobre la cual humeaba más que ardía la alta lámpara de hierro. El niño se apoyó contra la mesilla siglo XVIII, que servía de altar a una Virgen de talla, antigua, vestida de seda color de arroje, más gruesa y colorada que una moza campesina.

Don Candelario, que había puesto sobre la mesa la bolsita reñamada de flores rojas, en que guardaba el tabaco y las hojas de maíz sobadas, liaba un cigarrillo, concienzudamente.

Don Pedro seguía sus manejos con mirada ansiosa.

— ¿Es de su cosecha? — murmuró, designando con el labio inferior el tabaco prieto que desbordaba de la bolsa.

El anciano se inclinó, mostrando los dientes amarillos, en ruina :

— ¡ Un puñadito !... ¿Si gusta?...

Y le alargó la bolsa.

En un santiamén, el vejete hizo un cigarro grueso como el pulgar ; lo encendió en la lámpara, y, echando humo por boca y narices :

— ¡ Superior ! — exclamó. — Si quiere venderlo mándeme llamar.

El buen hombre se encogió en una risa sorda, que le acribilló la cara de arrugas.

Entró Juanita, dejando ver a la luz su figura infeliz de mujercilla insexuada, toda acción y abnegación.

— ¿Quieren que les sirva una copita de mistela de apio?

Don Pedro respondió por todos :

— Mas antes probaríamos con gusto el mosto nuevo de don Candelario.

Asintió don Pepe, meneando su cabeza de pájaro desplumado, con sólo dos pintas de pelo sobre las orejas.

La joven se apresuró a poner sobre la mesa una garrafa repleta de vino espumante y tres vasos glaucos de vidrio. Sirvió el dueño de la casa. Don Pedro alzó su vaso, con arrogancia afectada ; contempló el licor contra la luz, lo apuró de un sorbo.

— ¡ Superior !

Y mirando a don Candelario, que sonreía agradeciendo el elogio :

— ¿Y así se queja de la cosecha ?...

— No, de la vendimia no me quejo — replicó el anciano. — Me quejo de la cosecha del trigo. El mosto

se vende por nada : sobra... Y hay que juntar plata para la vida (¡ en el pueblo se gasta tánto !) y para pagar las obligaciones...

Y apagando la voz, confidencialmente :

— Tengo mis tierras hipotecadas a don Fernando López.

El niño se estremeció. Don Fernando era el padre de Clemencia, la niñita rubia como la cebada madura, alba como una azucena matinal.

— ... El caballero es muy bien hablado, muy cariñoso...

— Muy cariñoso — repitió don Pedro, como diciendo : « Yo lo conozco bien. »

— ... Pero hay que cumplirle, si no...

— Lo acaba a uno, — terminó don Pepe con su vocesilla aflautada, acordada a su figura.

— Así, pues — continuó el anciano — el pobre trabaja, trabaja como el buey, y no avanza jamás de los jamases... Yo me pregunto, cómo los ricos pueden atezorar...

Y sonriendo con malicia ingenua :

— A menos que sea cierto lo que dicen, que el Malo les ayuda...

Don Pepe clavó con la mirada a don Pedro. Conocía su presunción de ser amigo de los ricos, quienes lo consideraban porque les servía de bufón, de testigo falso o de alcahuete. Dijo :

— Don Pedro, que trata con ellos, ha de saberlo...

— ¡ Yo no sé nada ! — exclamó el viejo malhumorado, alzando la frente con dignidad.

— ¿ No tiene tratos con don Fernando, tan considerado con los pobres, y con don José Manuel Herrera, tan lerdo para la broma ? ¿ No fué él quien le puso don Pedro el Cruel ?

La señora, que tomaba mate chupando con fruición la bombilla de plata, no pudo contener la risa. El Cruel tendió el brazo contra el importuno, altivamente, y se volvió hacia el dueño de la casa, todo atención.

— ¿No dicen, pues — prosiguió don Candelario — que algunos ricos crían sabandijas que les dan plata y que los aconsejan en los nogocios?... Cuando yo era mediano oí contar muchas veces que algunos caballeros tenían culebrones, que ellos mismos cuidaban, sin dejar que naide los viera. Decían que para hacerse de uno de esos demontres, buscaban un nidal de culebras y echaban en él una pieza de plata antigua, de esas de cruz ; las culebras fuían como condenadas ; no quedaba más que una, verdecita : esa era la de virtud.

Inclinándose sobre la mesa, don Pedro alargó el morro hacia el anciano.

— ¿Se acuerda usted de don Nicasio Vera? — murmuró misteriosamente. — Ese tenía culebrón. Lo guardaba en una petaca que tenía debajo de la cama, y lo mantenía el mismo con huevos de gansa... Yo vide la petaca con estos ojos, un día que el finado mi padre me mandó con un recado... El sobrino que había criado, que era un barragán, estaba enojado con el caballero porque no le daba plata para apostar en las carreras y en las riñas de gallos. Un día le pescó las llaves y abrió la petaca : creía que ahí guardaba los reales. Metió la mano para sacar la plata, cuando topó una cosa gruesa, dura y helada como la piedra. ¡ Señor de mi alma ! Era el culebrón... El culebrón, que lo miraba con los ojazos blancos y el hocico tamaño, abierto... Pero el bellaco no se afligió. ¡ Era un barragán ! Sacó la navaja y le dió una cuchillada... ¿Y qué cree usted que salió de las tripas?

La señora soltó la carcajada.

— ¡ Orito ! — exclamó el viejo, dando un golpe sobre la mesa, que hizo danzar los vasos. — ¡ Orito puro !

El niño, que se había aproximado, miraba al hom-

bre, estupefacto, los ojos encendidos por la maravilla y por el horror.

— ¿Y será cierto que esas son cosas del Malo? — preguntó con ansiedad.

— ¿Por qué? — ganguéo el viejo. — Como hay varillitas de virtud...

A un tiempo, la señora y los hombres estallaron en risa :

— ¡ Este don Pedro el Cruel !...

Al alegre ruido, acudieron las muchachas alborotadas, voceando simultáneamente :

— ¿Qué hay?... — ¿Qué ha dicho don Pedro?... — ¿Por qué se ríen?... — ¿Qué ha dicho don Pedro el Cruel?...

Don Pepe se puso en pie, el vejete lo imitó.

Llovía a cascadas : la calle vibraba, la ventana crujía con son cristalino.

Apresuróse Juanita a presentar a don Pepe el paraguas desmesurado y los suecos de madera y cuero, del dueño de la casa. El buen hombre aceptó :

— Vaya, pues ; Dios se lo pague...

El muchacho abrió la puerta. ¡ Cómo llovía ! El fracaso ensordecía al extremo de no dejar oír las frases de adiós.

Después de correr el cerrojo y asegurar la tranca, el niño ganó el corredor sombrío, lleno del fragor y la humedad del agua que caía de las tejas, en gruesos flecos cristalinos. Se aproximó a la pared y se quedó inmóvil. Hallábase turbado, removido, desconcertado. No pensaba en nada, pero sentía, sentía... Habría querido correr bajo la lluvia, gritar más que el agua...

A tientas, entró en sú cuarto, encendió la vela. Paseó una mirada recelosa bajo su camilla y bajo las camas deshechas en que dormían sus hermanos

cuando venían al pueblo. Tiritaba de frío y de miedo, él que no habría temblado ante una pandilla de salteadores, de miedo a algo desconocido, que sentía en el aire.

Se acostó en un segundo, apagó la luz. Era tan violenta su agitación interior que percibía los latidos de su corazón en la garganta. Ante sus ojos, ciegos por la sombra y sin embargo henchidos de una claridad cambiante, ora escarlata, ora verde, ora violeta, las representaciones de las cosas que acababa de ver u oír se destacaban fragmentariamente, en imágenes rápidas, deslumbradoras, alucinantes. Ya era el vejete hablando misteriosamente, los labios dilatados, los ojos salidos. Ya era el barragán abriendo con sigilo la petaca maravillosa. Ya era el culebrón verde, duro y frío como la piedra, echando por la herida orito, orito puro... Empero, poco a poco fué calmándose. Su cerebro seguía velando, pero sus miembros se adormilaban hasta el punto de no sentir las picaduras de las pulgas famélicas. Después, no vió más, no supo más.

De pronto se agitó, sobresaltado. « ¡ Ah ! » La casa entera relumbraba, como el cielo de aquella tarde, llena de una claridad rósea, dulcísima. Por puertas y ventanas se escapaban ruidos de fiesta: música, risas, taconeo de baile... La sala, el comedor, el cuarto de sus padres, amueblados lujosamente, con sillones de cuero dorado y cortinajes de damasco purpúreo, estaban repletos de grandes caballeros de levita y corbata blanca y de hermosas señoras de trajes brillantes, el tracero abultado por el polisón. Todos los ricos del pueblo y muchos forasteros. He ahí al gobernador de frac, sobre el pecho la banda tricolor, que se ponía los días de fiestas patrias, y a su señora de escote

en el moño un ramillete de flores de mano. Y he ahí a su padre que jamás dejaba el poncho, metido en un levitón espejeante, y a Juanita que no tenía más ornamento que el manto, ceñida en un traje de popelina verde, con un polisón... Era extraño, y, sin embargo, él no sentía la menor sorpresa... Los jóvenes y las muchachas, entrelazados, revoloteaban en una danza endiablada, al son del piano invisible, que gritaba con todos sus acordes una polca en boga.

Sin aturdirse, él miraba a todos lados, atentamente. Buscaba a Clemencia. Creía haberla visto pasar volando entre el torbellino de danzantes.

... Pero ¿era verdaderamente en su casa, en su humilde casa donde tenía lugar aquella fiesta?... ¡Bah! Detrás de las sillas doradas se erguían grandes árboles silvestres, verdegueaba la hierba loca; enormes montañas se recortaban sobre el azul... Niñas y jóvenes danzaban sobre la tierra desnuda, envueltos en anchos nimbos de polvo... Buscando a Clemencia, él andaba, andaba... Las gentes y las parejas se hacían escasas... A poco, se encontró solo, en un camino perdido, salvaje. Era al pie del famoso Huillén. A un paso subía la falda desmesurada, hirsuta de robles y pataguas centenarios. En los claros se alzaban casitas fantásticas, con torres brillantes y miradores floridos, como las que se ven en los libros de imágenes.

A la vera del camino, las melezas se agitaban. Se detuvo. Era un nidal de culebras. ¡Un nidal de culebras horroroso! ¡Qué ocasión! Cortó un buen garrote de roble y se dió a apalear el nido. Espantadas, las culebras se desarrollaban, huían silbando... Al fin no quedó más que una pequeña, verdecita... Presto, la asió con ambas manos; pero se le deslizó de los

dedos, y, alargándose extrañamente, echó a correr (sí, a correr) erguida sobre la cola, como dicen que andaba su primera madre en el paraíso, antes de tentar a la nuestra. El niño se lanzó en pos, corriendo a campo traviesa. Desafortunado, trasponía cercas, saltaba zanjas, sin perder de vista al astuto reptil, cuya cabeza sobrepasaba las más altas hierbas. Corría más que el viento, pero la condenada corría más aún...

¡ Diablos ! Alguien lo perseguía a su vez. Un hielo no natural le recorrió el dorso. Tras él se agitaba una sombra larga. ¡ El tío cura ! Lo reconoció, a pesar de que su cara no era más que una calavera de negras cuencas. Esgrimía un garrote descomunal, más recio que el suyo. No corría, volaba gravitando sobre los hierbajos. El niño sentía a un paso el zumbido de su garrote que azotaba el vacío. Despavorido, corría corría sin cuidarse ya de la culebra de virtud, aspirando solamente a escapar a su siniestro perseguidor. Al atravesar un totoral, se dejó caer sobre el vientre para hacerse invisible. El fantasma pasó sobre su cuerpo, rozándole con su largo sudario. Mas en cuanto se incorporó y echó a correr en dirección contraria, el implacable cura, volvióse a su vez y se lanzó de nuevo tras él. El niño no podía más : su frente chorreaba un sudor glacial, su corazón iba a escapar por su boca entreabierta. Unos cuantos brincos más y sus rodillas se doblaron, impotentes : cayó de golpe sobre el pastizal. Al instante un peso irresistible se echó sobre su cuerpo. ¿ El Huillén se había derrumbado ? Tuvo la sensación de estar interrado vivo. Quería incorporarse pero no podía moverse. Quería gritar pero no podía sacar la voz. Se ahogaba, se ahogaba...

— ¡ Efraín ! ¡ Efraín ! ...

Abrió los ojos, asustado.

— ... Vístete. ¿No sabes que es domingo y hay que ir a misa?...

Juanita golpeaba la ventana, aproximando la cara a los vidrios empañados.

— Bueno, bueno. Ya voy.

El cuarto estaba lleno de una claridad escarlata. A través de los vidrios se veía un macizo de geranios, todo golpeado del vermellón de sus flores, y un pedazo de cielo de porcelana azul.

Bostezó, estiró los brazos, como un gato que se despereza; pero en vez de salir de la cama, se hundió más en las sábanas tibias.

Por el corredor pasaron el taconeo precipitado y el raudó crujir de enaguas de su madre y sus hermanas que partían a la misa. Después, la casa cayó en un gran silencio interrumpido apenas por la voz gangosa de la vieja cocinera que tarareaba un aire antiguo :

Laraina, larainai, naina,

Larainai, na,

Laraina, larainai, naina,

Larainai, na...

De un salto se puso en pie. Sacó del baúl claveteado el traje dominguero, de mezcla; el corbatín morado, y un par de medias de igual color. Se vistió en un minuto. Se lavó en la palangana de arcilla los dedos y la punta de la nariz; se alisó el pelo corto con el peine húmedo, y se caló el sombrero de paño, inclinandolo algo hacia el ojo derecho. Corrió al corredor, tomó un panecillo del cesto repleto y, devorándolo a dentelladas, salió presuroso. « Ya la iglesia había de estar llena... Y él, que debía ayudar la misa... »

III

Bajo el cielo deslumbrante, como lavado por la lluvia de la noche, los caserones enjalbejados de cal deslumbraban ; tras las rejas terminadas en punta de lanza, las ventanas hacían visos de espejo. De los tejados rojinegros, afelpados de musgo, se alzaban tenuos vahos azules. Por las anchas puertas abiertas se divisaban los jardines interiores verdegueantes, como envueltos en un oro transparente. Por la calzada silenciosa no pasaba más que un campesino a caballo, encogido bajo el poncho negro y morado ; a las ancas de la bestia la consorte arrebujaada en su pañolón oscuro. El niño arrojó una mirada, al pasar, a una puerta llena de claridad verde : la del caserón de las señoritas Herreras, hermanas de don José Manuel, donde había un huerto grande como una finca, famoso por su fruta.

En la parte central de la calle, donde habitaban los ricos, los caserones remozados, pintados de gris, rosa o amarillo, con altas cornisas blancas, parecían sonreír por sus zaguanes espaciosos, con mamparas brillantes. Allí se alzaba la casa nueva de don José Manuel Herrera. Era la mejor del pueblo, la única que tenía balcones. Su cornisa, coronada de una fila de jarrones blancos, parecía topar el cielo. Su mam-

para, de vidrios de colores, relumbraba con todas las luces del arco iris. Ante la tienda de la esquina, abierta, el empleado se aburría, silbando entre dientes. Mas allá estaba la casa de don Fernando López, vetusta pero alegre, con sus muros pintados de rosa.

En la plaza, las acacias gigantescas se adormecían en el silencio de oro; su fronda menuda tenía rigidez y esplendor metálicos. Por entre los troncos rectos, se veían los jardines cerrados de rejas blancas, desbordantes de flores, la pila central; con su figura de bronce verde, el modesto monumento en mármol al héroe de la última guerra, nacido en el pueblo, como temblorosos por la reverberación. He ahí la iglesia altísima, pintada de blanco y azul, con su fachada grecorromana mitrada de ancho tímpano soportado por gruesas columnas. Por las puertas en arco de medio punto, se percibía el interior violáceo de sombra picada de fuego por los cirios encendidos.

Con qué sorpresa notó Efraín que las gentes se arremolinaban, produciendo el rumor de un hato de ovejas que se pone en marcha. Los mendigos, apostados cabe los quicios, iniciaban su estribillo doliente:

— Una limosnita, por el amor de Dios...

Los jóvenes elegantes salían.

« ¡ Ave María ! Se había quedado sin misa. Había cometido un pecado mortal... »

Hinchados de satisfacción, los elegantes se alineaban a ambos lados de la puerta mayor, para ver desfilar a las señoritas. Parodiando la moda del momento, vestían pantalones ceñidos como calzas, hongos de alas anchas, botines de punta aguda remangada. Algunos ostentaban chalecos « de fantasía », de seda verde o violeta, y uno, imberbe, hacía ver unos guantes amarillos, con unas barras negras... Efraín

lo miró con respeto : era un estudiante aún en vacaciones ; se colocó a su espalda, junto al muro.

Salían las señoras principales rodeadas de sus hijas casaderas, y de sus hijitos, como gallinas en medio de sus polluelos. Envueltas en sus mantos chinescos, de seda bordada, llevaban con majestad la pequeña alfombra de piel o de felpa, que les servía para arrodillarse, y el libro de oraciones, empastado en marfil o terciopelo. Las jóvenes se envolvían en mantos diáfanos, que transparentaban el traje elegante, de color, y mostraban en la muñeca, a guisa de pulsera, el rosario de nácar. La señora de don José Manuel Herrera avanzaba, bella y majestuosa, entre sus cuatro hijos : dos chicas y dos niños. Efraín sonrió al más pequeño pero ni miró al otro. Súbito, sus pupilas chispearon. Acababa de ver a Clemencia en el grupo de su familia. Su carita rosa y aterciopelada como un melocotón, resplandecía encuadrada en el manto negro. Bajo su falda corta, de color de fresa, se agitaban sus finas piernas moldeadas en medias amarillas. Hablaba a un niño vestido de terciopelo azul, que se apoyaba cómicamente en un bastoncillo de bambú.

« ¡ Alfredito ! » Efraín sonrió al verlo. « Era su mejor amigo. A pesar de ser tan rico, no era orgulloso. En la escuela, se sentaba a su lado, y los domingos, lo invitaba a jugar en la huerta de su casa... » Quiso aproximarse para hacerse ver, pero ya el grupo se perdía en la onda de gentes en movimiento.

Echó a andar calle arriba, algo mohino, en la pesadumbre vaga del pecado mortal que acababa de cometer. « Con tal que su madre no lo supiera... »

En la casa de don Fernando López, que lucía como

un rosal al sol, las muchachas y el niño se habían quedado ante la puerta para ver pasar a los conocidos. Racimo delicioso de caritas plácidas y trajes brillantes.

Temeroso de tener que saludar, dejó la acera y se confundió con las gentes humildes, mujeres del pueblo embadurnadas de afeite, campesinos de poncho y anchos fieltros, que subían por la calzada.

Ante la puerta del único hotel, que servía también de club, dos caballeros de gabán miraban el desfile, saludando de tiempo en tiempo, con el sombrero de copa, resplandeciente.

Iba ya cerca de su casa cuando sintió que alguien lo llamaba. Teresita, su hermana menor, que venía con Melania del brazo. Hizo un saludo vago con el sombrero, poniéndose encarnado hasta las orejas. Mas atrás venía su madre con don Candelario y dos damas, la una fina y pálida, la otra gruesa y violácea: Mariquita Herrera y Merceditas Ramírez, solteronas beatas que cantaban en la iglesia. Las conocía bien: eran vecinas.

— ¡Efraín! ¿Alcanzaste a misa?

— Sí, mamá.

« ¿Por qué Teresita y su amiga reían hasta sofocarse? ¡Intrusas!... » Habría querido hacerse humo.

Felizmente, llegaban. Mariquita Herrera, Melania y don Pepe se despidieron. Merceditas Ramírez entró con la familia.

En el comedor primitivo, de paredes desnudas y ventanas ferradas de prisión, la familia y la visita rodeaban la mesa humilde pero bien provista con pastas de dulce de membrillo, queso fresco, fruta aromática; al centro el pavo fiambre indispensable sobre nido de lechuga y albahaca, en el pico una rosa.

Desembarazada del manto, Merceditas se expandía en su soberbio vestido de seda verdinegra, cambiante, como el plumaje de los patos comunes. Hablaba enfáticamente, conciente de su superioridad a esa familia de la clase media. Trataba de las familias principales que frecuentaba, comentando los acontecimientos de sus vidas. La dueña de la casa, atenta al servicio, la escuchaba, sin embargo, devotamente, asintiendo de vez en vez con frases meditadas. Don Candelario, mudo, sonreía al muslo de gallina que devoraba concienzudamente.

— ... ¡Las Herreras! ¡Qué aflijidas están! La muchacha que han criado como si fuera de la familia, se halla enferma de un mal raro, que nadie conoce: se lleva acostada, sin hablar, sin comer, y, si alguien se acerca, se pone a gritar como una loca. Yo quedé espantada una vez que la oí: aullaba como si la estuvieran matando... Qué trabajo, ¡Señor!, ahora que viven en la abundancia, regaladas por su buen hermano: don José Manuel les da de todo, las llena de regalos... Y la muchacha no mejora. Al contrario: cada día va peor. Mariquita acaba de pedirme que ruegue a Dios por ella...

— Dicen que está « espirituada » — arriesgó la dueña de la casa — que el demonio se le ha metido en el cuerpo...

— Así no más ha de ser — exclamó Juanita que servía. — Habían de llamar al Señor cura, que es un santo.

Merceditas no contestó. Deseosa de comentar todas las noticias locales, se puso a hablar de otra familia.

Súbito, Efraín alzó la nariz de su plato vagueante. Merceditas acababa de nombrar a la madre de Clemencia.

— ... ¡ La Rafaela ! Está muerta de contento. Don Fernando le ha traído de la capital un manto de espumilla de la China, que es una alhaja : todo bordado con ramazones de flores y con figuras de chinos... ¡ Y la caja ! Toda pintada con flores y con chinos, también... Les gusta figurarse a ellos mismos en todas partes, a los chinos...

Y redondeando los ojuelos :

— ¡ Está tan rico don Fernando !...

Teresita saltó en su silla :

— ¡ Tendrá culebrón, pues ! — exclamó. — Dice don Pedro el Cruel que...

Todos rieron.

— Cierto, va poco a la iglesia — murmuró Mercedes — pero es tan bondadoso...

— Muy bondadoso — asintió el anciano, recordando la amable manera con la cual todos los años le pedía de no ponerlo en « la dura obligación » de tener que demandarlo...

De la calle, amodorrada de sol, llegó un son alarmante de música militar, que se abultó rápidamente.

A una, los niños saltaron de sus sillas, y, sin oír las reconvenciones de la señora, corrieron al zaguán, se asomaron a la puerta.

Era el « batallón » cívico del departamento, que salía a hacer el ejercicio dominical. Adelante, los músicos, en uniforme azul y rojo, tocaban con furor sus instrumentos de cobre relampagueantes ; luego los soldados improvisados, vestidos de tela gris, con quepís azules, en filas anchas, acordaban el paso lo mejor que sus pies, embarazados por las botas, les permitían. Entre los pelotones, los oficiales, de levita negra con botones dorados, marchaban erguidos, la espada desnuda contra el pecho. El ruido rítmico

de la marcha marcaba el compás del paso doble de la música.

Los niños, mudos, seguían el brillante desfile con mirada maravillada.

Cuando los últimos soldados desaparecieron al fin de la calle, Teresita se aproximó a su hermano, misteriosamente.

— ¿Sabes, Efraín?...

Pegó los labios a la oreja del niño :

— Melania habla mucho de ti.

Y girando sobre la punta de las botinas, con tal ímpetu que su falda corta se acampanó dejando ver enteramente sus pantaloncitos con volantes bordados, entró en el comedor, saltando y riendo.

Quedóse el muchacho un momento inmóvil, taciturno. Luego tomó su sombrero y echó a andar por la calle arriba. Al llegar a las barrancas en que la vía terminaba bruscamente, torció por el arrabal contiguo a una pradera toda salpicada de violeta por las flores de los alfilerillos, en que blanqueaba una casita perdida. Allí estaba el regimiento haciendo ejercicio. A los toques de mando, los hombres marchaban, los pelotones se desunían, las filas se dislocaban para luego volver a juntarse, ordenarse o detenerse, trazando figuras simétricas, como danzantes de cotillón. Al marchar, las piernas formaban una serie de ángulos rectos, que se hacían y deshacían simultáneamente. Listos, los oficiales guiaban la maniobra con la espada deslumbrante. A cierta distancia, el mayor, veterano de línea que con sus mostachos, su larga pera y sus bombachos rojos, parodiaba a Napoleón III, daba con tonante acento las voces de mando que el tambor infantil traducía en el parche, estruendosamente.

Largo rato estuvo Efraín, los ojos fijos, la boca entreabierta, contemplando el espectáculo, estrujado entre el corro de mirones : viejos zarrapastrosos, mujeres con criaturas en los brazos, chicuelos en cabellos, que seguían la maniobra en silencio religioso. El atavismo guerrero y aventurero de la raza lo hacía extasiarse ante aquel rudimentario simulacro bélico. Después, se abrió paso y rondando el campo marcial, se dirigió a lo alto del prado, donde una gran cruz de madera abría sus brazos blancos en el corazón del azul.

Se apoyó contra la verja y esparció la mirada sobre la perspectiva admirable. A sus pies, las barrancas rojizas, las hondonadas verdeantes descendían en líneas bruscas de ondas tempestuosas. Luego, el riachuelo de la región ondulaba entre peñascos brunos y membrillares grises, como un culebrón de plata derretida. Después se encorvaban lomas innumerables, rubias de rastrojos o salpicadas de viñas, con raros arbolillos en el cielo ; se abrían valles sin término, azules de sembrados, rayados de oro por las alamedas que el otoño metalizaba. En fin, los cerros lejanos, envueltos como en un humo azulino que teñía de violeta las faldas desnudas, de índigo las vertientes boscosas, rompían por todas partes el horizonte ; por encima de todos culminaba el gigantesco Huillén coronado de selvas sombrías. Sobre las cimas, el cielo, visiblemente cóncavo, semejaba una inmensa copa de lapislázuli.

Encantado, detuvo la mirada en una casa próxima, albeante sobre el estero, entre un ramillete de frutales. « La quinta de don José Manuel Herrera. Allí comenzaba su hacienda, famosa por su vino. Las casas principales estaban lejos, más allá de las últimas lomas.

¡Qué grandes y qué bonitas! Tenían un corredor muy largo, con rejas azules. Él las había divisado una vez, de lo alto del camino real. »

Fijóse en un caserón que se alzaba de otro lado, bajo un dosel de eucaliptos colosales. « La quinta de don Fernando López. Su hacienda comprendía una gran parte del Huillén. Las casas, no las había visto: decían que eran muy grandes y muy bonitas. »

« ¡ Don José Manuel, don Fernando! Los dos más ricos del pueblo. Sus hijas se casarían con grandes caballeros de otras partes... »

Suspiró, aspirando con fruición el aire embalsamado por el perfume dulce de las alamedas marchitas.

En la barranca próxima se agitaba una sombra minúscula. ¡ Una culebra! Una culebra que se paseaba al sol, vestida de plata. Hizo ademán de seguirla; se contuvo. El sueño de aquella noche, de que guardaba la impresión latente pero vaga, se destacó entonces en su cerebro, con precisión de realidad reciente. Vió la fiesta singular, que empezaba en su casa y terminaba en el campo salvaje. Descubrió, sorprendido, el nido de culebras, a la vera de la ruta. Tembló al sentirse perseguido por el tío-fantasma... Luego, por asociación de ideas, oyó la cómica réplica de Teresita a la señorita Ramírez. Sonrió, pero en seguida se tornó grave. « Seriamente, don Fernando ¿tendría culebrón? »

IV

Unos cuantos cívicos desarmados, en alegre charla, pasaron rozándolo y se perdieron en el sendero de la falda. La primera parte del ejercicio había terminado. En la pradera se veían los fusiles con las bayonetas cruzadas, formando conos simétricos; al centro, en torno del bombo y los tambores, los instrumentos de cobre resplandecían sobre la opacidad de la hierba.

Volvió sobre sus pasos, sin poder apartar la mirada de aquellos instrumentos que, abandonados en el campo, le daban la impresión de cosas fantásticas, como las de su sueño.

Ante él se extendía la Alameda infaltable en nuestros viejos pueblos, en la cual tenían lugar las carreras de caballos, los días de fiesta nacional. Tomó por la avenida central, a la sombra de los álamos jóvenes, que la estación manchaba magníficamente de ocre y de púrpura. Atravesaba el centro de los regocijos populares. Verdad que allí se abría el jardín sombrío del hospital, al fondo el frontis con columnas de la capilla. Pero se veían a cada paso despachos de licor, anunciados por letreros rojos sobre la pared blanca, y se notaban algunas casitas vibrantes de sonos de guitarra, ecos de canciones, ruido de palmadas: de toda esa bulla monótona y melancólica, que caracteriza

la triste alegría del pueblo hispanoamericano. Ante las puertas, grupos de guasos montados hacían danzar sus caballos, pasándose un vaso enorme repleto de chicha nueva.

Al enfrentar una ancha puerta en que se agrupaban algunos mozalbetes del pueblo, el niño cedió a la tentación de detenerse a mirar. En el patio, bajo el emparrado pobre ya de hojas pero rico aún de racimos azules, Napoleón III y su corte de oficiales se regalaban con una gran fuente de empanadas fritas, de esas que, « cuando las muerden, gritan... » Las muchachas de la casa, encendidas de carmín, servían solícitas, haciendo crujir sus faldas de percal, tiesas de almidón. Hacia al fondo, junto a la cocina que humeaba por todas partes, don Pedro el Cruel estiraba el cuello, hablando con un hombre a caballo, de barba cenicienta, sumido en su poncho largo y sus polainas hirsutas, de piel de zorro.

« ¡ Colipí ! » Era un antiguo capitán de bandidos, retirado, que venía al pueblo a menudo y hacía negocios con los ricos. Se le conocía con el nombre del cacique araucano, famoso.

Efra in rió francamente :

« ¡ Diantre, don Pedro el Cruel ! Estaría pidiendo noticias de su hijo mayor. ¿ No decían que el peine formaba parte de una pandilla de salteadores ?... »

Siguió andando, distraído, silbando inconscientemente el paso doble de los músicos.

Torció por una calle bordeada de eucaliptos azuleantes, en donde se encontraban el mercado rodeado de tenduchas heterogéneas, y las tres o cuatro tiendas grandes, bien surtidas. Pasaban algunos campesinos, hombres y hembras, cargados de compras ; un viejo llevaba calados dos sombreros, el antiguo

y el nuevo que acababa de mercar. Ante las puertas de las tiendas, que ostentaban bolas de cristal brillantes o aros con pañuelos de hierba, esperaban algún caballo maneado o alguna carreta sin boyero. A la entrada de la antigua botica, un puma embalsamado parecía seguir a los transeuntes con sus ojazos de vidrio.

Efraín acortó el paso, algo amostazado. Sin habérselo propuesto, se encontraba ante la casa rosada de don Fernando. Frente a la tienda se desmontaba Colipí.

« ¡ Diablo ! ¿ Por dónde había venido ? ... » Lo vió manear la bestia y luego entrar, cojeando algo de un pié desarticulado. En la tienda se divisaba la figura ventruda de don Fernando, el rostro inflamado entre las barbas blancas, rizadas.

Continuó por la calle hasta la puerta falsa de la casa. Se apoyó contra el batiente, pacientemente, como quien aguarda algo seguro.

Frente a él se alzaba el costado de la casa de don José Manuel Herrera. Allí estaba la puerta excusada pintada de verde, entre dos más pequeñas : la de la imprenta de *El Héroe*, el periódico del caballero, y la del despacho en que se vendían sus vinos famosos. Al fondo de la calle cerraba el horizonte la mole desmesurada del Huillén, recortándose con majestad sobre el cielo ahora blanqueado de vapores ligeros.

« ... Seriamente, ¿ tendría culebrón don Fernando ? »

La puerta se abrió, dejando pasar a un mozo bronceado, los pies desnudos, al brazo un cesto vacío, que saludó al niño con su sonrisa blanca.

— Entre no más. Ahí están los patroncitos jugando...

Tímidamente, arrastrando algo los zapatos, Efraín

penetró en el huerto enorme, separado del patio por un corredor balcón, y cerrado por tapias de adobes. Era un trozo de tierra inculta, un pedazo de campo invadido por la hierba loca, en que medraban frondosos arbustos medicinales, palquis, culenes, cedrones, y se erguían algunos viejos árboles frutales, manzanos de troncos leprosos de musgo, perales de fronda rala, amarillenta; una higuera colosal, de ramaje caído. Hacia un ángulo, una ancha mata de tuna destacaba sobre la tapia sus palmetas espinosas, de un verde ácido. Frente al portón se alzaba la barraca de la caballeriza, con sus puertas azules de sombra. Del otro lado, contra el tapial, se apilaba un cúmulo de maderos viejos carcomidos, tornados grises por la intemperie, nido de ratas y lagartijas. Bajo los perales rojeaba el brocal de ladrillo de un pozo, en tanto que al amparo de la higuera se escondía un especie de glorieta pintada de azul. Entre la yerba radiaban fragmentos de vidrio, de loza, de hojalata, esos detritus que la lluvia y el sol no consiguen destruir.

A la sombra de la caballeriza, Alfredito y Clemencia jugaban a las bolitas, en compañía de un niño de pelo crespo y mejillas encendidas, vestido de paño oscuro.

« ¡ Juan de la Cruz Herrera ! » Efraín no pudo contener un movimiento de reculada. Aquel chiquillo pretencioso, que se comía las uñas y no reía jamás, le inspiraba invencible antipatía.

— ¡ Efraín ! — exclamó Alfredito, y envió al niño una buena sonrisa.

Clemencia hizo lo mismo. A su vez el muchacho sonrió a ambos, amistosamente. Era al saludo acostumbrado.

— ¿ Traes bolitas ?

Por respuesta, Efrain hizo sonar sus bolsillos hinchados de bolitas de piedra.

— Tira pues, entonces.

Sacando una bolita, el niño plegó las rodillas, y lanzó el inocente proyectil contra un montoncito formado por tres bolitas de vidrio transparentes, en cuyo fondo culebreaban rasgos verdes y rojos. Desviada por la aspereza del suelo, la bolita pasó al lado del montón.

Se adelantó Clemencia. Acuclillóse con un saltito de pájaro, que hizo oscilar a su espalda su gruesa trenza de un rubio caliente. Su bolita erró el blanco.

Juan de la Cruz apuntó con altivez. La bolita partió como una bala, y, salvando todas las dificultades del terreno, estrelló el montón, dispersando las de vidrio.

— ¡ Viva Juan de la Cruz ! — gritó Alfredito, alzando los brazos.

Y mirando a Efrain, en tono grave :

— Se va a la ciudad, al colegio. ¿Sabías?

Juan de la Cruz, que recogía la ganancia, se irguió arrogantemente.

— No sé todavía — balbuceó. — Hay que llevar mucha ropa y no la han acabado...

— Yo me iré el año que viene — gorgéo Alfredito, para consolarse.

— ¿Y usted, Efraín? — preguntó Clemencia, tímidamente.

El niño se quedó mudo, sintiéndose enrojecer hasta el cabello.

Siguieron jugando. Nervioso, Efraín que era tenido por « buena mano », no acertaba tiro. Juan de la Cruz continuaba ganando ; sus ojillos de conejo llameaban de júbilo contenido. Clemencia lo miraba con expresión extraña, la boquita ligeramente abierta. Al notarlo,

Efraín se estremeció interiormente. Concentrando toda su energía, dióse entonces a jugar con tal atención y empeño que pronto ganó, ganó tantas veces que al fin no hallaba donde guardar las bolitas.

— ¡Viva Efraín! — gritaba Alfredito, cada vez más entusiasmado.

En lo alto del corredor apareció Rafaelita, la hermana mayor, resplandeciente en su traje de popelina azul, con puntitos blancos :

— ¡Niños!

Su falda algo corta dejaba admirar el comienzo de sus piernas soberbias, en medias claras.

— ... ¿Quieren dulce?

Abandonando el juego, los niños subieron corriendo la escalinata. Solamente Efraín se quedó haciéndose el que jugaba consigo mismo, tan divertido... Sabía que ese llamado no era para él : jamás lo habían invitado al comedor. Y aquello, que antes le parecía lógico, ¿ por qué ahora le irritaba tan agudamente? Sus ojos estaban ciegos de lágrimas...

Pero he ahí de nuevo a los niños, los carrillos inflados, las manos cargadas de golosinas. Alfredito le alargaba una bizcotela, Clemencia una tajada de alfajor, dorada.

« ¿Como rehusar? Sus amiguitos lo miraban con tan franca simpatía... y los dulces eran tan buenos... »

Cuanto terminaron de refrigerarse, Alfredito dió un salto de cabra y echó a correr hacia el fondo de la arboleda. A una, los demás lo siguieron.

— Juguemos a otra cosa ahora — gritó deteniéndose bajo los manzanos.

— ¡Al « Hilo de oro »! — exclamó Clemencia bailando en la punta de sus botinas.

— No somos bastantes ; ¡ a las carreras ! — voceó Alfredito.

— Al « Hilo de oro » — opinó Juan de la Cruz. galantemente.

Alfredito miró a Efraín :

— A las carreras, ¿no?

Pero Efraín se había quedado pensativo. Recordaba que su padre le había hecho anoche un encargo que debía cumplir en seguida de almorzar ; lo había olvidado por andar calle arriba, calle abajo, como un tonto.

— Yo me voy — dijo. — Tengo que ir a las Cruces ; se hace tarde.

Y se dirigió al portón.

— Sal por ahí — le dijo Alfredito, designando la escalinata. — Irás más ligero...

El muchacho vaciló. No entraba en el patio sino raras veces, cuando su amiguito lo invitaba a su cuarto para mostrarle sus nuevos libros de premio. Pero, deseoso de ganar tiempo, se decidió.

Subió la escalera de ladrillos, y, pisando con precaución para no hacer ruido, ganó el ancho patio frondoso de arbustos y plantas floridas, clausurado por corredores de paredes rosas y pilares blancos. Al pasar ante la pieza de las niñas arrojó al interior una mirada rápida. En la penumbra se divisaban las camas de madera, cubiertas de colchas blancas.

Del salón, que daba a la calle, surgían sonos cortados de piano y rumor de charla femenil. La señora tenía visitas. Por la puerta de vidrios se veían varias damas remilgadas en sus trajes de seda o lana de colores vivos, ornados de blondas claras y nudos de cintas brillantes. Una ostentaba capota oscura, con bridas, y guantes color caña ; las demás, sin

sombrero y sin guantes, mostraban flores en el moño, en las manos un abanico. Se sentaban al borde de las sillas ocupadas ya por la falda exageradamente amplia.

En el escritorio del caballero, contiguo a la tienda, vibró de pronto un crujido estridente. De espaldas a la puerta, don Fernando abrió un ancho cofre de hierro negro, colocado sobre una especie de baúl alto. Introdujo la mano en el fondo sombrío, y sacó un rollo de papeles. Después entró en el almacén, dejando la caja entreabierta.

El niño se había quedado inmóvil, mirando con ojos brillantes de sorpresa y curiosidad. Aquel cofre misterioso lo turbaba extrañamente. « Si don Fernando tenía culebrón, allí había de guardarlo... »

Se aproximó de puntillas. Lanzó una mirada a la tienda, ansioso : arrellenado en su sillón de cuero, el caballero hablaba con Colipí, en pie contra el mostrador. Hundió entonces los ojos en el cofre ; mas el día se había apagado tanto que el interior aparecía impenetrable de sombra. Vislumbró, sin embargo, algunos legajos de papeles y numerosas pilas de billetes de banco ; luego adivinó, hacia el fondo, una cosa verdosa, larga...

« ¡ El culebrón ! »

Un estremecimiento de pavor lo recorrió de los talones al cuero cabelludo. Volvió a mirar hacia la tienda, y viendo que nadie se movía, alargó la mano para tocar y convencerse... Temblaba todo, dando diente contra diente, como un afiebrado ; en sus tímpanos resonaban, con fragor de trueno, las palpitaciones de su corazón. Retiró la mano bruscamente, como si se hubiera quemado. « ¡ Era el culebrón ! » Había sentido su contacto frío y duro, como la piedra...

Una tentación espantosa pasó por su mente alucinada, así una luz facinadora. Vaciló un punto, pero en seguida avanzó el cuerpo, resueltamente. « Se atrevería, sí, se atrevería... » Y los ojos salidos, fijos en los hombres de la tienda, tendió la mano rápidamente, agarró la cosa misteriosa, el animal de virtud que daba la fortuna, y, ocultándolo bajo la chaqueta, escapó de puntillas.

En ese momento, don Fernando que acababa de ponerse en pie, volvía al escritorio, los papeles en la mano. Vió, pues, al niño que salía escondiendo algo, con sigilo.

— ¡ Ladrón ! — exclamó, y, desahogado, se lanzó hacia el zaguán.

Mas sus piernas en forma de embudo se negaban a correr.

— ¡ Nicanor ! — gritó entonces, llamando a su hermano menor, que le servía de dependiente.

Antes que Nicanor, entró Colipí, mirando a todos lados con ojos inquisidores.

— ¡ Me roban ! — exclamó el caballero, designando la puerta.

El viejo bandido salió con rapidez rara en un cojo, y, viendo al muchacho que huía a la carrera, calle arriba, sacó de debajo del poncho una carabina con el cañón recortado, apuntó, disparó tranquilamente.

El niño lanzó un ¡ ay ! agudo, se apoyó contra la pared inmediata, vaciló, cayó.

Don Fernando se quedó mirando al viejo, con ojos de espanto, descubriendo en su cliente al salteador. Mas Nicanor, que mostraba en fin sus barbas negras, corrió, presuroso, hacia el herido. Siguióle, como pudo, el caballero.

Livido, como un agonizante, los ojos entornados, la

boca entreabierta, el niño yacía en una ancha mancha escarlata ; junto a él se alargaba una bolsita de seda verde, de la cual salía un chorro de monedas de oro antiguas.

Consternado, el dependiente se inclinó hacia el herido : respiraba con ansiedad, la bala le había atravesado la pantorrilla.

El caballero, a gatas. recojía las onzas preciosas.

Desde la acera, Colipí, erguido bajo su poncho, miraba el siniestro grupo, con toda serenidad. Estaba inerte : la traidora carabina había desaparecido de sus garras de viejo halcón.

Súbito, el muchacho abrió los ojos, se incorporó cuanto pudo, y, viendo a don Fernando que se alzaba, el tesoro en las manos :

— ¡ El culebrón ! — exclamó con voz temblorosa, — ¡ el culebrón !

SEGUNDO EPISODIO

LA ENDEMONIADA

I

Como todos los días después de la siesta, las cinco hermanas estaban sentadas en el corredor, a la sombra de las enredaderas floridas, ocupadas en diversas labores, comentando la vida local, recordando el tiempo ido, murmurando, soñando.

Muertos los padres, dispersos los hermanos, las cinco vivían como siempre, vírgenes y tranquilas, en el antiguo caserón mitad finca, mitad monasterio, cultivando flores, criando pájaros o educando « chinas », bajo la autoridad absoluta de la primogénita, a quien las otras respetaban como a una madre; gracias al auxilio generoso del hermano rico, al cual todas amaban como a un padre. Cinco princesas en su torre, cinco monjas en su convento, cinco caracoles en su peñón.

Cuchita, la primogénita, sentada en una silla baja, ante un brasero blanco de ceniza, sobre el cual roncaba un caldero de cobre, tomaba mate, delicadamente, sin hacer sonar la bombilla de plata. A pesar de su

rostro marchito y de su exigua talla como empequeñecida por la edad, se erguía hermosa e imponente. Su tinte mate de marfil añejo, su nariz finamente aguileña, sus ojos verdes de mirar lejano, su peinado pomposo realzado de alta peineta, la hacían aparecer llena de distinción y majestad. Era la gran señora de nuestra tierra, bella y altiva, nieta de capitanes y encomenderos, descendiente de hidalgos españoles y gentiles berberiscos. Mariquita, la segunda en años, sentada contra la pared en el escaño antiguo, bordaba un paño de batista calado, inclinada ligeramente sobre la labor. Esbelta y diestra, la figura fina aunque ajada ya, las manos delicadas, tenía esa gentileza flexible de las damas habituadas a las ceremonias sociales. Nadie como ella para conversar discretamente, para bailar contradanza, para cantar a la vihuela. La tercera, Jobita, arrellenada sobre un taburete, cabe un pilar, cosía nerviosamente una pieza de ropa blanca. Pequeña y magra como Cuchita, tenía aspecto muy diferente con su carilla seca, como un fruto pasmado, sus cabellos escasos, en rizos ya grises, sus ojuelos inquietos, de mirar medroso. Habríasela creído una bastarda intimidada por el desprecio de las hermanas legítimas. Pero he ahí a Zelmira, la flor de la familia. Apelotonada contra Mariquita, tejía con desgano un gran chal de lana color de fresa. Rubía, de un rubio de arropo, regordetilla y plácida, tenía la gracia espesa, la lozanía y hasta el perfume de un durazno maduro empolvado de rocío. Mimada como una niñita y educada convencionalmente, conservaba, a pesar de sus treinta pasados, el candor y la glotonería infantiles: robaba azúcar y manzanas, que escondía bajo el lecho, y en amor no sabía más que una criatura. ¿Y Rosario, la menorcita?

Hechada contra el respaldo del escaño, Rosario leía, ardientes la mirada y el aliento, en un viejo libraco lleno de imágenes extravagantes: *Las Mil y una Noches*, que repasaba por la milésima vez. Morena y aguda del perfil y de la voz, no era suya la belleza, pero inquieta y vehemente, suyos eran la perspicacia y el don de ensueño. Mareada de fantasías, no habiendo vivido más que en soñaciones, se pasaba los días leyendo cuentos de hadas o vagando por el huerto solitario, en la esperanza de encontrar, entre tanta rama florida, una varillita de virtud...

Las señoritas Herrera. ¿Quién no las conocía en el pueblo?

Ante ellas se extendía, bajo el oro tibio de aquel claro día de otoño, el patio enorme, bordado de prados simétricos, llenos de matas floridas, grandes malvas reales, romeros tallados ingeniosamente, dalias, belloritas; sombreado de viejos árboles frutales, naranjos, limoneros, un toronjo precioso y, hacia un rincón, una gran ceiba que ornaba el ventanillo del cuarto de coser con sus racimos de flores carmesíes.

A través de los encajes de verdor se veía al fondo el corredor de la cocina, con sus paredes revocadas de tierra y sus pilares sin pintar; en el ángulo, una ancha tinaja roja para recibir el agua de las lluvias. Sentada a la puerta de la cocina, la china infantil, delgada, morena, de busto airoso y cabello espeso, pelaba las legumbres para el puchero de la cena, canturreando entre los labios.

En el ambiente de sol y de silencio, transcendiente a hojas verdes, a tierra húmeda, a cabellos canos, subían de vez en vez los gorjeos de las avecitas domésticas: el queltehue guardián, la catita parlanchina,

los jilgueros en jaula, y ondulaba el canturreo de la criada, doliente, monótono.

Atmósfera extraña, primitiva, conventual, de otro tiempo, de otra vida.

Las cinco hermanas hablaban lentamente, poniendo entre frase y frase periodos de silencio. Comentaban el caso de Efraín, que traía conmovido al vecindario.

— ¡Cosas de chiquillo! — decía Jobita sonriendo con piedad. — ¡Quien iba a creer que lo hacía por robar! Su padre no es rico, pero tiene como vivir, y él es bueno, piadoso: los domingos ayuda la misa... ¡Malvado de Colipí! ¡Tirarle a matarlo!

— Mas culpa tiene el que lo mandó — sentenció Cuchita.

— Y ahí está el pobrecito en cama, herido, como muerto... Juanita me dijo al salir de misa, que tenía mucha fiebre, que se llevaba desvariando con culebrones embrujados, que dan oro... ¡Malvado de Colipí!

— Dicen que don Fernando azuzó al salteador para que le tirara... ¡Avariento! ¡Cómo iba a permitir que le sacaran un peso de la caja!

Jobita no replicó. Las demás guardaban silencio.

— ¿Vieron hoy en misa a la Rafaelita López? — dijo de pronto Mariquita, sin alzar la vista de su labor. — Llevaba un manto nuevo de espumilla, con franja bordada, y un vestido flamante, de cachemira color cáscara, adornado de raso celeste. Parecía bañada en agua de rosa. Se daba un aire de reina...

— ¡Soberbia, niña; está soberbia con el noviazgo! — replicó Cuchita como herida.

(Toda amiga que se casaba la irritaba vivamente: habríase creído que la infligía un agravio personal.) Y haciendo rodar las pupilas radiosas:

— ¡Ah, si nosotras hubiéramos querido!... — exclamó con calor. — Entonces era la abundancia, no la antigua opulencia : la abundancia... Mi padre, tan trabajador, estaba rico. El comercio que había traído de la ciudad cuando se vino al pueblo, iba cada día mejor. Las talegas rebozaban de onzas, los graneros desbordaban de trigo, la cecina subía hasta el techo...

— ¡ Soberbia ! — murmuró Mariquita obsedida por la visión de la novia con manto y vestido ricos.

— ¡ Y mi mamita, tan delicada y tan virtuosa !.. No se quitaba el chal de cachemira y no salía nunca más que para ir a misa. Su casa era su reino ; nos crió como a princesas...

— ... ¡ Engreida !

— ¡ Y mi hermano Gabriel, que sabía latines, estudiaba para cura, y era la admiración del pueblo ! ¡ Tan hábil !... Ahí están los cuadros que pintaba, de colores, dibujados con tinta de jibia, y los cofres maravillosos que hacía, todo tallados y emchapados de concheperla...

— ... ¡ Melindrosa !

— Pero eso no era nada. ¡ El antiguo rango de la familia ! ¡ Oh ! ¡ El abuelito Tomás ! ¡ Don Tomás ! Capitán famoso, gobernador de las Islas del Sur. ¡ Un verdadero rey ! Mandaba batallones, los indios le temblaban... ¡ Y mi prima Pabla ! ¡ Qué opulencia y qué campanillas ! Chiquitita, pero muy blanca y tan orgullosa. Siempre vestida de seda y cuajada de alhajas : sortijas de diamante, pendientes tamaños, y el peinado lleno, lleno de tembleques. Parecía una imagen bendita... Y las tierras que tenía, del mar a la Cordillera, y los esclavos, y los indios y los animales sin cuento. Toda la hacienda « Semita » era de ella. ¡ Oh !...

Rosario había interrumpido su lectura. Aquellos

cuentos de la pasada opulencia la interesaban vivamente ; sólo que nunca había podido entenderlos bien : Cuchita hablaba de manera incoherente, juzgando tal vez que, como ella, el mundo entero debía saber tales historias.

— ¿Y todo eso debía ser de nosotras? — preguntó para estimular a la antigua señorita.

— ¡ Todito ! Nosotras deberíamos ser poderosas... Pero la mala suerte... Estaría de Dios... El padre Arce... Sí, fué el padre Arce, todo el mundo lo sabe... ¡ La pobrecita ! La hicieron testar lo que se les antojó. Compraron a los testigos, engañaron al escribano... ¡ La pobrecita estaba muerta !...

— ¿Pero cómo? — interrumpió la joven emocionada.

— ¡ Oh ! Ahí está el pleito y no saldrá jamás... Mi padre no quiso meterse. Mi primo Adolfo pasó toda la vida pleiteando ; al fin murió loco.

— ¡ Qué picardía ! ¿Y mi hermano José Manuel?

— ¡ Oh ! ¡ José Manuel ! Se ríe. Dice que él es capaz de ganar una fortuna mayor. Y el pobre trabaja y trabaja. Era un chiquillo cuando murió mi padre, y empezó a trabajar como un hombre...

— Y ahora es el más rico del pueblo, digan lo que digan — saltó Jobita.

— ¡ Pero cuánto le ha costado ! Y al principio ¡ qué mala suerte ! Ya estaba ganando, cuando ¡ trás ! Una noche le desharrajaron la puerta y le robaron la caja llena de plata ; al otro día la hallaron en la calle, abierta a hachazos...

— Pero Nuestro Señor lo ha premiado — gorjeó Mariquita.

— Lo ha premiado porque fué buen hijo y es tan buen hermano.

— ¡Tan buen hermano! — corearon todas, los ojos húmedos.

Un grito agudo, sostenido, de terror, de desesperación, desgarró el ambiente soporífero. Se habría creído que alguien se defendía de una agresión mortal.

Las cinco hermanas hicieron girar los ojos hacia el corredor de la cocina. Cuchita, la nariz en el aire, estiró el largo cuello, como un gallo que va a cantar:

— ¡Márgara! — gritó. — Deja tranquila a esa mujer.

— Si yo no le hago nada, señorita — replicó la muchacha — es porque entré en el cuarto, no más...

Agitada, la anciana chupó la bombilla, ruidosamente.

— ¡Perra india! — balbuceó. — Al fin se me va a acabar la paciencia y le voy a dar una calda...

— ¡Eeeeh! — interrumpió Mariquita. — ¿Para qué es eso? ¿No ve que está enferma, que tiene el «mal», la pobre?

— ¿Pero que mal es ese, niña, que dura ya más de dos semanas? Ahí está, como el primer día, echada, sin hablar, sin comer, y, si alguien se acerca, se revuelca y grita como una condenada, cuando no corre a esconderse en el huerto, como una loca.

— Espere que venga el boticario y verá, me dijo que iba a venir lueguito — contestó la hermana prudente.

Y notando que, al fondo del corredor, la puerta del almacén ocupado por el farmacéutico, se abría, se volvió de ese lado. En el hueco sombrío apareció el mozo con su eterno delantal de mezclilla. Entraba para lavar en el pozo un gran frasco de vidrio azul.

— Lucas, ¿quieres decirle a tu patrón que lo estamos esperando?

El mozo hizo una venia afirmativa, y, mostrando su dentadura sana, volvió a entrarse.

Cuchita frunció los labios, cabilosa :

— ¡ Hum ! Mejor sería que viniera el señor cura. Yo empiezo a creer que éstas son cosas del demonio...

— Todo el pueblo lo dice — murmuró Jobita, — y así no más ha de ser...

— Chismes — replicó Mariquita — disparates...

Cuchita se acaloró :

— ¿Y no te acuerdas, niña, de la « espirituada » que dió tanto que hablar ahora años? Se retorció y gritaba, como esta china, y cuando veía a alguien, corría subiéndose por las paredes y por el techo, como una mosca... Las médicas la curaban por « mal », los doctores por tabardillo, por epilepcia. ¡ Nada ! No alivió hasta que vino el finado cura, que era un santo ; él tenia un cordón de San Francisco. Le rezó los evangelios y empezó a azotarla. Dicen que el demonio se lamentaba como una criatura : « ¡ Señor-cito ! ¿Por dónde salgo? ¿Por un ojo? ¿Por el ombligo? » « Sal por donde entreste », le contestaba el santo cura, y le seguía pegando. Hasta que el Malvado salió por donde entró...

Zelmira se estremecía de la risa contenida.

Rosario había cerrado su libro.

— Yo creo que la pícara está haciéndose la espirituada — sonrió — como la princesa de Bengala se hacía la loca para no casarse con el rey.

II

Por la puerta del zaguán se asomó una mujerona de aspecto extravagante. Gruesa, morena, los ojos extrañamente abiertos, los labios blancos de una baba espesa, vestía un traje en seda verde, de la época de la crinolina, todo desgarrado, y suspendía al brazo un gran cesto cubierto de un paño albeante. Había entrado sin ruido, gracias a sus pies desnudos.

— ¡ Rosa !

— ¡ La Rosa !

— ¡ La Rosa loca !

Era una tontiloca, vendedora de dulces, famosa por los versos que componía y que declamaba con maña singular ; como no todos le salían de igual medida, decía los cortos con lentitud y los largos atropelladamente, de manera que la estrofa resultaba que ni cortada a escuadra...

Se inclinó con ceremonia y adelantó hacia la primogénita.

Cuchita la consideró, complacida, como una castellana de antaño consideraría al bufón.

— ¿ Y esos versos ? ¿ Has compuesto algunos nuevos ? Dínos algunos.

— Los que le hiciste a la Juana Clotilda, la esposa

de José Manuel — saltó Jobita. — « En esta ciudad famosa... » ¿Cómo son?...

— Los que le dedicaste a tu adorado Bartolo — gritó Rosario, arrugada de risa.

Aturdida, la mujer hizo una mueca dolorosa, como un niño que va a llorar, y, presentando a Cuchita el cesto pesado de dulces :

— Señorita, por vida suya... Son fresquitos, la señora acaba de hacerlos.

Sonriente, la señorita separó el paño deslumbrante.

— Vaya, Rosa, por tu gracia...

Escogió una torta de alfajor, dorada, como una luna crepuscular, que colocó sobre la bandeja en que estaban la hierba y el azúcar para el mate. Sacó del bolsillo el portamonedas de terciopelo, pagó.

— Ahora vas a decirnos algunos versos, los que quieras.

— ¡ Los de Juana Clotilda !

— ¡ Los de Bartolo !

Pero la mujerona retrocedía a reculones, con ligereza de que no se la hubiera creído capaz. Al topar la puerta, se detuvo, y, mostrando todos los dientes :

— Un « cogollo » (1) — murmuró — voy a echarles un cogollo, a las señoritas.

Revolvió los ojos dilatados, agitó los labios babosos, siniestramente. Y volviendo a sonreír, declamó con su maña habitual :

— Que... vivan... las... señoritas...

Verde... cogollo... de nâbo...

No me... dilato... en su... casa...

PorqueensucasaestáescondidoelMalo.

Y desapareció en el zaguán.

Rosario y Zelmira estallaron en carcajadas.

(1) Copla final, que sirve para dedicar la canción.

Cuchita hizo oscilar su alta peineta :

— ¡ Hum ! Los niños y los locos dicen las verdades.

— Yo se lo decía — contestó Jobita con inconsciente oportunidad. — El pueblo entero murmura...

— Pero ¡ cómo ! — intervino Mariquita, sublevada. — Esta chinita criada en la casa, como de la familia, tan buena, tan humilde...

Cuchita la consideró con piedad desdeñosa.

— Por eso mismo, niña — replicó. — El demonio no busca a las perversas, ya son de él ; busca a las santas, y, cuando se les mete en el cuerpo, la que era buena se vuelve pícara, la que era humilde, soberbia... Acuérdate de doña Ascencia Bravo. Era un alma de Dios. Toda su fortuna, la dió para el trabajo de la iglesia. El señor obispo le mandó a dar las gracias. Se puso engreida y el demonio se le entró. Se volvió otra. Gritaba horrores, hacía disparates, cometía faltas horrendas ; ni una mujer perdida. Los doctores no podían acercarse, los sacerdotes tenían que irse... Alivió por milagro. Desesperado, su pobre marido la llevó amarrada a la casa de la « dichosa » que vivía en el camino del puerto. ¡ Y quien lo hubiera dicho ! La pobrecita tullida, que hacía más de veinte años que estaba en la cama, le arrancó el demonio.

¿ Quien osaría turbar la vibración sobrenatural de tan grave relación ?

— ¡ El boticario !

Por la puertecilla del almacén salía un hombre seco y narigudo que, con su larga blusa de tela gris, parecía aún más seco ; alzaba con arrogancia la frente ornada de un gran bucle engomado.

Mariquita y Cuchita salieron a su encuentro,

haciendo ondular sus amplias faldas oscuras, con ese matiz indefinible dado por el uso.

Como el buen hombre comenzara a hablar en voz alta y aguda, la primogénita, con sigilo, se llevó el índice a los labios :

— ¡ Chiiit ! — murmuró. — Vamos despacito porque, si la perra india nos oye, se arranca a la huerta y...

Arrojo a las jóvenes una mirada imperiosa, que decía claramente : « no se muevan », y guió al boticario a través del jardín. Aquel forastero venido, ¡ quien sabía de adonde ! que como hacía píldoras, componía versos, le inspiraba poca confianza. ¿ No había tenido el atrevimiento de publicar en el periódico unos versos dedicados a una señorita principal, a quien no conocía sino de vista ? Todo el pueblo los sabía de memoria.

A llegar al corredor de la cocina miró al hombre, reclamando con el gesto el mayor silencio ; avanzó de puntillas y empujó suavemente una puerta medio entornada.

Con precaución, entraron en el cuarto sin ventanas, perpetuamente ahogado en sombras. Hacia el fondo, sobre un camastro bajo, se agitó algo informe ; al mismo tiempo un grito profundo, desesperado, despedazó el silencio :

— ¡ Aaaaay !

Cuchita se avanzó indignada :

— ¡ Perra india ! ¡ Calla la boca !

Al reconocer la voz cortante del ama, la paciente dejó de aullar ; rompió en un llanto nervioso.

Aproximóse a su vez el farmacéutico, procurando con los ojos ahusados penetrar la sombra. Sobre el camastro, la moza vestida a medias, la cara demacrada, el

cabello desgreñado, se agitaba sollipando nerviosamente, los dedos hundidos en los cobertores.

— ¿Qué te duele? ¡ Habla ! Yo vengo a sanarte...

Al ruido de aquel acento extraño, la muchacha abrió los párpados, espantada, y, apelonándose contra la pared, se echó de nuevo a gritar desesperadamente :

— ¡ Aaaaay ! ¡ Aiaiaiy ! ¡ Aaaaay !...

Pero el hombre no se arredró, e, inclinándose, hizo ademán de cogerle el pulso.

Entonces, la mujer se incorporó de golpe, y redondeando los ojos, mostrando los dientes, alargando las manos crispadas, con las uñas negras, se abalanzó contra el intruso, como un perro rabioso.

Espantado, el boticario retrocedió atropellándose, y ensordecido por los gritos cada vez más recios, salió del cuarto. Él, que antes había sonreído al oír decir que aquella mujer estaba poseida del demonio, ahora al recordarlo, temblaba desconcertado. Viendo a las dos señoras que le miraban con ojos de interrogación, se apresuró a disculparse : « ... Los nervios... Le daría unas píldoras, eso la calmaría... En la botica lo esperaban... » Y a grandes zancadas atravesó el patio y entró en la farmacia.

— ¡ Qué te decía yo ! — exclamó Cuchita, mirando a Mariquita, con un lento meneo de su cabeza de pájaro. — ¿No habría valido más llamar al señor cura?

Mariquita contrajo la cara en una mueca de aflicción que le era peculiar :

— Iré a llamarlo, pues...

La primogénita alzó el mentón, tendiendo el largo cuello :

— ¡ Anda, niña ! — gritó enrojeciendo hasta las orejas. — ¡ Anda !

Alejóse Mariquita, en silencio.

Paso a paso, Cuchita atravesó el patio, mirando el jardín, distraidamente, mas no sin notar que los senderos comenzaban a enmalezarse, y que esa mata de romero tallada en forma de pájaro, necesitaba un puntalito.

Se arrellenó en su silla, ante el brasero, y se preparó un nuevo mate. Pretendía que, como quitaba el frío y también el calor, el mate quitaba todavía las penas.

Jobita había desaparecido. Aprovechando la oportunidad, había corrido a vestirse para ir a casa de su cuñada, por quien sentía una amistad que iba hasta la devoción. Rosario se había acogido bajo el árbol de los racimos de rubí. Sosteniendo a la catita sobre el canto de la mano, daba al gracioso pajarito una lección de pronunciación :

— ¿Catita? ¡ Catita !

Y el avecita, esponjando el plumaje esmeraldino :

— ¡ Catita ! ¡ Prrrutch ! ¡ Ja, ja, ja !

Solamente Zelmira permanecía en su sitio, silenciosa, atenta a su labor; sus labios finos, sin un ápice de sensualidad, se encrespaban ligeramente, como conteniendo una sonrisa.

Contemplóla Cuchita, con mirada lánguida, mojada de ternura. Era su predilecta : la había criado y educado como a una hija. ¿Sintió la joven el calor de aquella mirada? Alzó los ojos y miró a la primogénita. Sonrieron las dos como dos niñas.

— ¡ Ah ! — murmuró la anciana. — ¿Qué quiere ese corazoncito? No se te dé nada : un príncipe ha de venir a buscarte, un príncipe en su caballo encantado.

Y rompió a reír.

Mariquita atravesó el corredor, envuelta en su manto

negro, prendido con tal arte que, en vez de borrar, precisaba la gentileza de sus líneas :

— Voy volando...

Silencio. Paz aldeana o conventual. De tiempo en tiempo, agudos ganglores del queltehue, que paseaba sobre sus largos tarsos a través del jardín, regocijados trémolos de los jilgueros enjaulados, o el ingenuo diálogo de Rosario y la catita :

— ¿Catita?...

— ¡ Caturra ! ¡ Prrrutch !...

A una, las tres hermanas alzaron la frente. Habían golpeado a la puerta, y pasos recios, pausados avanzaban por el zaguán. Entró de un pie un caballero de talla mediana, pero fuerte, con gabán ligero y sombrero de copa. Su rostro maduro aparecía, sin embargo, lleno de frescura, gracias a sus ojos brillantes y a su bigote de negror intacto. Traía de la mano a un niño pequeño, delgado y pálido.

— ¡ José Manuel ! ¡ Alonsito !

Y las tres se precipitaron hacia el hermano excelente y el menor de sus hijos. Mas en seguida se contuvieron. Tras el caballero se alzaba un hombrón obeso, de buena edad, barbado hasta los pómulos, cubierto de un largo poncho leonado y de un enorme fieltro sumido hasta las cejas.

III

Entraron en la sala llena de esa frescura trascendente a mohó de las habitaciones cerradas. Por las ventanas, que Rosario abría, la luz penetraba a chorros locos, como regocijada de invadir la alfombra antigua, a medallones floridos, las paredes ornadas de retratos borrosos y de paisajes a la acuarela, de un arte ingenuo y prolijo, los muebles vestidos de fundas blancas, la guitarra en su rincón.

— Rosario — dijo el caballero a la joven que partía, — qué venga Zelmira.

Inclinóse Rosario, y por la antesala ganó el corredor. Jobita de manto, pronta para salir, hablaba con Alonsito que, recostado sobre el escaño, contemplaba las láminas de las *Mil y una Noches*. Al sentir a la joven, el niño alzó los ojos lustrosos :

— Tía Rosario, venga a contarme un cuento.

— Ahora — sonrió la joven, y cruzando el patio a la carrera, penetró en el dormitorio común, austero, conventual, con sus camas blancas en fila contra la pared, sus baúles claveteados, forrados de piel de ternero ; en la testera, sobre ancha cómoda, un viejo santo vestido de terciopelo azul franjeado de oro.

Allí estaba Zelmira, ante su lecho, vistiéndose afanada. Sabía que, cuando llegaban visitas, debía com-

ponerse para ir al salón. Ya había peinado sus hermosos cabellos, haciéndose un moño pomposo. En corsé y enaguas albas, de ruedo bordado, examinaba el vestido nuevo extendido sobre la cama; a los largo de sus hombros desnudos, aterciopelados, y de su nuca llena de rizos áureos, la luz que entraba de través por la ventana, ponía como una cinta de plata trémula.

— Que vayas luego, chiquilla; José Manuel te llama.

Dilató la joven las pupilas, como una criatura que tiene miedo:

— ¡ Ave María !

Nerviosa, se acuclilló y miró bajo el lecho. Retiró el ancho orinal de loza a flores azules, las cajas de estaño en que guardaba sus golosinas, y cogió las botines nuevas, con cordones. Sentóse sobre el borde de la cama, remangóse la enagua y el refajo de flanela rosa, dejando a la luz las piernas soberbias, en medias a rayas horizontales, blancas, purpúreas, y el volante de los pantalones, calado y ceñido a la carne satinada; aseguróse las ligas verdes, con hevillas doradas, púsose y atóse las botinas, nerviosamente.

Se alzó, golpeando con ambas manos la enagua demasiado almidonada. Se puso la falda de merino color caña, a pliegues menudos; luego, el faldellín abollonado, de seda verde aceituna con lunares blancos; en fin, la chaquetilla de la misma seda, con solapas caña, el cuello y los puños de encajes.

Estaba encantadora. Con el polizón algo exajorado, su silueta asumía líneas deliciosamente bufas: habríasele creído un pavo real de cabeza minúscula y cola pomposa.

Cuando Zelmira entró en el salón, el forastero que

hablaba con voz blanca, lenta, de los trabajos y arreglos que había ejecutado últimamente en las casas de su hacienda, se calló de golpe, se puso en pié, y, con la mejor amabilidad, estrechó la mano delicada que le tendían, en la suya gruesa y peluda como una pata de puma.

— Señorita, cuanto gusto...

Y aterciopelando el acento :

— Hace tiempo que no tenía el gusto de verla ; desde el día del santo de la señorita Mercedes Ramírez. Cantó usted una tonada tan bonita...

— ¡ Ah ! — dijo Zelmira, sin recordar bien aquella fiesta efectuada hacía tántos años : ella entonces era una muchacha.

— ¡ Canta tan bien usted !

— ¡ Oh, no ! Es Mariquita la que canta...

Pero la primogénita estaba presente.

— Todas cantan un poco — arrulló.

— La señorita, muy bien.

Miró Cuchita á la joven, lánguidamente :

— Vaya, niña, canta pues alguna cosita.

Obedeció Zelmira, sin replicar. Tomó la guitarra y empezó a tentar las cuerdas, deteniéndose de vez en vez para apretar alguna clavija. No sabía afinar, pero como por ahí debía comenzarse...

— « La Morena de Oro » — pidió don José Manuel, sonriendo por los ojos.

— Esa es la canción de Rosario — replicó la joven, — yo no la sé...

— ¡ Sí ! — corrigió Cuchita. — Tu hermano te la pide.

Zelmira bajó la vista e inició un punteo emocionante. Luego, con voz gutural, infantil, cantó en tono meciente de barcarola :

Bajo tu dulce cadena,
 Voy siguiendo tu hermosura :
 Desde que te vi, morena,
 Yo te adoro con locura.

Linda morena de oro,
 Morena de oro,
 Morena de oro.
 ¡ Oh, mi dulce tesoro,
 Dulce tesoro,
 Dulce tesoro !

Dejó un momento a la guitarra explicarse sola,
 Luego, continuó :

Fué en una noche serena,
 Yo penaba sin amores :
 Desde que te vi, morena,
 En mi vida hay luz y flores.

Linda morena de oro,
 Morena de oro,
 Morena de oro.
 ¡ Oh, mi dulce tesoro,
 Dulce tesoro,
 Dulce tesoro !

¡ Cómo prolongaba el romántico instrumento la
 sugestión de las tiernas palabras !

Pasaste como hada buena,
 Recibí tu dulce don :
 Desde que te vi, morena,
 Te llevo en el corazón.

Linda morena de oro,
 Morena de oro,
 Morena de oro.
 ¡ Oh, mi dulce tesoro,
 Dulce tesoro,
 Dulce tesoro !

Mas he aquí que, al cantar la última estrofa, no pudo salir de los dos primeros versos. En vano Cuchita

le sopló. Turbada, confundida, recomenzó dos, tres veces sin conseguir llegar al fácil estribillo. Acalló entonces de golpe la guitarra, poniendo la palma sobre las cuerdas, y volvió a dejarla en su rincón, sofocada de rubor y de risa.

La primogénita juzgó conveniente sonreír :

— ¡ Qué chiquilla ! Turbarse en los versos más bonitos...

Empero, el visitante, que escuchaba embelesado, se desconcertó ; no sabiendo si debía o no dar las gracias, se inclinó murmurando un cumplimiento vago, y, no hallando como proseguir la conversación, plegó los labios bajo el bigote.

El caballero sonrió por los ojos, por los hoyuelos de las mejillas. No tenía gran amistad con aquel hombre montaraz, que venía raras veces al pueblo, pero sabiéndolo ingenuo, laborioso y decente, sentía por él cierta simpatía. Decidióse, pues, a hablar en su favor :

— Cuchita... Don Isidoro tiene algo que comunicarte... y a tí también, Zelmira.

Y viendo que el interesado ne se arriesgaba a despegar los labios :

— El hombre ha trabajado bien y ha hecho fortuna. Desea ahora establecerse, buscar una compañera... Y ha pensado en Zelmira... Así ha venido a decirme...

La orgullosa señorita salto en el sofá, como si le hubieran dado un alfilerazo, pero reaccionando, miró al pretendiente de manera ambigua.

— ¿Cómo así? — gorgéó en falsete.

El hombre se animó :

— Así es, señorita. Si la señorita Zelmira quisiera...

La joven lo miró con los ojos que un niño pondría

a un ogro que viniera a pedirlo para comérselo.

Cuchita no pudo disimular más :

— ¡ Cómo ! — gritó con voz destemplada. — Usted, un hombre viudo, cargado de hijos... ¡ Un viejo, un guaso !... ¿ No nos conoce usted a nosotras?... ¡ Mi padre ! Fué un gran caballero... ¡ Mi mamita, una santa ! Nos crió como a princesas. Y el finado Gabriel, ¡ tan hábil ! Habría sido obispo si no hubiera muerto de calentúra... Y el abuelito Tomás. ¡ Don Tomás, gobenador de las Islas del Sur !... Y mi prima Pabla. ¡ Opulenta y de tántas campanillas ! Sus alhajas, como las de una reina ; sus haciendas, sin fin... Y si no hubiera sido porque la engañaron, si no hubiera sido por...

Se había puesto en pie. Agitada, enrojecida, hablaba atropelladamente, alargando el cuello, los labios, la nariz, en un geste agresivo irresistible. Se la habría creído un cernícalo pronto a lanzarse sobre un reptil.

Aterrorizado, el pobre hombre se alzó, cogió su sombrero, disculpándose como podía :

— Señorita... dispense... yo no creía... señorita...

Retrocedió a zancadas, tomó la puerta y huyó, huyó como un animal perseguido.

Don José Manuel, que había contemplado aquella escena con profundo desagrado, quizo entonces encarrarse a la hermana imprudente ; pero la irritada señorita estaba ya sobre él, la nariz al aire, las manos en alto :

— ¡ Y eres tú quien lo ha traído a casa !. ¡ Tú, que deberías cuidar de tus pobres hermanas ! ¡ Tú !...

El caballero echó pié atrás, hizo con la diestra un ademán horizontal, como diciendo : « con usted no se puede hablar », y, tomando por la mano al niño que había acudido a la algazara, escapó a su vez, conteniendo la risa.

Rápidamente, la anciana cerró la puerta con estrépito, y viendo a Zelmira sentada, llorando en su pañuelo bordado :

— Anda, vete, muchacha — gritó, como si la pobrecilla tuviera culpa en lo ocurrido.

Al sentirse sola, respiró con ansiedad, desahogándose:

— ¡ Uf !

Cruzó la antesala, atropellándose en la mesa redonda cubierta de jaspe, y por el cuarto de coser lleno de los cofres y las acuarelas del hermano malogrado, salió al corredor.

— ¡ Uff !

Se sentó ante el brasero y se preparó otro mate.

Mariquita se destacó en el zaguán, desprendiéndose el manto, acalorada.

— Ya viene el señor cura — cantó, — viene detrás de mí. Tuve que esperar mucho rato : estaba con gente.

Cuchita se echó a reir con risa nerviosa, que le hizo subir a las mejillas dos llamas violáceas.

— ¿No sabes? — exclamó. — Isidoro Opazo ha venido a pedir a Zelmira...

Sonrió Mariquita de buena gana :

— ¿Si?

La primogénita cambió de tono : la indignación la ahogaba.

— ¡ Y ha venido con José Manuel ! — rugió. — ¡ José Manuel que debería cuidar de sus pobres hermanas !...

— ¡ Eeeh ! — interrumpió Mariquita, y su cara tomó la mueca de aflicción que le era habitual. — ¡ No grite ! Lo habrá hecho por broma. ¿No lo conoce?

Ahí lo topé, en la calle : al verme se puso a reír... No grite, que viene el señor cura...

A ese tiempo, en efecto, se oyeron en el zaguán los pasos arrastrados del anciano sacerdote. Mariquita voló a su encuentro :

— Por aquí, señor.

Entró el buen curita, apoyándose en su recio bastón. Muy viejo y bastante sordo, mostraba empero cierto vigor en el talante, y en la mirada, completa lucidez. Vestía una sotana verdosa por el uso y un fieltro aludo, como el que llevan los campesinos. Era, no obstante, hombre no común. Había sido fraile en la capital; disgustado por cierta fraudulenta elección de superior, había secularizado y emigrado a aquel pueblo lejano, perdido entre las montañas. Entendía en letras y artes divinas y humanas : había hecho el plano y dirigido la construcción de la iglesia, poseía una pequeña biblioteca de obras antiguas, tenía un jardín maravilloso, en que había relojes de sol. El pueblo lo admiraba y lo amaba.

— ¡ Doña Cuchita ! — exclamó al ver a la vieja señorita que se inclinaba con ceremonia. — Felices los ojos que la ven...

Y sonriendo bonachonamente :

— Aquí vengo por su enferma, a ver si le puedo arrancar el demonio del cuerpo.

Y mirando hacia el jardín verdegueante :

— ¡ Ah, qué bonito el toronjo ! ¿ Cuando me dá un vástago para injertar ?

Hablaba a gritos, acaso para oírse. Las señoritas, inquietas, sonreían sin atreverse a rogarle que bajara la voz. Un aullido desgarrador las hizo volverse, estremecidas.

La endemoniada, envuelta en su pañolón color de

fuego, los cabellos al aire, los pies desnudos, cruzó como una centella por el corredor de la cocina, y se perdió en el zaguán de la huerta.

El anciano, que había oído, miró a la fugitiva con ojos de curiosidad.

— ¿Es esa?

— Sí, señor, y se ha arrancado a la huerta. ¡Qué vamos a hacer ahora!

— Vamos allá pues — replicó el curita con ánimo.

— Hace años que no veo su huerto, doña Cuchita.

IV

Echaron a andar por el patio frondoso, que el sol horizontal empolvaba de azufre. Rosario, pronta siempre para ir al huerto, corrió adelante. Pasaron junto a la puerta de la despensa, por la cual se divisaban en la sombra grandes tinajas, petacas viejas, los restos del almofrej de los viajes de antaño, y ganaron el segundo patio lleno de frutales, algunos añosos, de troncos ásperos, otros jóvenes y airosos; al centro, un largo emparrado pesado de racimos azuleantes o amarilleantes entre la fronda orinecida; al fondo, una alta verja de madera, cubierta de enredaderas viciosas. Por todas partes, entre los hierbajos, se veían gallinas circuidas de sus polluelos, patos de plumaje verde de seda, gansos alabastrinos; un gallo soberbio saludó a la visita con sonora clarinada.

Miró a todos lados Cuchita, ansiosamente.

— Ha saltado la reja — murmuró Mariquita.

La anciana alargó el labio inferior, y, sacando del bolsillo la llave del huerto, la pasó a Rosario.

El curita contemplaba las uvas altas :

— ¡ Ah, ah ! ¡ Que bonitas las uvas ! Moscatel rosada. ¡ Ah, ah !... Y los árboles, ¡ qué bien cuidados !... ¡ Ah. Doña Cuchita, qué buen hortelano tiene usted !

La antigua señorita se irguió, arrogante. Olvidó todas sus congojas.

— El hortelano soy yo misma, señor — exclamó, resplandeciente. — Ésto es mi alegría, ésto es mi pasión. Con mis manos riego los arbolitos, y, cuando están podando, no me muevo de aquí. Yo misma...

Comprendiendo que tenía para rato, la inquieta Rosario giró hacia el huerto, saltando y cantando como una chiquilla :

— Eres mi dicha y mi pena,
Por ti vivo y por ti muero :
Desde que te ví, morena,
Más que a mi vida te quiero.

Linda morena de oro,
Morena de oro...

Esa correría a través de la arboleda la entusiasmaba : el huerto, siempre cerrado, tenía para ella un encanto misterioso, inefable. Regocijada, abrió la puertecilla carcomida, y penetró en el verjel enorme, de suelo accidentado, mitad finca, mitad jardín. La falda espesa de árboles y plantas, que subía de un lado, la colina velluda de viña, que se alzaba del otro, el vallecito con álamos, cañas y una lagunita en que había ranas, que se abría en medio, le daban trazas de predio rústico ; mas los macizos de rosas, que ponían por todas partes sus manchitas purpúreas, los bancos que se tendían aquí y allá bajo los árboles, la glorieta florida de la viña, el vallado de maderos viejos, cabelludos de parásitas, le prestaban aspecto de jardín primitivo. Habríasele tomado por uno de esos cármenes orientales que abren su encanto verde en las páginas de los viejos cuentos.

El rigor de la estación manchaba los follajes con

todos los matices del ocre al escarlata, impregnando la arboleda de melancolía enervadora ; en tanto que la dulzura de la tarde volvía embriagantes el perfume de miel de las rosas, el aroma acre de las hojas marchitas, el olor bueno de la tierra húmeda.

La joven miraba, respiraba, admiraba con la alegría maravillada de un niño. Su imaginación había transformado aquel huerto aldeano en vergel encantado. Por un proceso mental de relación misteriosa, desde niña había identificado ese lugar familiar con los parajes en que se desarrollaban los cuentos que escuchaba o leía, llenándolo de cosas inverosímiles : selvas, cabernas, torres ; poblándolo de habitantes fantásticos : ogros, hadas, hechiceras, genios. El cañaveral de la laguna era la tumba del buen Diego a quien sus hermanos ultimarán : la flauta que de las cañas se haría, delataría a los culpables... La cueva abierta por las lluvias, en la falda tupida de guindos, formaba el antro maravilloso en que Alí Babá encontraría el tesoro de los ladrones. ¿No era en las tinajas de la despensa donde la valiente Georgina sorprendiera a los malechores acurrucados?... La espesura de cerezos y ciruelos, cabe el vallado, era la selva tenebrosa en que Pulgarcito fuera abandonado por sus padres, con sus hermanitos tímidos... ¿Y la glorieta de la viña? La torre en que la esposa de Barba Azul interroga, ansiosa, a su hermana, mientras la hierba verdeguea y el sol reverbera...

Había avanzado por el senderito de la cuesta, a través de los árboles, entre rosales sangrientos y altas matas de nardo cuyos tallos erijían, rígidos, sus estrellas de pétalos del más suave rosa. Arrojó una mirada al buen banquito que se hallaba entre los olivos viejos, de follaje como canoso. ¡Qué encanto el sentarse allí

de madrugada, con un librito nuevo de cuentos! Hundió los ojos en la pequeña caberna, a la cual las raíces de los guindos prestaban estalactitas. Para impedir que Cuchita la hiciera rellenar había puesto en el fondo, sobre una piedra, una vieja Virgen de madera, menospreciada. ¿Quién se atrevería a profanar la gruta de Nuestra Señora de Andacollo?... Contempló el vallado descollante sobre los árboles, formado por enormes troncos justapuestos, soberbios despojos de la selva primitiva : con su corteza como piel de serpiente, sus nudos como muñones, sus parásitas como barbas y cabelleras, se les habría creído una fila de esos indios gigantes que cantara don Alonso de Ercilla en su poema inmortal. Entre las grietas corrían a la siesta bandadas de lagartijas, y en los huecos negros debía anidar algún « pihuchén », ese bicho maléfico, mitad pájaro, mitad zabadija, que bebe la sangre con le mirada.

Entre tanto Cuchita, vuelta a la realidad, había cortado en fin su discurso y penetrado en el huerto, seguida del cura y de Mariquita. Mas deseando hacer admirar su viñedo, giró hacia la colina por entre el cañaverál de la laguna y el grupo de antiguos perales con sus ramas en el cielo, siguiendo el sendero apretado de teatinas doradas, que se internaba en la viña.

Las cepas achaparradas, a la antigua usanza, con sus hojas ya raras, manchadas de púrpura, se abatían agobiadas de racimos lozanos, como cubiertos de polvo de azul ; en las ramas altas temblaban pámpanos luminosos, semejantes a safiros negros.

— ¡Qué cargada la viña! — exclamó el cura embelesado. — Buen vino de misa ha de cosechar, doña Cuchita.

— ¡ Válgame Dios ! — respondió la señorita, riendo. — Con un puñado de uvas, que se va todo en regalos...

Sonrió el curita, sorprendiendo la ingenua avaricia que ocultaba tal respuesta.

Habían llegado ante la glorieta vestida de pasionarias, estas flores santas en que se ven, patentemente, la corona de espinas, los clavos, el martillo de la Pasión.

Sentáronse a descansar ; el señor cura parecía fatigado. ¡ Qué hermosa vista se ofrecía a la mirada ! En torno, el viñedo en fuga, todo azulado de su fruta generosa ; en el bajo, la masa ondulada de los árboles que el otoño enriquecía con sus matices infinitos, cálidos y sin embargo melancólicos. Después, tras el vallado formidable, las últimas casas del suburbio, albeantes, suspendidas sobre las barrancas ; luego, el campo verde y pardo, con la cinta sinuosa del camino ; el estero azogueante entre álamos agudos, una quinta blanca bajo un docel de eucaliptos. Y al horizonte, las montañas, las montañas innumerables, en oleaje majestuoso, y sobre ellas, dominador, el Huillén con su cima intrépida, tenebrosa de selvas, horadando el azul blanco de la tarde.

La hora inefable vertía en el ambiente su melancolía, su paz religiosa, su suave polvareda de amatista. En la calma inconmensurable llegaban, con la gravedad de las voces lejanas, los gritos de unos niños que jugaban en el camino, el trote acompasado del caballo de un campesino que entraba en el pueblo...

Los tres callaban, cautivados inconscientemente por el encanto de las cosas.

Súbitamente, resonó la voz de Rosario que gritaba del valle :

— ¡ Cuchita ! ¡ Aquí está, aquí está la pícara !...

Al mismo instante tronaron los gritos furibundos de la endemoniada.

La anciana se puso en pie, conmovida : había olvidado por segunda vez el objeto de aquel paseo. El cura la imitó con su buen ánimo habitual.

— ¡ Cuchita ! ¡ Venga lueeego !...

— ¡ Aaaay !...

Las dos señoritas se adelantaron, nerviosas.

Siguiólas el cura tranquilo, sin apresurarse.

— ¡ Venga lueeego !

La anciana echó a correr, como una chicuela. Guiándose por los gritos, se dirigió hacia el fondo de la vega, junto al vallado. Pronto alcanzó el bosque de los ciruelos que formaban en aquel punto una espesura emarañada. Allí estaba Rosario, palpitante, los brazos extendidos, impidiendo la salida. Bajo el ramaje intrincado, echada sobre las hojas muertas, la fugitiva se agitaba, se revolcaba, gritaba como una loca :

— ¡ Aaaay ! ¡ Aiaiaiaiy !...

— ¡ Calla la boca, perra india !

Como por mandato divino, la mujer se aquietó, sofocó los gritos. Mas luego, al notar al buen cura que se aproximaba, hizo una mueca profunda, de espanto, de desesperación, y tornó a agitarse, a aullar perdidamente.

— ¡ Aaaay ! ¡ Aiaiaiy ! Uuuuuy !...

Se estremecía como una epiléptica, revolviendo la loza mustia de los ojos, haciendo rechinar los dientes, retorciendo los brazos, agitando en el aire los pies desnudos. Sobre su frente; los cabellos se erizaban como púas ; entre sus labios amarilleaba una baba siniestra.

El anciano cura retrocedió turbado. Su cara se

estiró, su mirada se hizo dura. Sacó de la faltriquera un viejo libro, lo abrió por la señal verde, hizo en el aire una gran cruz y empezó a leer con voz trémula. Las señoritas se apartaron, recelosas. Sabían que el exorcismo es cosa grave. Al salir del cuerpo de su víctima, el diablo revienta como una mina y deja en el aire un tufo de azufre... Esperaban, temerosas, el milagro.

Empero, a medida que el cura leía los « evangelios extraordinarios », la poseída, en lugar de apaciguarse, se removía y aullaba cada vez con mayor ardor.

Ensordecido, el sordo anciano cambió entonces el libro por un formidable cordón lleno de nudos, que había traído « por si acaso », y, asegurándolo a la muñeca, descargó sobre el Enemigo una lluvia de azotes furibundos. (Sí, sobre el Enemigo, porque los golpes no le dolerían a la mujer sino al diablo que la poseía...)

A tan inesperada sensación, la criada se arrolló como una culebra, se calló; pero en seguida tornó a agitarse a saltos, como queriendo escapar, aullando y articulando denuestos increíbles:

— ¡Aaaay! ¡Asqueroso! ¡Uuuuuy! ¡Hijo de una gran!...

El mozo del boticario, que había venido al huerto a lavar en el pozo el gran frasco de cristal azul, oyendo los gritos de la poseída, se había aproximado a paso de gato. Inmóvil entre las ramas, el frasco lleno de agua en las manos, miraba alternativamente con ojos de zorro en acecho, al cura que golpeaba a más y mejor, y a la moza que saltaba y maldecía a mejor y más.

De pronto el anciano, como iluminado por inspiración del cielo, detuvo el brazo y se inclinó cuanto pudo para ver bien a la mujer esfumada ya por la

penumbra de la prima noche ; fijó la vista en las líneas del cuerpo, que el pañolon, en la agitación, dejaba por momentos entrever. En seguida volvió a erguirse : su cara estaba desestirada, su boca encendida por bonachona sonrisa. Se aproximó a la dueña de la casa, y, en voz para él baja :

— Está *gruesa* — le dijo cautelosamente.

Un fracaso agudo vibró en los oídos de los circunstantes exitados, con el estruendo de una granada que hubiera reventado a un paso. Volviéronse estupefactos. El mozo del boticario había dejado escapar de las manos el hermoso frasco azul, que yacía en tierra hecho añicos.

— ¡ Bellaco ! — rugió el señor cura, alzando su recio bastón.

Pero el golpe cayó en el vacío. El bellaco había desaparecido en el sendero frondoso, como una visión que se desvanece.

TERCER EPISODIO

LA ZORRA VERDE

I

Alonsito se despertó bruscamente. Enbargado por una angustia singular, hizo girar los ojos a través del cuarto en penumbra; recorrió las paredes cubiertas de papel claro, ornadas de grandes reproducciones de pinturas místicas españolas, las camas de madera leonada del hermanito, de la hermana bastarda, la mesa del centro cubierta de un tapiz parduzco, los cofres antiguos sobre una especie de taburete, el guardaropa con su cortinilla verdosa, y, al lado, la mesita llena de papeles, que le servía para escribir y dibujar.

Del comedor contiguo llegaban ecos de voces, mezclados a ruidos de vajilla. Estaban almorzando. Él había tomado ya su dieta de convaleciente: sobre la mesa blanqueaba aún el plato vacío.

«¿Cómo había podido dormirse así, vestido, a la hora en que los niños llegaban del colegio, formando una algazara...? Su madre, sin duda, había entornado los postigos y le había echado esa manta sobre las

rodillas... » Se incorporó algo contra las almohadas. Su carita cubierta de una palidez transparente, en que detonaban las pupilas ardientes de fuego interior y los cabellos oscuros partidos en dos bucles sobre la frente, se estiró en una mueca dolorosa. Sus manos largas, ahusadas de delgadez, con las uñas crecidas, se crisparon sobre la manta, nerviosas, cual las garras de un pajarito.

Como cada vez que se despertaba, se sentía angustiado, desconcertado ante el mal misterioso que le aquejaba. No sabía cómo ni de qué había enfermado. Sólo sabía que una mañana se había despertado rodeado de la familia que se agitaba en torno del lecho, hablando en voz opaca. Él había querido levantarse, pero estaba tan pesado que no había conseguido moverse. Su madre le había recomendado estarse quieto. Su padre le había besado con ternura. Y él, él había sentido los párpados quemantes de lágrimas.

Recordaba, sí, claramente, que el día anterior, un domingo de sol de invierno, había ido con su padre y algunos parientes o amigos, en alegre cabalgata, a la hacienda de la familia, para asistir a la castradura de los novillos.

¡ Qué paseo más agradable ! ¡ Cuánto se habían divertido ! Al alba llena de un oro glacial, habían dejado el pueblo todo vibrante de sonos de campanas, y tomado el camino ondulante sobre la falda de las hondonadas frescas. Don José Manuel, su padre, envuelto en su poncho de invierno, charlaba alegremente con el tío anciano, que se erguía como un mozo en su silla de « pellones », y con el maestro de escuela, que sonreía en su mostacho color zanahoria. Su hermano bastardo y el dependiente tiraban la rienda con alarde,

haciendo danzar sus cabalgaduras ; mirábalos el tío Samuel, con su aire de buen diablo. Adelante, los niños : Juan de la Cruz su hermanito, el hermano del maestro, él mismo, retozaban como pájaros en libertad.

Después de pasar el estero se habían detenido un punto ante la quinta, puerta de la hacienda ; de la vera del camino, la viejita casera les alargaba un cesto de quesillos fresquitos. ¡ Qué ricos ! Crujían los dientes, al comerlos.

Durante un momento, habían seguido la carretera bordeada de álamos, que va a las casas principales, mas luego se habían lanzado a campo traviesa, por el atajo, sobre las lomas y los valles sin término. ¡ Qué lindas estaban las cimas aterciopeladas de hierba tierna, estrelladas de grandes lirios albeantes ! ¡ Qué frescos los bosques de las hondonadas, llenos de murmurios de zorzales y gorjeos de arroyos ! En las casitas, perdidas entre ramajes, de los labriegos, las mujeres espantaban los perros, siguiendo con los ojos la feliz cabalgata.

Por fin habían llegado al corral improvisado en el corazón de la montaña, entre árboles profundos y grandes peñascos plaqueados de un liquen azul. Todo estaba listo. Los novillos y algunas vacas madres acorralados, mugían largamente hacia el cielo. El administrador daba órdenes a los mozos de a caballo, haciendo temblar sus largos bigotes rubios, entre el flamear de los ponchos abigarrados y el tintinear loco de las espuelas. Y en tanto que el chusco « campañista », más barbado que un cabrón, medía el corral al paso de su macho gris, el viejo mayordomo, enfurruñado en su barba hirsuta, afilaba contra las piedras los cuchillos.

¡ Qué fanea y qué espectáculo más emocionantes !

¡ Con qué entusiasmo los mozos apartaban cada novillo, lo enlazaban a la carrera, y, maneándolo, lo echaban al suelo ! Y con qué destreza el mayordomo y el tío anciano, los brazos desnudos, ejecutaban la sangrienta operación. Como un becerro lograra desasirse y escapar, el viejo caballero, arrebatando el lazo a un mozo, lo había enlazado « al vuelo », detenido y arrastrado, victoriosamente. Era de no haberlo creído. El mismo campañisto, hombre diestro como pocos, no había podido menos de agitar los brazos, asombrado, bajo su poncho verde.

Después había sido el almuerzo alegre y opíparo, bajo los robles centenarios, en torno a los peñascos que servían de mesa. ¡ Cuán tiernas y jugosas estaban las criadillas que Quijada, el campañisto, asara con todo arte, ensartadas en una vara de boldo, recién cortada ! ¡ Y qué bien sabía el mosto rojo escanciado del odré repleto ! Comían, charlaban, reían a un tiempo, en la alegría fuerte de la vida primitiva y la comunión con la naturaleza.

A media tarde habían tomado los caballos e ido a la « puebla » vecina, en que la vieja y las niñas eran cantoras famosas. ¡ Qué fuego de entusiasmo encendieron en las pupilas el preludio elocuente de las vihuelas y las coplas de la tonada decidora y sentimental ! Obedeciendo a un gesto del patrón, las cantoras dedicaron la canción al tío anciano :

Que viva don José Félix,
Cogollo de flor fragante,
Siempre galante y discreto,
Es un pulido diamante.

Congestionado de regocijo, el viejo caballero se desmontó, se quitó el pañuelo de seda amarilla, que

llevaba al cuello, pidió una cueca, y, dirigiéndose a la más joven de las muchachas, la sacó a bailar en medio del corredor...

Las guitarras parecían hablar, las cantoras simulaban gemir. Y erguido el busto, la mano a la cadera, el Pulido Diamante rodeaba a la pollita, zapateando de lo lindo, agitando sobre su frente el pañuelo vibrante. ¡ Era de morirse de la risa !

El sol se evaporaba de las cimas cuando habían emprendido la vuelta al pueblo. Al ganar la carretera habían acelerado la marcha, poniendo los caballos al trote largo. Adelante, los niños hostigaban sus caballitos, alardeando de su destreza en montar. Juan de la Cruz, desafiaba al hermano del maestro a una carrera « a todo escape ». De pronto sus caballos habían partido como volando. El que montaba él, Alonsito, siguiendo el ejemplo, había escapado también, vertiginosamente. Espesaba la noche profunda, ahogante...

En el comedor, las voces subían de punto. Era ese momento de los agapes íntimos en que la expansión se hace general.

Con la curiosidad infantil de sus diez años, el niño saltó de la cama, se llegó a la puerta, entreabrió el postigo, pegó la cara a los vidrios, sigilosamente. En la vasta sala hermosa y clara, con sus paredes pintadas y decoradas al óleo, sus altas ventanas llenas de día, sus cuadros de batallas o de frutas, la familia y los amigos habituales estaban sentados a un extremo de la mesa enorme, que podía contener cincuenta cubiertos. Don José Manuel, en la cabecera, hablaba plácidamente, sonriendo por las pupilas oscuras y vivaces. como el agua en la noche. Doña Juana

Clotilde, la señora, gruesa pero hermosa y fresca aún, se servía con reposo, alto el rostro de una dulzura grave. Don José Félix, el viejo hermano de la señora, erizadas las blancas cejas, el calvo cráneo congestionado, contestaba al dueño de la casa, sin dejar de masticar. Urzúa, el amigo indispensable, que tenía su tienda cerca, terciaba de tiempo en tiempo, impasible la cara oleosa, con el cabello peinado en un gran bucle sobre la frente. Don Simón, el hermano mayor del caballero, en su eterno chaqué de mezcla, volvía sus patillas a la española hacía el maestro de escuela, que callaba como de costumbre, sonriendo en su mostacho rojizo. Jobita, la vieja tía, la nariz en su plato, cuchicheaba con Clotilde, la mayor de las niñas, trigueña y bezuda, que hablaba y comía ávidamente. Y en tanto Liria, la menor, contraía la carita delicada, disculpándose de no comer, Juan de la Cruz, gacha la cabecilla testaruda, hacía bolitas de miga de pan.

— Estoy contento — decía don José Manuel — de la bodega subterránea que he hecho en la hacienda, estoy contento. Algo ha costado : hubo que demoler una parte de las casas viejas ; en los escombros se encontraron algunas monedas del tiempo del rey... Ahí podré conservar los vinos por algunos años : caben sus miles de arrobas... Y entonces, compadre, podremos tomar buen vino añejo ¿no?

— ¡ Cómo no pues, compadre ! — replicó don José Félix, riendo.

— Lo que quisiera ahora es comprar un terreno en la cordillera, para poder engordar los animales en tierra propia. Conviene tener todo lo que uno necesita. ¿No le parece, don Cheiva?

- Por supuesto, don José Manuel — contestó

Urzúa, inmutable, sin sonreír siquiera por el chusco nombre que le daban.

El caballero rió sin ruido : a los cuarenta años, aquel amigo grave, que pasaba por letrado, no había conseguido hacer fortuna ni formar una familia.

Don José Félix se puso serio.

— Yo creo — balbuceó — que Juan Anselmo, mi sobrino, podría venderle su hacienda. Desde que es diputado, no piensa más que en volver a vivir en la capital...

Don José Manuel comprendió el golpe : el viejo caballero sin recursos, que vivía gracias a la ayuda de sus parientes ricos, ya en casa de uno, ya en casa de otro, cumplía una misión secreta ; como si lo supiera...

— No, compadre — replicó suavemente. — No necesito una gran hacienda : con la que tengo, tengo bastante. No quiero complicar mis negocios. Al contrario. Por eso deseo vender el periódico... La tienda no me molesta, no le doy importancia... Yo no tengo tiempo para escribir, y el redactor que he traído de la ciudad me dá muchas molestias. Fermín Azevedo se interesa, pero yo no querría vendérselo a ese : es hombre poco limpio. Y yo he fundado *El Héroe*, precisamente, para dar al pueblo un periódico liberal, sincero, serio. Le puse así en memoria del gran héroe del Pacífico, nacido en el departamento, que es una gloria de la patria.

— Está relacionado con nuestra familia — murmuró don José Félix, modestamente. — Juan Fernando, mi hermano, casó con una tía de él...

— No quiero complicar mis negocios — continuó el caballero, sin hacer caso de la interrupción. — Como trabajo, trabajo bien, y en dos o tres años más creo

que podremos descansar... Entonces, señora, se irá a vivir a la capital para educar a los niños...

Bajó los párpados la señora, sonriente.

— Mientras tanto, compadre — prosiguió don José Manuel — pienso que podremos tomar un trago...

Y cogiendo una garrafa de vinillo, intacto porque estaba más que ácido, llenó hasta los bordes la copa de don José Félix. Y cuando el anciano hubo apurado la copa de un sorbo :

— ¿Qué tal, compadre?

— ¡ Rico, compadre !

Rieron todos, hasta Corina, la bastarda, que hacía los platos, enfurruñada, en una mesilla aparte.

El niño, con la cara pegada a los vidrios, rió también.

II

El almuerzo había terminado. Solamente la señora, Jobita y don Simón continuaban sentados a la mesa para tomar el te.

El niño abrió la puerta sin ruido y entró a paso arrastrado.

— ¡ Alonsito ! — exclamó doña Juana Clotilde, redondeando los ojos. — ¡ No te vaye a hacer mal el aire, niño !

Don Simón volvió las patillas :

— ¿Qué hay, amigo? Ya está mejor, ¿eh?...

Sin contestar, el niño se sentó al lado de su madre.

— ¡ Ah ! — suspiró la señora. — ¡ Cuánto ha sufrido el pobrecito !...

Acodándose ante su taza de te vagueante, don Simón miró fijamente a la señora :

— Dígame francamente, ¿le gustaría a usted dejar el pueblo para irse a vivir a la capital?

Sonriente, la señora bajó la vista :

— ¡ Oh, yo no digo que me gustaría ! Aquí estoy muy bien. Pero José Manuel quiere que vayamos a educar a los niños... Adonde me gustaría ir por algún tiempo es al pueblo donde nací y me crié. Mi familia se había ido a vivir al campo ; mi padre había arrendado la gran hacienda de los padres agustinos. Pero

yo me quedé en el pueblo, en casa de los primos de mi madre. Eran acaudalados; habían logrado rehacer, en parte, la antigua fortuna de la familia. Su hijo era el más elegante de la ciudad: siempre de frac azul, pantalón blanco, sombrero de pelo... Me querían como si fuera su hija. Mi primo Anselmo me tenía el día entero sobre sus rodillas, y mi prima Mariquita, cuando se sintió morir, me llamó y me puso al cuello su rosario de oro...

— Pero yo creía, señora, que su familia era de la capital — balbuceó don Simón, paladeando su te.

— Sí, los troncos vivían en Santiago: don Toribio y doña Tadea. Don Toribio era asturiano. Eran riquísimos y de mucho copete. Tenían en la Recoleta una casa enorme: la quinta en que se refugió el presidente español, el año 10. Dicen que el caballero hacía asolear en el patio las talejas de cuero llenas de oro, y que la señora había hecho comunicar la casa por un subterráneo, con un colegio vecino, para que las niñas no pasaran por la calle... Y de la noche a la mañana perdieron casi toda su fortuna.

— ¡Adiós, mi plata! — exclamó don Simón, riendo como un mentecato.

— Don Toribio trabajaba en compañía — continuó la señora imperturbable, bebiendo a sorbos espaciados su taza de te. — El negocio, que él atendía, se incendió; entonces el socio presentó a doña Tadea, que era la rica, un papel, pidiéndole que firmara si no quería que le metieran pleito. La señora, aterrorizada, firmó... Cuando don Toribio lo supo fué tal la impresión que tuvo, que cayó con un ataque y no se levantó más.

Don Simón, que era leguleyo, escuchaba ahora con interés. El niño contemplaba a su madre con mirada extasiada: aquellas viejas historias le apasionaban

tanto como los cuentos azules que leía en sus libritos con imágenes. Solamente Jobita, la nariz en su taza, parecía a cien leguas...

La señora continuaba :

— Mi abuelita Mercedes se había casado ya con un caballero andaluz, que acababa de llegar de España : don Nicolás. Era noble : en casa se conservaba su retrato con la capa de grana...

— ¿Y por qué se vinieron de la capital? — interrumpió Alonsito, con vehemencia.

— ¡ Ah ! — suspiró la señora. — A causa de la mala fortuna y de los matrimonios... Mi primo Anselmo se había venido a trabajar al Sur ; se casó con una niña de Talca. Años después, mi madre se casó con un caballero de esa ciudad también, y vino a establecerse allí. Era un pueblo grande ; « la capital chica », así lo llamaban. Las iglesias eran muy bonitas, y el pan tan bueno, tenía fama... En las casas ricas había gran lujo: mi primo tenía un clave todo dorado y un amueblado de crin blanco con florcitas moradas, precioso.

— ¿Y por qué se vinieron más al Sur, a la ciudad vecina?

— ¡ Ah, eso fué mucho después ! Yo estaba grande ya... Por lo mismo. Mi hermano mayor, Rafael, que era como el padre de la familia, vino con comercio ; se casó, hizo fortuna. Llamó entonces a la familia a su lado. Mi padre estaba ya viejo y enfermo... Hicimos el viaje a caballo, acompañados de muchos mozos que arreaban las mulas con el almofrej, los cofres y los llos de proviciones. Las gentes que nos veían pasar no podían creer que fuese sólo una familia ; éramos tantos : mi padre, mi madre, seis hermanos, siete hermanas. Caminábamos en la mañana, sesteábamos

después de almorzar, y cuando empezaba a oscurecer, sacábamos las camas del almofrej y alojábamos en cualquier casita o en el campo raso. Demoramos dos semanas... ¡ Oh, nosotros no podíamos consolarnos! El pueblo no era como la ciudad en que habíamos nacido... ¡ Pero así lo querría Nuestro Señor! Ahí me conoció José Manuel...

El niño volvió la cara, vivamente. Sobre los vidrios de la ventana acababan de dar dos golpecitos. Era Liria, su fiel compañerita en travesuras, que le llamaba con la mano nerviosa. Dejó la silla y se deslizó hacia la reportería. Allí le esperaba la niñita sofocada de risa muda, toda vibrante bajo su vestido de lana oscura a florecitas rosas; sobre los hombros le danzaban los cabellos crespos, recortados como los de las meninas pintadas por Velázquez. Acompañábala el perrito familiar, negro, patas amarillas, que secundaba tan bien a los niños en sus juegos.

— ¿Qué cosa?

— ¡ La bruja! En la cocina está doña Lorenza, la bruja...

Chispeáronle los ojos al chico. Aquella vieja astrosa y carigría, que venía de tiempo en tiempo no se sabía de adonde, con cualquier regalito para la señora, y que no reía ni hablaba jamás, intrigaba a los niños. Las gentes de la hacienda que entraban los domingos a almorzar en la cocina, charlaban, reían; el campañisto contaba cuentos o hacía admirar las gracias de su macho. Pero doña Lorenza se estaba dos o tres horas acurrucada junto al fuego, sin decir una palabra, ni hacer un visaje. Suponíanla bruja y habrían pagado por hacerla hablar.

Salieron de puntillas al segundo patio clausurado

de corredores albeantes, con pilares verdes, en que estaban los diferentes cuartos del servicio; al centro, un aramo enorme rociaba el cielo del amarillo tierno de sus florecitas olorosas. Llegáronse al ángulo de la cocina, en donde los otros niños se agrupaban sigilosos. Lindor, el bastardo, con la autoridad de sus quince años, dirigía la diversión: amarraba por el gozne unas tijeras abiertas en cruz, que Clotilde sostenía. Juan de la Cruz, comiéndose las uñas, y Alfredito, el vecino, que había entrado a jugar con los niños, seguían la operación con mirada embobada.

— Hay que amarrarlas bien — murmuraba el muchacho con su voz gangosa, que parecía salirle por la nariz de pequeñez cómica — bien firme para que la vieja no pueda deshacer la cruz... Van a ver cómo no va poder moverse. Es bruja, ¡segurito! y no se podrá levantar si no se moja los pies... ¡Apuesto que es bruja!

La sirvienta, larga y nariguda, con aspecto de garza, que lavaba las copas cabe la puerta de la reportería, soltó la risa.

— Bruja pues — balbuceó. — ¿Y si le hace mal? Las brujas son malvadas.

— Lo sé — replicó el bellaco. — Pero yo no le tengo miedo ni al mismo Diantre.

Y volviéndose hacia la cocina:

— ¡Guanaco! — gritó.

El criado asomó por la puerta la cara imberbe y tan morena que los ojos le resaltaban como huevos.

— ¡Mande!

Con un gesto hízolo Lindor aproximarse, y metiéndole su naricilla en la oreja:

— Retira bien la paila, y, si te pide un vaso de agua, no se lo des...

El mozo, que sabía de lo que se trataba, guiñó del ojo y entró riendo, como si le rascaran las costillas.

Liria y Alonsito brincaban sobre un pie, cubriéndose la boca para contener la carcajada. De pronto, la niñita se quedó mirando el cuarto oscuro en que se guardaba la leña, y, tomando por la mano al niño que desde tántos días no salía a jugar :

— Alonso — cuchicheó. — ¿Vamos a ver a la comadre zorra? ¿A la Zorra Verde...?

Pero el niño, que no quitaba los ojos de Lindor, se esquivó sin responder.

Echando hacia atrás la mano con las tijeras, el bastardo se dirigía hacia la cocina.

— ¡ Yo, yo ! — gritó Alonsito, haciendo ademán de arrebatarse las tijeras.

Estaba habituado a dirigir todos los juegos. A pesar de ser el menor, ¿no era él quien desempeñaba el papel principal en las comedias, o más bien pantomimas, de su propia invención, a que asistía toda la familia? ¿Y no era él quien, vestido de capitán, espadá en mano, comandaba el batallón de hermanos y amiguitos? ¿Y no era él quien había dirigido la construcción, junto al gallinero, de toda una aldea de casitas? Los demás niños, como sugestionados, le secundaban sin sublevarse, cumpliendo todos sus designios.

Empero, Lindor le impuso silencio con una mueca enérgica, y haciéndose el zonzo, entró en la cocina. Agolpáronse los niños a la puerta, esforzándose para no estallar en risa.

En el ancho cuarto hollinoso, azulado de humo, la cocinera coja y ya vieja pero sin una cana, se agitaba junto al poyo lleno de cacerolas ahumadas. Hacia el

centro de la pieza, ante un pequeño fuego encendido sobre las baldosas, en el cual vagueaba una gran olla de tierra, doña Lorenza en cuclillas, gacha la frente ceñida de un pañuelo amarillo y verde, miraba el vacío con sus ojillos orlados de sangre, en una inmovilidad de gato friolero ; más allá el criado lavaba los platos con gran ruido, en una ancha paila de cobre rojo. Hablaba la cocinera, lentamente, con el mozo, que contestaba mostrando su dentadura deslumbradora. Doña Lorenza, como de costumbre, no terciaba en la charla.

Haciendo una curba, Lindor dejó rápidamente las tijeras detrás de la vieja, en contacto con su falda (¡ ah, eso era indispensable !) y deteniéndose ante el criado, se puso a conversar con él, muy serio.

Los niños no pudieron resistir más : echáronse a reír a carcajadas, saltando, manoteando, como cabras en el monte. Por su parte, el perrillo dióse a ladrar, desaforado.

La vieja permanecía impassible.

— ¡ Doña Lorenza ! — exclamó Clotilde. — En la puerta la buscan.

La vieja alzó los ojos, pero no se movió.

— ¡ Doña Lorenza ! — gritó Alonsito. — Su vestido se está quemando.

La vieja se miró la falda, pero continuó en cuclillas.

Lindor, que había salido, entró corriendo :

— ¡ Doña Lorenza ! La señora la está llamando.

La vieja miró hacia la puerta, pero ne se puso en pie.

Miráronse todos un instante, estupefactos, y luego todos, aún la cocinera, rompieron al mismo tiempo en una risa turbulenta, sostenida, interminable. El

perrillo ladraba en falsete, riendo también a su manera.

Súbitamente llegó la voz de la señora, imperiosa :
— ¡ Niños ! ¿ En qué están ? ¿ Qué bulla es esa ?
¿ Todavía no han ido al colegio ? ... ¡ Alonsito ! ¡ A tu
pieza, picaronazo ! ...

III

Sólo, en su cuarto cerrado, Alonsito iba de la mesa a la cama, de la cama a la mesa, enfurruñado e inquieto, como un pájaro bravío enjaulado. Dolíale la reprimenda de la señora, y la prohibición de salir al patio le sublevaba. Mimado por su padre que lo prefería, consentido por su madre que no sabía castigar, era voluntarioso y tenía manías extrañas : cuando había forasteros se encerraba y no había medio de forzarlo a salir ; y no permitía que le cortaran las uñas, de modo que tenían que hacerlo cuando dormía...

Reinaba una calma abrumadora. Solamente en la pieza de las niñas, la costurera hacía de vez en vez sonar las tijeras, y en la habitación de la señora, Jobita hablaba intermitentemente, con voz blanca. Aproximóse el niño a la puerta que daba al corredor y miró a través de los vidrios. El sol que había logrado desprenderse de las nubes redondas y que esplendía en un pedazo de azul, llenaba el patio de luz y de dulzura ; sobre la pared pintada de color limón, con orlas de color naranja, recortaba un ángulo como de azogue deslumbrante, mientras cernía sobre el jardín un resplandor como de oro translúcido.

Abrió con sigilo y salió sin titubear. El ambiente tibio, cargado del perfume de las flores nuevas, lo

envolvió en la suavidad de una caricia femenina.

¡ Oh dulce mediodía de sol de invierno ! El jardín parecía esponjarse en un suspiro de alivio, de expansión, de esperanza de la primavera halagadora. A lo largo de la blanca cornisa, la enredadera de glicina, aún sin hojas, colgaba la profusión de sus flores demasiado perfumadas, en racimos grandes y frágiles, de un azul de seda antigua. Ante los pilares, en macizos tupidos, las hortencias despleaban sus borlas pomposas, róseas, glaucas o violáceas, las verónicas alzaban sus espigas rígidas, de un morado de duelo, las fuccias mecían sus campanillas escarlatas, forradas de blanco o púrpura, con los finos badajos de sus estambres. Al centro, en un enrejado de madera, la araucaria traída de la tierra de los indios, abría sus brazos casi secos, enferma de nostalgia, entre el ancho rosal de rosa te, el naranjo enano, pesado de sus frutos áureos, y la mata de salvia arborescente golpeada del vermellón de sus capullos de terciopelo. Sobre el follaje, un picaflor chupaba el zumo de las corolas, detenido en el vacío, en un batir loco de sus alitas de esmeralda.

A paso suave, el niño se dirigió hacia el rosal en flor. Amaba singularmente aquella planta aristocrática, de hojas finas, ya doradas, ya violáceas, como recortadas en satín, de flores de una laxitud enfermiza, tan delicadamente matizadas de crema, de rosa, de verde, como carne de mujer. Gustábale conservar sus pétalos entre las hojas de sus libros, morder sus tallos tiernos, de una acidez deliciosa, coger sus bayas semejantes a pomitas de oro.

Allí, al pie de aquel rosal, entre las violetas negras, las malvas de olor y las hierbezuelas que se le anto-

jaban árboles, él y Liria traían, en las tardes primaverales, sus juguetes preferidos para hacerlos actuar de cien maneras, en pantomimas peregrinas: Liria, su muñeca grande, vestida de raso rosa, y la pequeña que cerraba los claros ojos; él, sus dos niñitos de porcelana y el cochecito de caballos bayos y cochero barbudo, a quien Juan de la Cruz llamaba Cipriano, porque así debían nombrarse todos los cocheros: ¿no se llamaba así el de la hacienda?... Ahora él desdeñaba esos juegos: era grande ya, tenía diez años, y más que divertirse con muñecos, gustábale dibujar, leer, escribir.

Sobresaltado, aguzó la oreja. En la pieza de la señora, Jobita hablaba gimoteando:

— ... Están furiosas conmigo, ¡hi, hi, hi! Creen que soy yo quien ha contado que la cocinera está «gruesa», como el señor cura se lo ha dicho a Cuchita, ¡hi, hi, hi! Se figuran que, porque la sacaron de noche y la llevaron lejos, a la montaña, en el pueblo no iban a saberlo, ¡hi, hi, hi! Yo creo que es el mismo pícaro del mozo del boticario el que ha llevado el cuento, para ensalzarse de la maldad que ha hecho... Están furiosas, no me hablan, me tratan como a una china, ¡hi, hi, hi!...

— Prudencia, hijita — le decía la señora — hay que tener prudencia. Así serás feliz en esta vida, y Nuestro Señor te reservará una corona en la otra...

El niño se ensombreció. Las riñas de la pobre tía con sus hermanas, como las suyas con Juan de la Cruz, le impresionaban profundamente: en su vidita feliz, le daban la intuición del dolor inevitable.

Quedóse inmóvil, contemplando el sol deslumbrante sobre la pared, con mirada alucinada:

« ¡ El sol !... ¡ Qué angustia, qué angustia tan grande !... » Suspiró :

« ¡ Sus muñecos, él !.. Sus muñecos se quebraban, se destruían por nada : no eran más que figuras de loza o de plomo. ¡ Juguetes !... Pero él... ¿ Él debía también sufrir, destruirse?... ¿ Era acaso otro juguete? ¿ No era *lo último* ?

Se estremeció :

« ¡ No era lo último !... »

¡ Oh relámpago de intuición precoz ! Sus pupilas se ensancharon extrañamente :

« ¡ El sol, el sol !... ¡ Que cosa tan triste era el sol !... »

Un ladrido brusco del perrillo, que dormía en el corredor, lo hizo temblar todo ; la mampara del zaguán se abrió con agudo ruido de goznes. Entraba la china de las tías, envuelta en su chal color cereza, trayendo el regalo habitual, sobre un azafate cubierto. Volvió a ladrar el perro, aunque sin darse la pena de alzarse. Hacíalo de pícaro : conocía bien a la china. Aproximóse la muchacha a la habitación de la señora, y, desde la puerta, empezó a rezar con voz cantante, el recado de estilo :

— Mandaba la señorita Cuchita que tuviera su merced muy buenas tardes y también el caballero y los patroncitos, y que cómo estaba su merced y cómo seguía don Alonsito ; que tenía muchos deseos de verlos, y que aquí le mandaba estas uvitas por ser las últimas que quedaban colgadas, y que, aunque estaban algo secas, se las mandaba en seña de que se acordaba de su merced, del caballero y de los patroncitos...

Alonsito rompió a reír, sin poder contenerse. Esti-

mulado, el perrillo se alzó de un brinco, ladrando con ardor, y, viendo que el niño lo azuzaba con el gesto, se lanzó contra la muchacha, furibundo.

— ¡Zingo, Zingo! — gritaba la china, los ojos blancos, defendiéndose con el azafate, a la vez que plegando las rodillas para cubrirse con la falda los pies desnudos.

Pero el perro, ensoberbecido, la rodeaba sin cejar, amenazando desgarrarle el vestido, comerle las pantorrillas.

Presurosa, la señora apareció en el umbral, fingiendo la mayor indignación :

— ¡Atrevido! ¿Qué es eso? ¿Qué no conoces a la Márgara? ¡Habrás visto!... ¡Anda, vete, atrevido!

Aquietóse el perrillo, se alejó cabizbajo, mas no sin lanzar un aullido estridente de protesta.

Oculto tras la gran mata de copos de nieve, el niño apretaba los labios para contener la risa.

« ¡Que perro más pícaro! ¡Qué bien comprendía lo que se le insinuaba! ¡Con qué entusiasmo e inteligencia seguía los juegos! ¡Cómo volaba por los corredores cuando corrían carreras! ¡Con qué gracia se hacía enfermo cuando lo acostaban sobre el escaño y lo llenaban de parches de hojas verdes! ¡Qué serio se estaba cuando Liria lo hacía sentarse, con su chal rojo y su bonete azul! Verdad : no le faltaba más que hablar... »

Satisfecho, se aproximó a la puerta de la trastienda, que estaba cerrada. Creía haber oído hablar al tío Samuel, el hermano menor de su padre. Era tan divertido : contaba unos cuentos tan graciosos, decía unas palabras tan raras, sobre todo cuando estaba « alegre »...

Abrió sin ruido e introdujo la nariz. Como no

viera a nadie, ganó la puerta de la tienda, mas en seguida retrocedió tembloroso. Su padre salía a ese tiempo de su escritorio. Por suerte, no lo había visto.

Escapó de puntillas, y, ovillado, atravesó el jardín a pasos elásticos. Mas al enfrentar el pasadizo del segundo patio, no pudo resistir a mirar. Al fondo se veía, precisa aunque minúscula, la puerta de la leñera, oscura, desbordante de troncos recios. Allí vivía la Comadre Zorra. Una zorra verde. ¿Una zorra verde? Una zorra verde que era comadre suya y de Liria, y con la cual ambos pasaban continuamente largos ratos, en conversaciones embrolladas. Vivía allí; comía hojas secas... y hacía pipí: el cuarto amanecía lleno de pocitos... cuando llovía. Los otros niños habían comenzado por reír de la cosa, pero ahora Juan de la Cruz, intrigado, espiaba las misteriosas intrevistas. Valía la pena: él no había visto nunca zorras verdes...

La puerta de la habitación de la señora crujió, como si la abrieran.

De un salto entró en su cuarto. Juiciosamente, se llegó a su mesa de noche, que le servía de cofre seguro para guardar sus cosas preciosas; la abrió y se arrojó ante ella, sobre la alfombra a flores encarnadas. Allí estaban sus juguetes abandonados, su cajoncillo de lápices de colores, su caja de pinturas para la acuarela, los libros de cuentos con imágenes, que su padre le traía cuando iba a la ciudad, los cartones de sus dibujos iluminados rabiosamente, figuras más o menos zurdas de militares, príncipes, damas, caballos, pájaros, y, encima de todo, los cuadernitos con tapas de papel verde o rosa, de los cuentos que él mismo imaginaba escribía, ilustraba.

Sus dibujos eran famosos en la familia y casi todos le habían valido besos y moneditas de parte de su padre: su alcancía estaba llena. Pero sus cuentos no los conocía más que Liria, quien, por escribir mejor que él, solía servirle de secretario: no se atrevía a mostrarlos, en el temor vago de que no supieran apreciarlos bien. Él tenía por ellos decidida preferencia y, a solas, se placía en hojearlos. Hé ahí el primero que había escrito, el invierno anterior: *El Canario de Luisito*; era fácil reconocerlo por la letra con tinta violeta, demasiado zurda, por la ortografía extravagante y por los dibujos con lápiz de color, más que ingénuos, grotescos: « Luisito tenía un bonito canario y una hermanita... » He ahí *la Gata Blanca*, posterior; la escritura era más limpia, si no más correcta, y los dibujos de gatitos vestidos, más firmes y hasta ingeniosos, pero la historia pobre y demasiado breve: « Iba un día don gato Perno con su hermana gata Blanca del brazo a visitar a la señora gata Lola... » Y he ahí el *Compendio de Historia de los Tiempos Pasados*, su gran obra en cinco tomos, que acababa de escribir. La formaban las vidas de los personajes de un pequeño album que él mismo había dibujado: « el Emperador », « la Reina », « el Marino », « el Negro », « el Chino »... Todas comenzaban más o menos: « El año de... había un... », continuaban con los viajes o aventuras del protagonista, que casi siempre nacía en la miseria o en la ruina y que, por su valor o su trabajo, llegaba a ser príncipe o siquiera rico, para terminar con un feliz matrimonio o una vejez afortunada: « ... se casó y quedó viviendo muy feliz... » Mas he ahí *la Zorra Verde*, el cuento que más le gustaba, a pesar de que lo había escrito hacía varios meses. en la hacienda,

durante las vacaciones. Tenía idea de que le faltaba algo al final. ¿Si lo relejera?

Se puso en pie, el librito en la mano, se sentó ante la mesa y empezó a leer atentamente :

IV

LA ZORRA VERDE

Cuento divertido para niños

1887

« En un país se encontraba un hombre que se llamaba Montesinos, era un pobre campesino o labrador de la montaña. Tenía la costumbre de llevar consigo una lanza y una escopeta; una vez que andaba en un bosque vió una zorra que era verde y en tanto la vió preparó su escopeta y la descargó sobre ella... »

Se detuvo para mirar la ilustración. Un buen hombre de bigote caído, en blusa amarilla y pantalón azul, corría, lanza en ristre, en pos de una alimaña verde, de patas rígidas y mostachos erizados como los de un gato.

« La zorra cayó al momento herida de una pata, él la llevó como pudo a su casa y la curó hasta que mejoró, él la quería mucho y los de la ciudad le decían que no tuviera idolatría con su zorra, le decían: ¿tú te crees que como aquí no hai zorras en otros países donde hai no hai tambien zorras verdes? Oyendo esto repetidas veces, él que sin duda era hombre intelijente, se fué a viajar a los países donde habia zorras, se embarcó en un barco y se fué... »

La ilustración representaba al protagonista con su mismo aire bonachón y su mismo traje amarillo y azul, en un bote, sentado al lado de un remero de sombrero negro y pantalones rojos, bogando hacia una playa en que se erguían casitas y árboles tiesos y coloridos como juguetes.

« En cuanto llegó alla compró un caballo y se fué a andar por los campos de aquel país. Primero encontró una zorra overa y así fué hallando todas que eran overas. »

En el dibujo, el viajero con su aspecto característico, sobre brioso caballo blanco y rica silla, observaba una zorra bosquejada al lápiz, sin iluminar, sentada tranquilamente ante la cría en el fondo de un círculo : la cueva.

« Oyó decir que el Rei ofrecía su hija al que le llevase una zorra verde. Sabiendo esto Montesinos se encaminó adonde el Rei y se presentó al Rei disíéndole que si era cierto que el que llevase una zorra verde se casaría con su hija. El Rei le dijo que si porque esa zorra le hacía mucho daño en sus campos y quería tenerla enjaulada... »

La letra, más limpia y más delicada, era de Liria. Montesinos, descubierta la cabeza calva, asiendo su fantástica alimaña por las orejas, estaba ahora ante el rey barbudo y hierático, en túnica de púrpura, sobre un trono inverosímil, en la diestra una espada o, más bien, un palo.

« Se hicieron las delijencias y en seguida se casaron y hubo un gran convite... »

La escritura, suya nuevamente, se embrollaba con repeticiones o supreciones :

« ... y habiendo llegado toda la jente al convite rompió a tocar una banda de músicos... Siguieron bailando después. Fué una gran suerte de haberse un pobre

hombre, de habersè casado con la hija de un Rei... »

Y he ahí aún al afortunado Montesinos vestido de príncipe, en jubón azul galoneado, calzón corto, gorro con pluma, conduciendo a la grupa de su corcel enjaezado de oro, a su augusta novia con un gran velo rosa y con la falda tan estirada que no parecía sino que las patas del bridón fueran sus propias piernas.

Reflexionó el niño un instante ; luego escribió al pie del dibujo, resueltamente :

« Montesinos y la Reina en seguida se fueron a su palacio que el Rei les habia proporcionado. »

La habitación se aterciopelaba de penumbra. El sol, que bajaba, ponía sobre la cornisa del corredor como un baño de oro anaranjado. Nervioso, el niño dejó su silla, guardó el cuaderno ; sacó en cambio dos libritos empastados, el uno purpúreo, el otro leonado, que escondía en lo más hondo del mueblecillo. Cruzó a paso rápido la pieza de las niñitas, en que albeaban las camas y resplandecía el tocador con gran espejo. Ante la mesa, Balbina, la costurera, trabajaba en silencio, en tanto que Corina leía con avidez un periódico de modas. En pie, junto a la puerta, una muchacha muy pálida, enteramente vestida de azul, parecía esperar : Cecilia, la hermana menor de Balbina, que venía a menudo con recados. Miróla el niño al pasar, con simpatía : « ¡ Pobrecita ! No jugaba mucho con él, pero era tan buena, y el borracho de su padre le pegaba... » Penetró en la habitación de la señora, amplia y confortable, con su gran lecho de bronce velado de pabellon de gasa, su sofá de crin oscuro, su alta cómoda sobre la cual diversas imágenes místicas, candelabros dorados y floreros floridos formaban una especie de altar. Sentadas a la mesa,

la señora y Jobita tomaban el te de la tarde. Miró la madre al pequeño enfermo, solícita :

— ¿Quieres leche, niño?

— No, mamá.

— Toma uvas, entonces...

Llenóle un platillo de la fruta que acababa de traer Márgara, con un ademán preciso de su mano carnosa y afilada, como la de una madona, en que brillaba un ancho topacio incrustado de perlitas.

Probó el niño las uvas conservadas ; hallólas tan buenas que no dejó ni las secas.

— No quiero más.

Atravesó corriendo la pequeña pieza misteriosa en que estaban los guardarropas coronados de una colección de cajas de sombreros de copa, la gran Purísima sonrosada y maternal, reproducción de Murillo, y aquellos dos cofres chinos con figuras sobre fondo verde, de los cuales su madre sacara un día que él lloraba, para consolarle (hacía tiempo, él era entonces muy pequeño) unos muñecazos fantásticos, vestidos de azul y rojo, que abrían los brazos... Ganó por fin el salon cerrado, como una arca de reliquias. En la penumbra se veían apenas los muebles con sus fundas grises, la alfombra roja a ramazones, el piano cubierto de fino paño de hilo, tejido a la mano, y las mesitas Luis XV, sobre las cuales estaban el album de fotografías de la familia y esas figuritas en porcelana, de señores con casacón y tricornio, y damas con faldas anchas y cabellos blancos, tan bonitas...

Desentornó los postigos y se sentó en el sofá, junto a la ventana por la cual se veía la calle brillante, con sus casas de colores y sus acacias redondas, que empezaban a suavizarse del humo de oro de los primeros brotes. Al comenzar su convalecencia, como no pu-

diera aún entretenerse en su cuarto, dibujando o escribiendo, él había venido a sentarse allí, con aquel librito de pasta purpúrea, para leer en calma o divertirse en mirar la calle. Y desde entonces no había dejado de venir un solo día, el librito bajo el brazo, así fuera un momento, en pos de su labor apasionada de dibujante o escritor infantil. ¿Por qué? ¡Chit! Era su secreto...

Abrió el librito en la primera página. ¿En la primera página? En la primera : no había podido pasar a las otras. El primer día, cuando había empezado a leer aquella historia encantadora, según Corina, de un niño que en el curso de un viaje se pierde de su madre por perseguir un cuclillo, había visto pasar por la calle a dos niñas forasteras que le habían distraído, turbado, confundido. Por Liria había sabido que eran sobriñas de un caballero del pueblo, a cuya casa habían venido a pasar aquel invierno, y que cada tarde iban a recibir lecciones de piano de una vecina, maestra de solfeo. Los días siguientes, inmóvil en su sitio, el libro abierto en las manos, no había podido contraerse a la lectura, mirando continuamente a la ventana, en espera anhelante, y, en cuanto veía aparecer a las niñas, dejaba de lado todo para seguirlas con la mirada, encendido, sobresaltado. Pronto ellas habían reparado en él, dándose cuenta de su silenciosa adoración, y, halagadas, habían contestado sus miradas, devuelto sus sonrisas... Él no sabía cual de las dos le gustaba más. Laura, la menor, con sus ojos húmedos y sus labios como un corazoncito encarnado, era tal vez más bonita ; pero Enriqueta era más grande, y, con su naricilla insolente, de una simpatía terrible. Sin embargo, luego comprendió que era a Laura a quien *debía* amar : en tanto que, al verle,

Enriqueta sonreía con aplomo, Laura bajaba la vista y se ruborizaba como el agua al crepúsculo. « ¡ Oh, Laura !... » Y había compuesto unos versos dedicados a Laura.

Cogió el otro librito de burda pasta leonada, obra de su mano. Era su album de versos. ¡ Oh, sí ! : él escribía, también, versos. ¡ Y qué versos ! Ingenuos renglones breves, que rimaban poco y decían menos. Unos estaban dedicados a cierta niñita que conociera ese verano en el puerto. ¡ Y los dedicados a Laura ! Los había escrito recientemente, y embriagado aún de su creación, no cesaba a solas de releerlos :

¡ Ay ! que dulcuras y alegrías
 En estos días,
 Verte pasar por frente
 Todos los días !...

Un ruido de pasos infantiles sobre el pavimento del zaguán le hizo alzar los ojos. Las hermanitas llegaban del colegio : he ahí sus voces y sus risas, en el jardín. Tomó nuevamente el librito purpúreo y hundió la nariz en la primera página. ¡ Ya podía llegar Liria a convidarlo para ir a ver a la Comadre Zorra !... Él leía. Desgraciadamente, la voz de la señora vino a distraerle : ofrecía te y uvas a las niñitas. Luego, fueron las carcajadas metálicas de Clotilde y el resongo de Liria, que se creía obligada de encontrar malo cuanto le daban. Después, el acento de la señora, con unción :

— ¡ Niñita ! Sé obediente. Toma por modelo a la santa de tu segundo nombre : Santa Rosa de Lima. Ahí la tienes, a la cabecera de tu cama : afligida y coronada de rosas... ¡ Ah ! ¡ Qué gran santa y qué

humilde ! El siglo no la conocía. Cuando quisieron canonizarla, el Sumo Pontífice se rió. « ¡ Santa en las Indias ! dijo, es como si ahora llovieran rosas... » Era en el rigor del invierno. Y por todas partes comenzaron a llover rosas frescas, abiertas...

El niño, que había escuchado embelesado, hizo un movimiento de fastidio : « ¡ Hasta cuándo lo dejarían leer !... » Mas en vez de volver a abrir el libro, avanzó la cara y el alma hacia la ventana.

Por la calle animada del oro viviente del crepúsculo, pasaba la Esperada. Bruna y rosa como una cereza madurante, llevaba los cabellos sueltos, recordados a la altura de la nuca ; su mirada profunda y su naricilla ligeramente remangada le daban un aire singular, turbador. Vestía, al igual de su hermana, un paltocito de lana color aceituna, con guarniciones de terciopelo púrpura ; bajo el brazo oprimía un cuaderno de música de pasta negra. Pasaba ruborizada, atisbando al galán con el ángulo del ojo, coqueta ya, a los nueve años.

Siguióla el niño con mirada quemante, conteniendo el aliento, la cara pegada a los vidrios, invadido, embriagado de una emoción extraordinaria. Era una impresión agridulce, desconcertante, hecha de ternura, de inquietud cristalina, de ensoñación misteriosa : la misma que le invadía cuando surgían bajo su mano, animados de una vida extraña, sus dibujos, sus cuentos, sus versos ; la misma que le sobrecogía cuando contemplaba, en las tardes serenas, las paredes del patio deslumbrantes de sol ; la misma que le asaltaba cuando veía aquellos cofres exóticos de los cuales, un día ya remoto, su madre sacara esos muñecos fantásticos...

Una súbita explosión de gritos y risas en el patio

le sacó bruscamente de su ensueño. No se movió, sin embargo, resuelto a esperar allí, leyendo sosegadamente, la vuelta de la amada. Pero la alegre bulla continuaba, cada vez más alarmante. Contagiado, rió también, y, sin poder dominarse, salió volando.

En el corredor, junto a la puerta de la trastienda, los niños brincaban y reían, rodeando a Lindor, quien inclinándose y riendo a su vez, les hablaba sigilosamente.

Se aproximó intrigado :

— ¿Qué cosa?...

Volvióse Liria, temblante de risa :

— ¡ Doña Lorenza ! Dice Lindor...

Y el bastardo, alargando hacia el niño la cara gatuna :

— ¡ Es bruja ! Para poder levantarse tuvo que o-ri-nar-se : el Guanaco vió la poza...

¡ Qué cosa más graciosa ! El niño estalló en carcajadas.

— Como la Comadre Zorra — gritó Liria, sofocada de reir. — ¡ Como la zorra verde !

Alonsito miró a Juan de la Cruz que reía sordamente, sin dejar por eso de comerse las uñas ; retrocedió de un salto, y señalándolo con el índice :

— ¡ Ja, ja, ja ! Como Juan de la Cruz...

Juan de la Cruz que ocultaba celosamente sus faltas contra el aseo de que no podía corregirse, cerró los puños y avanzó hacia el pequeño, rojo de coraje :

— ¡ Que hablas tú, marica !...

— ¿ Marica?...

— Sí, marica, que no sabes montar a caballo...

El chico dilató los ojos : « ¿ Qué no sabía montar ? ¿ No iba los domingos a los paseos, a la hacienda?... »

— ... ¿Por qué estás enfermo? ¡ Eh !

« No lo sabía, eso no lo sabía... »

Y Juan de la Cruz, brutalmente :

— ¡ Estás enfermo porque te caíste del caballo !

El pequeño se puso lívido : su pecho se agitó, su cara se estiró, y, ocultando la frente en los brazos, rompió a llorar perdidamente.

CUARTO EPISODIO

EL AS DE OROS

I

Arqueando las cejas erizadas sobre los quevedos de oro, a la vez que alargando el labio inferior cárdeno, don Simón cerró el libraco en que leía, de un golpe de mano triunfal.

— Está claro — murmuró — no hay cuestión posible. El pleito está ganado, la hacienda de mi hermano está salvada.

Y empujó el viejo código hacia un ángulo de la mesa cubierta de paño azul, sobre la cual se alineaban el tintero de bronce, el pote de arenilla para secar la escritura, la cajita de obleas para pegar las cartas.

« Él lo decía y estaba en lo cierto. No era abogado recibido, era simplemente *defensor* ; pero conocía la Ley, la conocía... »

Se echó sobre el respaldo de la silla, y, sacando del bolsillo un llavero cascabeleante, abrió una de las gavetas de la mesa. Sacó un grueso legajo de papeles garrapateados con tinta violácea y lo extendió junto al código. Después hundió la mano entre el revoltillo

de papelotes, que llenaba la gaveta, y se dió a hurgar, distraído, ausente. De pronto sus pupilas chispearon bajo los quevedos. Sus dedos asían una baraja olvidada allí, entre expedientes y escrituras; una vieja baraja de cartas redondeadas por el uso, único recuerdo de su juventud, que había logrado conservar, no sabía cómo, en su vida tormentosa de errencias y vicisitudes. Desplegó las cartas en abanico, y se quedó contemplando con mirada mojada, los dibujos en colores gritones, de una estilización ingenua, como fragmentos de mosaicos bizantinos o restos de una heráldica bárbara: los oros con efigies grotescas, las copas como jarrones esmaltados, las espadas de azur con la cruz de gualda, los bastos verdinos con nudos carmesíes, y los reyes en túnica de gules y coronas como de papel amarillo, los caballos con calzones y mangas afollados, las sotas con melenas y caperusas rígidas, los ases semejantes a monstruos fantásticos o a mitos desconocidos.

¡Cosa singular! Desde niño, las cartas le habían producido una impresión extraordinaria. Aquellas imágenes extrañas, para él vivían una existencia misteriosa, tenían una significación esotérica. Eran la vida y su vida simbolizadas. Así, los oros le representaban las monedas, las viejas onzas, los pesos fuertes; el sol, el boato, la opulencia, y, además, sus días de triunfo o de felicidad: su juventud briosa, su fortuna esfímera, su matrimonio. Las copas le evocaban el vino, el placer, los saraos de cumpleaños, las diversiones clandestinas y, todavía, las holganzas y las golosinas de su infancia feliz: las meriendas interminables bajo el emparrado del patio, las tinajas de arroje o de aceitunas que había en la despensa, los frascos de mistela que su madre guardaba bajo llave.

Las espadas le hacían ver la guerra, las luchas políticas, los desafíos a caballo, los salteadores y, más aún, sus propias luchas, querellas y desgracias : sus ajetreos juveniles de negociante afortunado, sus pugnas actuales de abogado vergonzante, y sobre todo ¡ ah ! el suceso fatal y sus consecuencias desastrosas, que ensombrecían sus recuerdos. ¿Y los bastos? No sabía bien lo que eran los bastos. Antojábansele cactus deformes o frutos monstruosos : calabazas, tunas o berenjenas. Le evocaban todo eso, pero más todavía el huerto de la casa familiar, con sus árboles añejos cargados de frutos, su laguna de ranas cantoras, su vallado de troncos centenarios, comidos de musgo. Cuanto a las figuras, le representaban mucho más que los reyes de los cuentos, que los gobernadores del pueblo, que los guasos « bien montados », que los mitos locales, ciertas personas de su conocimiento ; los caballos y los ases, hombres ; los reyes y las sotas (¿qué eran las sotas?) mujeres. Y ésto al punto de identificar las imágenes fantásticas con los seres vivientes...

¡Oh!, naturalmente, él no hacía caso de tales desvaríos. Eran representaciones oscuras de su subconsciencia, que no conseguían atraer su atención, ni menos despertar su interés. Él era un hombre serio, razonable, práctico, entusiástico del progreso y de las ideas liberales, lector de cosas instructivas, como el código, *Don Quijote*, la *Historia de los Girondinos*; enemigo de extravagancias y supersticiones, y, en materia religiosa, respetuoso pero escéptico, como un hidalgo del siglo XVIII. Sin embargo, aquellos desvaríos le obsedían a tal extremo que, a menudo, ante los hechos de la vida cotidiana o ante ciertas personas, el palo que los simbolizaba o las figuras que los representaban

saltaban ante sus ojos sorprendidos, como maniquíes de resorte, con tanta presteza y con gracia tanta que, a veces, no podía ménos de echarse a reir. De ahí sus carcajadas intempestivas que le daban, por momentos, trazas de mentecato.

En el zaguán vibraron risillas cristalinas y el golpeteo especial de los pasos infantiles. Entró una niña vestida de linón rosa, la carita de ojos enormes, sonriente ; los brazitos, como alas, palpitantes.

— Papá, papacito, ¡ el Nordo, el gato !...

El buen hombre guardó las cartas, turbado. Tomó en los brazos a la importuna y la oprimió contra el pecho, efusivamente. Era su preferida, la menorcita y la más hábil.

La niña reía y hablaba con tintín agridulce de cascabel :

— ¡ Ji, ji ! El Nordo... ¡ Ji, ji ! El Nordo me correteaba...

Don Simón se puso serio :

— ¡ Cuidado ! El gato...

— ¡ Ji, ji ! Yo no le tengo miedo : corro para hacerlo correr...

— ¡ El gato es animal hipócrita y traidor !

La niña se calló y, alargando la mirada, se puso a contemplar las viejas litografías que brillaban pálidamente sobre el papel oscuro de las paredes, el estante negro como la mesa, lleno de libracos cuidadosamente forrados en tela gris, el biombo improvisado, tras el cual se adivanaba una cama. Se detuvo en un gran dibujo al carbón, que se destacaba sobre el muro inmediato : el retrato de un hombre de bigotes rizos, en jubón acuchillado y gorguera pomposa.

— ¿Y ese caballero? — preguntó, designándolo con el índice.

— Lo dibujó tu primo Alonsito. El pobrecito ha estado enfermo; se cayó del caballo, lo trajeron a la casa como muerto... Ese caballero es don Miguel de Cervantes Saavedra, ¡el ingenio más grande del mundo!

Y la niña, mirando al ingenio :

— Se parece al Nordo... en los bigotes.

Del patio llegó una voz aguda :

— ¡ Camilita !

Don Simón se estremeció. La imagen del rey de Bastos con su capa de grana y su berenjena verde en la mano, surgió ante sus pupilas, amenazante. La niña cerraba los ojos y se ovillaba en los brazos paternales, segura de que se hacía invisible.

La voz volvió a sonar más estridente.

Camilita no se movía, don Simón no respiraba.

En la puerta apareció doña Cami'a, la señora. Joven, esbelta bajo su bata ligera color de jacinto, erguía con altivez el rostro pálido, afilado, de nariz aguileña, de ojos verdes, grandes como frutos, atrayentes como imanes, de labios delgados y vivos, como una herida. Tenía algo de la hurí, del papagayo y de la serpiente. Habríasela creído una de esas beldades seductoras y alevos de la España morisca, encanto y fatalidad de los caballeros cristianos.

— ¡ Pícara ! — gritó mostrando los dientes finos como agujas de nieve. — ¿ No te he dicho que no vengas aquí ?

La niña, cogida, se deslizó de las piernas del papá ; torció la boca, arrugó los párpados y salió cubriéndose la cara con los bracitos.

La señora clavó al buen hombre con su mirada irresistible.

— ¡No te cansas de hacerme sufrir! — exclamó. —
¿Quieres todavía quitarme a mis hijos?

Don Simón alzó los brazos en arco, sin energía :
— ¡Ésto si que está bueno! ¿Yo no tengo derecho de ver a mi hijita?

Y ella, crispando las manos afiladas :

— Un hombre como tú... ¿Entiendes? Un hombre como tú no tiene ningún derecho.

El caballero se encogió de hombros, despectivo. Dejó la silla, tomó el legajo de papeles que había sacado de la gaveta, se puso su macfarlán a rayas cruzadas, cogió su paraguas y su hongo plano, a la girondina.

La señora que lo seguía con la mirada, rompió en una risa glacial de loca.

— ¿Vas otra vez a casa de José Manuel? — balbuceó.
— ¡Qué paciencia !...

El pobre hombre la miró con el gesto severo de un padre escandalizado.

— No hables de mi buen hermano — tartamudeó. — Sabes cuánto le debemos. Él nos da esta casa en que antes vivía, él me proporciona trabajo, él te llena la despensa...

— ¡ Bueno ! — replicó la mujer, los dientes apretados. — Entonces a él mismo me iré a quejar.

Y salió haciendo vibrar la bata.

El caballero no pudo menos de sonreír :

— ¡ Anda, loca !...

Ella debió oír. Volvió, rápida, y los ojos salidos, la nariz palpitante, poniéndole los puños cerrados bajo los favoritos :

— ¡ Criminal ! — le gritó en voz ronca, y desapareció como una centella.

El buen hombre quedó como petrificado, el sombrero caído sobre la oreja, las manos inmóviles sobre la empuñadura del paraguas. « ¡ Criminal! ¡ Válgale Dios! Cierto, había herido a un hombre mortalmente. Pero, ¿no lo había hecho en defensa de los más sagrados intereses públicos : las urnas electorales? Era presidente de la comisión, debía responder de los votos, cuando aquel desgraciado había osado asaltar las urnas... ¿Y no lo había hecho en defensa de su propia vida? El temerario le hacía la puntería con su revólver; él había descargado primero... Y luego, ¿no había expiado sobradamente aquella fatalidad? Había salido del pueblo como un fugitivo, abandonando todos sus intereses, y había pasado diez años, ¡diez años! desterrado en aquella ciudad del Norte... »

— ... *de cuyo nombre no me acuerdo ni quiero acordarme* — murmuró, estirando el labio inferior, amarillo.

Se ajustó el girondino y salió, sereno.

Estaba nublado. Un viento agrio soplabla la calle, haciendo temblar las copas esqueletadas de las acacias. El cielo bajo, lanoso, se disgregaba en vellones desmesurados, aquí níveos, allá plúmbeos, acullá transparentes. La interminable lluvia invernal iba a continuar pronto. Por la vía morada de humedad pasaban escasas personas : algún hombre de poncho, encaramado sobre sus zuecos, alguna muchacha, el cántaro lleno sobre la cabeza, Rosa la loca, un cesto al brazo, vendiendo sus dulces. Sin embargo, ante una casa próxima se veía a un caballero de gabán gris y sombrero de copa, dado a la extraña tarea de sacudir las ventanas con un gran plumero.

Don Simón soltó la risa : veía en lugar de aquel

hombre al grotesco as de Espadas, la empuñadura en forma de cabeza con la nariz al aire, los tiros a guisa de brazos colgantes. « ¡ Ese Julián Toro ! Hombre más raro !... »

Se abrochó el macfarlán, cruzó la calzada al sesgo y alcanzó la tienda del buen hermano.

Había gente. Era día de feria, y los campesinos que venían al pueblo, aprovechaban la ocasión para hacer sus compras y sus negocillos. Ante el largo mostrador se agrupaban no pocas mujeres, viejas y mozas, envueltas en sus pañolones de colores crasos, y algunos chiquillos de pies desnudos. Jacinto, el dependiente, alto, flexible, de un moreno verdoso de aceituna, se agitaba desplegando y plegando bajo los ojos incisivos de las clientes, piezas de tocuyo o de percal a flores. En el escritorio del patrón, contiguo, varios guasos de poncho se tenían en pie, el sombrero en la mano. Sentado ante la mesa, don José Manuel, la frente alta, luminosa, arrebuñado en su capa española con broches de plata, hablaba y sonreía reposadamente. En la atmósfera saturada de ese relente penetrante especial de los almacenes de provincia en que se vende de todo, vibraba un bordoneo sordo, interminable.

II

Don Simón se resignó a esperar. Echó una mirada vaga a los maniquíes de caras brillantes, de la puerta, vestidos el uno de guaso con poncho, el otro de campesina con un chal rosado ; se acodó en la vitrina que ocupaba el extremo del mostrador, y perdió la mirada en la alta estantería con montantes barnizados, llena de piezas de géneros, lienzo, percal, merino, de cajas de cartón rojas o verdes, de bocales de farmacia, de artículos de ferretería... Después hundió la mirada en la vitrina repleta de baratijas o de fruslerías de antaño : tabaqueras de cuero, cajitas de metal pulido, cintas de todos matices, joyas con piedras si no preciosas, generosas, corbatines de seda para señora, « segundo imperio », y en círculos de cartón azul, esas redes oscuras con que recogían el cabello las abuelas. Eran los restos de la famosa tienda que, años ha, don José Manuel había abierto en compañía con un pariente de su esposa, hombre ingenioso y prolijo, pero alocado y sin tino para los negocios. Recuerdos de aquella tienda eran también los maniquíes vestidos de la puerta que, según se decía, se movían solos.

De la calle venía un chirrío de carretas, espeluznante. Entró un hombre todo pardo, la cara y el traje,

con cuatro pelos por bigote : Benancio, el segundo dependiente, encargado del « despacho » donde se vendían los vinos de la hacienda, y de la bodega en que se guardaban el trigo y la madera que el patrón acumulaba. Entregó a Jacinto un cartapacio abierto, con la cuenta de las cargas que acababa de recibir.

Don Simón miraba sin ver, pensativo, absorto. « ¡ Qué suerte, la de José Manuel ! Trabajaba y prosperaba cada año más. Cosechaba el mejor vino de la región, y compraba trigo y madera que revendía en el puerto, en cantidades enormes. Varios otros caballeros del pueblo hacían este mismo negocio, pero nadie en la escala y con la suerte que él. Era el primer negociante y, sin duda, el más rico, sin duda. Como iba, pronto sería millonario... »

Inclinó la frente, agobiado : en su cerebro danzaba una granizada de « oros » deslumbrantes. Suspiró. « ¡ Ah ! Él también había trabajado con éxito. Poseía ya una verdadera fortuna, las gentes lo llenaban de atenciones, su esposa misma era más... ¿ cómo diría ? política, cuando la fatalidad lo había envuelto en aquel suceso sangriento. Tuvo que abandonarlo todo : sus deudores no le pagaron, sus acreedores se repartieron sus bienes. ¡ La ruina !... Cuando había vuelto del destierro había iniciado cien litigios ; como no tenía recursos, había estudiado la Ley, y él mismo los defendía. Hasta ahora, nada había conseguido, pero sus conocimientos legales le habían proporcionado una profesión que le daba algunos ochavos. ¡ Peor era nada !... »

Arrastrando sus burdos zapatos, los rústicos clientes salían del escritorio.

Entró don Simón, sonriente. Se aproximó al buen

hermano que seguía sentado, y con amplio ademán, despositó sobre la mesa el legajo de papeles, que traía.

— Aquí está el expediente — exclamó en tono triunfal. — Don Juan Bautista, el abogado, acaba de entregármelo. La providencia del juez es sin vuelta : tu hacienda está salvada. He estudiado el asunto. La ley es clara : los derechos en cuestión han prescrito ; cuando compró el que te vendió a tí el terreno, ya iban a prescribir. ¡ Calcula !...

Don José Manuel no se emocionó ; sacó de entre la capa la cajuela de carey enchapada de oro, en que guardaba el rapé, la abrió, tomó un polvo.

— ¿Y cómo el abogado contrario ha apelado? — murmuró, aspirando con deleite el tabaco fragante.

— ¡ Julián Toro ! ¡ Qué sabe ! Ahí estaba sacudiendo las ventanas de su casa, con este tiempo, como un loco.

Y don Simón se echó a reir con su risa espesa.

De pronto, don José Manuel se alzó de su silla y se inclinó ligeramente. ¿Quién entraba? Don Simón se volvió sobresaltado : ante sus ojos se erguía la terrible imagen del rey de Bastos. Doña Camila avanzaba a paso menudo, resplandeciente en su traje de visita : falda de merino azul, con faldellín de seda escocesa, pelerina de terciopelo calado, capota oscura, con bridas ; en la mano un quitasol (sí, un quitasol) de raso verdegay. Los ojos lánguidos, los labios pelliscados por vaga sonrisa, estrechó la mano del « querido cuñado » y se sentó al borde de la silla que éste le designaba, para dejar sitio al polisón.

Don Simón había retrocedido, desconcertado.

— ¿Y a qué vienes aquí? — tartamudeó, esforzándose por sonreír.

— A saludar a Herrera... y a contarle tus milagros.

El pobre hombre estalló en una carcajada acre, que le mojó los párpados :

— ¡ Mis milagros !

La señora le volvió la espalda, y, encarando a don José Manuel :

— Sí, Herrera — empezó — quiero decirle cuánto me hace sufrir su hermano. Puede ser que usted tan bueno con nosotros... No para en la casa : yo no lo veo, los niños no saben que cara tiene. Antes entraba a dormir, ahora duerme en el escritorio.

— Pero si tú misma...

— Hace la noche día. Se lleva en el tenducho de la Josefa Cabrera, jugando y perdiendo lo poco que tiene.

— Pero, ¿quién te ha dicho...?

— ... Y acaba la noche en la casa de esas mujeres perdidas, que son el escándalo del pueblo.

El caballero no pudo resistir más. Se aproximó a la mesa, ante la cual don José Manuel permanecía sereno, y tendiendo el brazo con ademán lleno de dignidad :

— ¡ Basta ! — exclamó. — Yo soy un hombre serio, razonable, bien educado. Mi preocupación es el cumplimiento de mi deber, mi culto mi hogar, mi cariño mis hijos... La fatalidad me ha perseguido. ¡ No importa ! Lo he soportado todo, y trabajo día a día, como el buey, para asegurar el pan de los míos... ¡ Tengo la conciencia tranquila !

Y girando sobre sus tacones, salió dignamente.

En la tienda ya vacía de clientes, Jacinto sentado sobre el mostrador, charlaba con un hombrezuelo desdibujado en la penumbra de la tarde.

Ganó la puerta y se paró en el umbral, contra el batiente.

El cielo se había tornado compacto, de un blanco

griseo, como de nieve sucia. Moría el día ahogado de nubes, sin trazas de hemorragia crepuscular. El viento continuaba, frígido. Sin embargo, el buen caballero, acalorado, respiraba a pulmón pleno, con delicia :
— ¡ Uf !...

Jacinto y su compañero se aproximaron a la puerta, atraídos inconscientemente por la claridad. El hombrezuelo, alegrillo, erguía cuanto podía la cabeza pequeña con el pelo cortado al rape, que parecía más pequeña aún entre el sombrero demasiado grande y el gabán demasiado ancho para él. Pestañeaba dejando ver la córnea enrojecida, y fumaba nerviosamente, escupiendo por el colmillo.

Al notarlo, don Simón no pudo contener una sonrisa : « Era el hermano menor, el « niño » mimado de su buena madre. ¡ Un calavera ! Borracho consuetudinario, flojo, aventurero. Había corrido medio mundo sin lograr otra cosa que descender, cada día más, en la escala social. ¡ El hijo desgraciado de todas las familias largas !... Agudo y ocurrente, eso sí. Había aprendido poco y leído menos, pero entendía en el cultivo de los árboles y se sabía el *Quijote* de memoria. Esmaltaba su conversación con términos extravagantes, y tenía unas salidas... El buen hermano, José Manuel, para auxiliarle y corregirle, lo había puesto al frente de la quinta, dándole en cambio su ropa usada y un poco de plata para el bolsillo, como a un muchacho. »

— ¿ Y cómo va, don Samuel ? — díjole, meloso.

— Para servir a su merced, don Simón — replicó el tunante, empleando la fórmula y el tono de los montañeses.

Jacinto estalló en risa.

— ¿ Y no ha ido hoy a la quinta ?

El hombre cambió de actitud : mostró los dientes, como un can a quien molestan.

— ¿Qué soy un burro? — bordoneó, irritado, alargando sordamente los vocales. — El « patrón » no me deja libre. Ahí anda refunfuñando... ¿Y lo que yo le sirvo? La quinta estaba imposible, como un cachivache sin pestillo ; la viña avejentada, los árboles comidos de peste. Le metí hacha, a la viña, injerté los perales, y ahí está cada rama con cada brote...

— Me lo ha dicho, está contento.

— ¿Contento? ¡Jamás de los jamases ! Porque un día faltó a la pena...

Viendo a Lindor, el bastardo, que llegaba atrasado de la escuela, se interrumpió. Lo atajó, riendo :

— Y a usted, ahijado, ¿quien lo armó cuando estaba desarmado, en las últimas? ¿No fué su tío viejo quien lo llevó a la ciudad y le hizo poner el bitoque que le faltaba?

El muchacho que no era ahijado suyo y que no gustaba recordar aquella grave enfermedad que había tenido, sacudió la espalda, despectivo, y entró resongando.

Don Samuel alzó la voz :

— ¡Malandrín ! ¡Bien se ve que eres de los cerros ! Jacinto se torcía de la risa.

Don Simón consideraba al « desgraciado », olvidado completamente de su propia desgracia.

— Don Samuel — murmuró. — ¡Cuidado ! Ya somos viejos, la salud se gasta. Hay que cuidarse...

— ¡ Si estoy bueno y sano ! — replicó el tuno. — La tía carnal me cuida...

El caballero ahogó la risa : sabía que llamaba así a la vieja con quien vivía amancebado.

— ¡ Cuidado ! Hay que entrar de una vez por la vía de la razón...

El hombrezuelo sonrió de oreja a oreja :

— ¡Válame Dios!, como decía Sancho Panza.

¡ El diablo vendiendo cruces !

Rieron todos, hasta don Simón.

III

En el comedor, las tres lámparas de pie, con bombas de porcelana, ponían sobre el mantel sendos halos como de nieve luminosa. La familia, los parientes, los amigos habituales cenaban tranquilos, en la paz dulce de la vida patriarcal.

Olvidado por completo del rey de Bastos, don Simón resplandecía ; erguido en su chaqué de mezcla, comentaba el término feliz del litigio que, desde hacía más de un año, pesaba sobre la familia. La señora, doña Juana Clotilde, se regocijaba, los labios arqueados :

— La Virgen de las Mercedes ha oído mis ruegos...

El buen hombre, en su satisfacción, se felicitaba de su ciencia y de su método :

— Yo sé lo que hago, conozco la Ley; estudio el asunto, me poseciono...

Se gloriaba de su perspicacia y de su energía :

— No les dejo resquicios... ¡ El marco de la Ley, señores ! Les aplico el marco de la Ley...

« Verdad que el abogado era don Juan Bautista Ortiz. Pero, ¿ no era él el procurador y, a menudo, el consejero ? Más de un escrito era de su puño y letra y caletre... »

Urzúa, impassible la cara oleosa, aprobaba entre bocado y bocado :

— Evidente, evidente...

La tía indispensable, que ahora era Mariquita, asentía con la cabeza coronada de un gran moño postizo. El maestro de escuela, como de costumbre, sonreía en su mostacho zanahoria.

Sólamente don José Manuel parecía preocupado ; terciaba de vez en vez con frases oportunas, pero sus ojos permanecían distraídos, ausentes.

Don Simón lo notó ; cambió de tono :

— José Manuel no está contento : le hace falta su compadre, don José Félix...

— Me hace falta — aprobó el caballero.

— Se fué al alba para la hacienda de nuestro sobrino, — dijo doña Juana Clotilde.

— Lo estimo por su buen humor y por su modestia, — prosiguió don José Manuel. — Es al que estimo más de mis cuñados. Los hombres deben ser cuerdos... y modestos.

Y sonriendo hacia Urzúa que atacaba severamente su ternera asada :

— ¿No es así, don Cheiva?

— Así es, don José Manuel.

Don Simón se había puesto a hablar con los niños, aconsejándolos o corrigiéndolos bondadosamente, como un buen maestro, con su repertorio de proverbios famosos, espigados en sus lecturas. Como viera que Alonsito daba una manotada a Liria :

— Cuidado, amigo — murmuró. — A una mujer, no puede castigársele ni con una flor.

Y como notara que Clotilde, a espaldas de la tía, reía de su moño, sin ruido :

— Señorita, un adarme de vanidad hace perder un quintal de méritos.

Alzóse Alonsito en su silla, una empanadita de arroz en la mano.

— ¡Tío! — exclamó. — ¿Es cierto que los pintores son artesanos, gentes ordinarias?

— ¡Nooo! — replicó el caballero, poniendo los labios en forma de huevo. — Los pintores son artistas, y los grandes artistas han merecido el favor de los papas y los honores de los reyes.

— ¿Oyes, Juan de la Cruz? — gritó el niño triunfante, mirando a su hermano que devoraba su empanadilla, en silencio. — No es cierto lo que tú dices.

— Juan de la Cruz quiere estudiar para diputado, — saltó Liria, haciendo bailar su melena de rizos. — Se lleva mirando el retrato del primo diputado...

El buen maestro sonrió, los discípulos rieron a carcajadas.

— ¡Muchachos! — exclamó la señora sonriente, pero molesta en el fondo de que se burlaran de su preferido.

Don Simón se puso grave :

— Siga, Alonsito, siga dibujando. Usted va a ser un gran pintor. Su retrato de Cervantes es la admiración de cuantas personas vienen a verme...

El niño se abarquilló, confundido.

— ¿Cervantes es el autor de *Don Quijote*, tío? — dijo por decir algo.

El caballero arqueó el pecho bajo su chaqué, contento de poder ostentar su sapiencia.

— El autor del *Quijote* — declamó, llenándose la copa de vino añejo. — ¡El ingenio más grande del mundo! No fué solamente un literato, fué un sabio, un genio... ¡Hem, hem!... Entonces, la España estaba hundida en la ignorancia y en la superstición; las gentes gustaban más de los cuentos y de las aven-

turas que del estudio y del trabajo. Cualquier hijodalgo (sonrió) tomaba sus armas, subía a caballo, llamaba a su sirviente y se iba con él por poblados y despoblados, a defacer tuertos y libertar princesas encatadas. Uno se ponía Amadís de Gaula, otro Palmerín de Inglaterra, otro el Caballero del Dragón... Era la locura y, naturalmente, el atraso social y la ruina del país. Cervantes, con su obra famosa, acabó con tales patrañas, dió al traste con la caballería andante... Cierto que ya no quedaban caballeros andantes, pero las gentes seguían preocupadas de su renombre y de sus aventuras...

Y volviéndose hacia el maestro :

— ¿Verdad, señor?

El excelente hombre se inclinó, sonriente.

Alonsito meneaba el tenedor, decepcionado. Él había leído un resumen para los niños del famoso libro, y lo que más le había gustado, no eran precisamente las aventuras de don Quijote, casi siempre grotescas, sí lo que éste decía de la caballería y los caballeros andantes.

Don Simón continuaba :

— Así, Cervantes representa, en su época, la ciencia, las ideas liberales, el porvenir, el progreso... ¡ El Progreso !

Se detuvo, turbado. Ante sus ojos flotaba una mancha amarillosa, con cabeza y patitas, semejante a un sapo de oro. « ¿Qué carta de la baraja era?... » Mas en seguida se repuso.

— Yo sé de todo un poco — gorgéo. — He leído mucho, me he pasado la vida leyendo...

— ¡ Maestro Flojera ! — sonrió don José Manuel, poniéndose en pie.

Risa general.

Antes de retirarse acompañado de los amigos, don José Manuel se aproximó a la señora, y en voz baja le recomendó que vigilara a la cocinera: la comida no había estado excelente.

Don Simón, que no se había movido, esperando el café, estalló en una carcajada formidable:

— ¡Qué hombre! ¡Con una esposa que es el orden, la prudencia, el recato personificados!... Si yo hubiera tenido su suerte...

Mariquita lo interrumpió, nerviosa:

— ¿Y a que vino la Camila?

El buen hombre se estremeció. ¡El rey de Bastos, otra vez el rey de Bastos! Unió las cejas erizadas, dilató el labio inferior, escarlata:

— ¡A qué había de venir! A decirle sandeces, al pobre José Manuel: que yo la abandono, que yo la engaño, que sé yo...

— ¡Disparates!

— Porque vengo a comer a casa de mi hermano, porque en la noche salgo un momento, para charlar con los amigos...

— ¡Disparatera!

— Yo soy un hombre serio, razonable, bien educado. Mis preocupaciones son mi deber, mi hogar, mis hijos. Ahí me llevo el día entero, trabajando como un buey, para ellos. ¡Soy un hombre serio!

— Pero ella no entiende...

— ¡Qué va entender! ¡Si es una loca! Honesta, honorable, eso sí; no tengo que quejarme en ese sentido. Pero deschabetada, atrevida, soberbia... La elegí de familia modesta, creyendo encontrar una fuente de humildad, y hallé un pozo de soberbia...

Un fracaso súbito, cristalino, le cortó el aliento. Junto al aparador, Corina, la bastarda, había dejado

escapar de las manos el azafate del manjar blanco.

— ¡ Niña ! — exclamó la señora, la mejilla ardiente.
— ¡ Ahora si que la hiciste de oro !

¡ Adiós, rey de Bastos ! Don Simón lanzó una risotada estridente. Apuró el fondo de su taza de café, dió las buenas noches y salió tan tranquilo.

En la tienda se había formado la tertulia cotidiana. Rodeaban a don José Manuel arrellenado en su antiguo sillón de baqueta, don Juan Bautista, el abogado, barbudo y ceremonioso, el maestro de escuela, sentado junto a la pared, el redactor de *El Héroe*, bruno y cenceño como un insecto, en pie contra el mostrador, Urzúa frente a la puerta para velar con un ojo sobre su tienda iluminada, y un vejete de poncho, bezudo y mofletudo, que gesticulaba como un iluso. Se le habría creído un señor de otras épocas, con sus cortesanos y su bufón.

Comentaban las últimas noticias acerca de los tres bandidos hermanos, famosos, que asolaban la provincia, impunemente. El periodista, que tenía en las manos el diario húmedo aún, continuó leyendo :

— « ... En fin, la patrulla los dividió en una veguita, a orillas del río ; estaban dando de comer a sus caballos. Al verse descubiertos se echaron sin titubear al río que iba sin vado, logrando así escapar una vez más... »

— ¡ Esos sí que son hombres ! — interrumpió el vejete, plegando las rodillas y golpeando con el dorso de la diestra mano el hueco de la siniestra.

— ¡ Bribones ! — murmuró don Juan Bautista.

— ¿ Por qué ? — repuso el viejo. — Cada uno gana su vida como puede...

Don Simón sacudió la cabeza acribillada de « espadas » azules, se echó a reír como un muchacho :

— ¡Este don Pedro el Cruel !...

Sonriendo por los ojos según su habitud, don José Manuel abrió su cajuela de rapé y tomó una pulgarada.

— ¿Se acuerda del Negro, Ortiz? — preguntó al abogado.

— Por supuesto. Era un bandido terrible.

— ¿Se acuerda de aquella noche cuando nos vinieron a decir que estaba en una casita, en los alrededores del pueblo? Nos armamos de revólver, de escopetas, y, con los pocos vigilantes que había, rodeamos la casa. Estaba acorralado, no tenía escapatoria, cuando llega Pablo Benavides, el gobernador, de punta en blanco. Se había puesto su uniforme de capitán de los cívicos, lleno de entorchados, y traía la espada desenvainada en la mano... ¡ Farsante ! No quiso escucharnos, empujó la puerta y entró tan alto... Oímos un grito y vimos que la luz se apagaba. ¡ Lo mató el Negro !, dijimos. Estaba tendido largo a largo... ¡ Nada ! Apenas tenía un rasguño en la cara. Pero el pájaro había volado.

— ¡ Así mesmo fué ! — exclamó don Pedro, pateando sin cambiar de sitio. — Yo fuí el primero que lo vide : lo conocí en el habla. Estaba bebiendo y jugando a la baraja. ¡ Era tahir fino !...

— ¿ Usted lo conocía ? — inquirió don José Manuel, sorbiendo el polvillo delicioso.

El viejo vacilló un punto, se rascó la oreja. Mas luego, dando una manotada :

— Lo conocía, sí, señor — aulló. — Yo entonces era mozo todavía, y me gustaba salir a las fiestas. Una vez que fuí a una trilla en la montaña, lo hallé en la ramada, jugando a la baraja con el compadre Colipí y otros barraganes. « ¿ Le gusta la baraja, amigo ? »

me dijo, viendo que lo miraba; « venga a echar una manita... » Cobarde, nunca lo he sido. Me puse a jugar con él... ¡ Qué peine, señor, para el monte ! No se le veían las manos. « En la baraja está toda la vida del hombre », decía enseñando los dientes. « Está la plata que da la mantención », y tiraba el rey de Oros ; « está el vino que da la sangre », y sacaba el caballo de Copas ; « está el cuchillo que lo da todo », y echaba el as de Espadas... Y tirando la sota de Bastos : « ¡ y está la gran pu ! »

La carcajada fué general. Sofocado de risa, don Simón se llevó la mano al girondino y escapó, satisfecho.

En la calle de un negror de tinta, el viento implacable hacía pestañear el ojo de oro de la farola de petróleo. Arrojó una mirada a la tienda de don Fernando López. Entre los tertulios, estaba un caballero pequeño, de grandes bigotes leonados : el « juez de letras. » Echó a andar por la calle transversal arriba. « No le gustaba aquel sujeto, no era siempre lo que debía ser : la balanza imparcial de la Justicia... » En la oscuridad compacta sólo se veía la raya anaranjada de una puertecilla entreabierta. Introdujo la mirada, al pasar : « ¡ Nadie !... »

En la esquina, las tiendas abiertas tendían sobre la calle sendos abanicos de claridad deslumbrante. Se asomó a una. Un viejo robusto, colorado y barbudo, cubierto de un poncho espeso, hablaba con el patrón, hombre de una gordura fenomenal que, sentado sobre una caja de mercadería, fumaba tranquilamente. Al percibir a don Simón, el viejo corrió hacia él, y, poniéndole una mano sobre el hombro :

— ¡ Don Simón ! — exclamó con voz vinosa.

— ¡ Dios me lo guarde ! Lo andaba buscando. Tengo que hablar con usted, quiero encomendarle mis asuntos : son importantes... Yo he sido rico, usted lo sabe bien. Mi despacho era el mejor del pueblo, los guasos me rodeaban, los caballeros me saludaban con el sombrero... Y todos me quedaron debiendo. Quiero llevarlos ante el juez, quiero hacerlos jurar ante el Dios del cielo...

— A sus órdenes, don Pantaleón — replió el caballero, riendo por lo bajo.

— ¡ Don Simón ! — rugió el viejo. — No me desprecie. Soy pobre ahora, pero honrado siempre. Trabajamos, yo y mis hijos, como podemos : la Balbina le sirve de costurera a don José Manuel, yo me ocupo de mis asuntos ; son importantes. ¡ No me desprecie !

— Ni por pienso — replicó el caballero. — Venga uno de estos días a mi escritorio.

Y saludando al propietario, desapareció en la sombra.

No le halagaba el pasar la velada oyendo a aquel viejo borracho, medio loco, que, según decían, vivía maritalmente con una de sus hijas.

Entró en otra tienda.

Había allí buena charla. La propietaria, nariguda y nerviosa, sentada tras el mostrador, hablaba acaloradamente con don Julián Toro cubierto de su eterno sombrero de copa. A su lado, una joven rosa y carnosa, bajaba los ojos sobre su tejido, en tanto que junto al caballero, un hombre desaliñado, el poncho plegado sobre los hombros, seguía la conversación, con la boca entreabierta tras el bigote caído. Discutían el tópico de actualidad, que apasionaba a las gentes : el proyecto de ferrocarril al pueblo.

— No me vengan a mí con esas novedades — decía la señora. — Así estamos bien; arinconados, en el fin del mundo, trabajamos tranquilos y ganamos plata. Si llega el tren, llegarán los gringos, y ¡adiós, negocios! Los gringos lo acaparan todo...

Don Julián alzó los hombros.

— Es el adelanto, el desarrollo del país, el incremento de la riqueza pública..

— ¡Palabras! No me importan las bonitas palabras, lo que me importa es mi negocio.

El caballero se acaloró.

— Pero, doña Pepa — exclamó, alzando el paraguas a riesgo de atropellar la bola verde suspendida en la puerta — ¡entonces, usted es enemiga del Progreso!

¿Quién osaría replicar? ¡El Progreso! Aquella palabra mágica, que leían u oían cotidianamente en los diarios, en los altercados políticos, en las conversaciones, tenía para cada uno una significación y una representación trascendentales, particulares. Para don Julián, único hijo de una familia de agricultores que había logrado obtener un título universitario, el progreso era las profesiones liberales, el código, los logaritmos, el bisturí. Se lo representaba como un señor muy fino, de levita, un rollo de papeles bajo el brazo. Para doña Pepa, que detestaba al francés, dueño de la tienda más grande del pueblo, que le hacía una competencia insufrible, el progreso era la inmigración, el alud de los extranjeros que se apoderaban del comercio. Lo veía como un viejecillo rojo, lengua-de-trapo, inquieto y maligno. Para don Simón, que había leído y releído la *Historia de los Girondinos* y el *Quijote*, el progreso era la Revolución francesa, Cervantes, la baraja extranjera con que se jugaba al bac-

carat. Pero no se lo figuraba más que por aquella mancha amarilla con cabeza y patitas, como un sapo de oro, que lo intrigaba. Solamente Azevedo, el hombre del poncho, a pesar de que pretendía comprar *El Héroe* e improvisarse periodista, no había conseguido formarse otra idea de la famosa palabra que la de la propia ganancia, ni otra imagen que la del billete de banco.

Era un dios en gestación. Así debieron formarse en la imaginación de los hombres primitivos, los mitos tradicionales.

— ¿Y usted, Azevedo? — saltó en fin don Simón para aventar el silencio embarazante. — ¿Es amigo del progreso?

El hombre desaliñado, un brazo en el aire, giró sobre un talón.

— ¡Yo sólo soy amigo de ésto! — gangueó tras su bigote, haciendo chasquear los dedos.

El caballero miró a don Julián, el as de Espadas, y lanzó una carcajada descomunal.

Don Julián que estaba furioso con él por haber perdido el pleito contra su hermano, se agitó irritado.

— ¡Impertinente! — murmuró.

Por toda réplica, don Simón largó otra risotada, aún más estruendosa.

El leguleyo, las manos crispadas, saltó sobre él.

— ¿No me conoce usted? — relinchó salpicándolo de saliva. — Soy Toro, de los Toro de la capital; no hay otros en la República...

— ¡Cómo no! — replicó el caballero, sin amostazarse. — Mi hermano tiene tres en su hacienda...

Y alzándose el girondino, salió sacudido de risa.

IV

Siguió por la calle arriba, contento. « No pasaría a la farmacia. » El boticario sentado sobre el mostrador, se aburría con el mozo y con el puma embalsamado que guardaba la puerta. « ... Menos aún a *La Huri*, la gran tienda del francés. » El viejecillo, todo escarlata, y sus tres vástagos se agitaban todavía, ¡ a tal hora ! sirviendo a la clientela. Entró en el *Gran Despacho de la Estrella*, de la esquina.

No pudo contener un ¡ ah ! de sorpresa regocijada. Un anciano de poncho color ceniza y pañuelo de seda azul al cuello, la barba más blanca que la nieve, los ojos más azules que el pañuelo, conversaba con el propietario. Tenía la majestad y la dulzura de la montaña nativa. « ¡ Su mejor amigo ! Cuando venía al pueblo, no lo dejaba un instante. Bueno como el pan, sabido como un libro (había estado en California, en los años del oro) con él no se pasaban penas. »

— ¡ Señor don Matías ! — exclamó. — Felices los ojos que lo ven. No lo esperaba tan pronto...

El anciano le estrechó la mano, efusivamente :

— ¡ Qué quiere, don Simón ! El campo en este tiempo, no es muy entretenido... Y el deseo de ver a los amigos, de conversar un rato...

— ¡ Tiene razón ! Hay que hacerse la vida agradable...

Se despertaron del propietario y salieron del brazo.

Subieron por la calle en tinieblas, charlando y riendo, locuaces como dos colegiales de asueto.

Al aproximarse a la puertecilla entreabierta, don Matías acertó el paso.

— Vamos primero al hotel, ¿no? — gorjeó don Simón.

— Vamos...

La tienda de don José Manuel estaba ya cerrada. Don Simón sonrió en la sombra; « ¡ Qué hombre ! Ya estaría acostado o sentado, con los niños, en torno de la lámpara, jugando a la brisca... granos de maiz. »

El farolillo verde del hotel vacilaba bajo el viento. Entraron en la cantina gélida y casi en penumbra. Dos hombres jugaban al billar, con gran bulla de exclamaciones y golpes de taco : el abogado Castro, poeta oficial del lugar, y el farmacéutico forastero, ducho en píldora y también en versos. Don Simón se detuvo, husmeando una carambola interesante.

— ¡ Chambón ! — exclamó, viendo que el boticario acababa de perderla.

Entusiasmado, le arrebató el toco de las manos, colocó las bolas en la disposición anterior, y, así, con macfarlan, como estaba, poniendo para mayor ostentación, el taco a la espalda, tiró : « toc... toc... toc... » Las tres bolas se tocaron, como por ensalmo.

— ¡ Bravo ! — gritó Castro, sacudiendo su caraza cobriza, porosa y sin vello, de indio montaraz. — A don Simón no hay quien se le ponga delante... ¡ Venga a jugar conmigo, don Simón !

El caballero hizo con la mano una señal de excusa y arrastró a su compañero hacia una puerta entre-

abierta. Entraron sin ruido y se quedaron inmóviles, todo ojos.

En torno a la mesa del comedor, a la cual habían quitado el mantel, una docena de hombres, viejos, mozos, adolescentes, jugaban al bacarat, inclinados sobre las cartas. Don Juan Bautista tallaba con su altivez y parcimonia idiosincrásicas. Urzúa repartía el dinero, sirviéndose de un cucharón de madera. En pie, tras los sentados, dos hombres miraban atentamente : el uno formido y barbado, el otro alto, elegante, con finos bigotes rubios. Un silencio glacial, horadado de tiempo en tiempo por las frases de estilo, gravitaba sobre la mesa iluminada en la sala sombría.

Don Simón avanzó el busto hacia el personaje barbado :

— ¡ Don Nicanor !

El hombre acudió, presto. Estrechó la mano de don Matías y se puso a hablar en voz baja.

El mozo de los bigotes, que notara la maniobra, acudió también :

— ¡ Caballeros ! ¡ Don Matías ! Julio tiene muchos deseos de verlo... Vengan a la quinta ; habrá buenos jugadores y cenaremos con champaña...

Sigiloso, don Simón tiro el poncho del viejo.

— Muchas gracias don Miguel — replicó éste.
— Todavía es temprano.

— Bueno. Pero no dejan de venir. Los esperaremos...
Salieron los tres compadres, silenciosos.

En la cantina, los jugadores de billar, en pie ante el mostrador, tomaban una copa. Don Simón hizo a Castro una señal con el mentón. El poeta apuró el resto de su copa, y, sin curarse de despedirse de su amigo, se unió al grupo.

Había empezado a llover. Un alud de agujas cristalinas acribillaba de través el farolillo verde. Las gotas crepitaban siniestramente sobre el pueblo dormido, como muerto. Se apresuraron bajo los paraguas. Un minuto después se detenían ante la puertecilla misteriosa, entreabierta. Entraron en el tenducho mitad mercería, mitad dulcería. Sobre los anaqueles se veían cajas de cartón y paquetes de lana para tejer, al lado de tarros dorados y grandes frascos de colación; encima del mostrador, un montón de zuecos de becerro, junto a un azafate de empanadillas.

De la trastienda salió una viejecita sarmentosa, ligera y locuaz como un zorzal. Saludó de palabra a los amigos habituales, y oprimió la mano del hacendado, regocijadamente.

— ¡Ésta doña Chepa! — arrulló don Simón, tratando de separar de la vieja la imagen de la sota de Copas, con su jarrón esmaltado al hombro, que veía en su lugar.

Un chicuelo monstruoso, de cabeza abultada y brazos pequeñines, de más años que los que representaba, surgió de detrás del mostrador. La patrona lo empujó hacia los visitantes.

— Saluda, Bernardo.

— Buenas noches, nobles caballeros — gangueó el enano.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó don Simón, severo.

El enano puso las pupilas de través :

— Soy don Bernardo del Carpio,
Caballero principal,
Para servir a su alteza...
Y con su dama folgar.

Don Matías, que conocía la chuscada, se limitó a sonreír. Don Simón rió de buena gana : debilidad de autor.

Pasaron a la salita separada por un tabique bajo, que la buena mujer acababa de iluminar ; se sentaron en rededor de la mesa redonda. Sobre el viejo chal de cachemira que servía de tapete, las garrafas de vino, el frasco de anisado, la baraja esperaban listos. En un rincón el brasero rojeante esparcía un calor suave. Ya podía la lluvia tamborilear toda la roche sobre los vidrios del ventanillo...

— ¡ Aaaaah !

Don Simón se frotaba las manos, tranquilo en fin. « ¡ Qué bien se estaba allí, en confianza, al calorcito ! Qué diferencia con el hotel, donde hacía un frío de cordillera y donde, a lo mejor, se topaba uno con un imberbe insolente. Él amaba la tranquilidad... »

— Yo soy un hombre serio...

Barajaba las cartas concienzudamente, con destreza admirable. Después de hacer alzar al anciano, tiró cuatro sobre el chal :

— ¡ El oro de California ! — exclamó don Matías, poniendo sobre el tres de oros un billete verde de un peso.

Estirando el labio inferior violáceo, don Simón comenzó a dar cartas : « el cuatro... el rey... el caballo... el cinco... el tres. »

— El tres ganó.

Sonriente, sacó cinco monedas blancas y las colocó ante el ganancioso. Repitió el juego varias veces, sereno, indiferente a la ganancia : « Jugaba para matar el tiempo, agradablemente... » Después pasó la baraja a don Matías.

— ¡ Vengan esas cuarenta delicias ! — exclamó

el viejo recibiendo las cartas, los ojos encendidos, como dos bolitas de cristal contra la luz. Barajó largamente, charlando :

— Cuando estoy en la hacienda, lo único que siento es no poder echar una manita, después de cenar...

Tiró las cartas. Don Simón perdió.

— ¡ Qué gato ! — rió. — Arrastra, arrastra siempre...

A su vez, Nicanor López ganó.

— ¡ Cayó el gato ! — gritó don Simón, torciéndose de risa.

— *Los ratones de contento — se visten de colorado* — réplicó don Matías con los dos versos del romance popular.

Rieron todos. Alzaron las copas, chocaron.

Las lenguas se desentumecían, las barbas se esponjaban. ¡ Qué bien se estaba allí, en confianza, al calorcito !... Afuera, la lluvia y el viento hacían un estruendo de tempestad en alta mar. Del interior llegaba la voz ácida de la patrona que hablaba con el enano.

Súbito, don Simón cambió de color. Castro acababa de extender sobre el chal de cachemira al rey de Bastos. La imagen de su esposa en bata violeta, poniéndole los puños cerrados bajo las patillas, gesticulaba en sus pupilas dilatadas. Pero fué sólo un instante. Pronto el siniestro rey volvió a entrar en su castillo de cartas, y las copas volvieron a alzarse.

¿Quién ganaba? ¿Quién perdía? Imposible saberlo : todos ganaban, todos perdían. Jugaban para matar el tiempo... « ¡ Aaaaah ! Qué bien se estaba allí : se charlabá, se reía, se bebía de lo bueno... »

Por fin entró la patrona, golpeando las manos :

— ¡ A cenar, niños !... ¿Qué les traigo? Hay pavo fiambre, queso de chancho, camarones, aceitunas...

Los tres compadres del pueblo se miraron confundidos.

— De todo un poco — susurró don Matías.

— ¡ Santa palabra ! — corearon los otros, riendo.

En un santiamén la mesa se cubrió de manjares, como en los cuentos de hadas.

¡ Abur, reyes, caballos, sotas ! Los jugadores comían y bebían, maravillados de los talentos culinarios de doña Chepa. La buena mujer, ayudada por don Bernardo del Carpio, se cuadruplicaba sirviendo, ágil como una muchacha.

Don Simón inclinaba la cabeza llena de « copas » fantásticas con pies y bordes de oro. De improviso tendió hacia don Matías el tenedor negro de aceitunas :

— Ni en California, ¿ eh ?

— Ni en California — asintió el viejo, inclinándose. — Allí no se pensaba en comer, se pescaba oro y se jugaba. ¡ Oh, se jugaba ! Apostaban con pepitas tamañas, como el puño, con saquitos de oro de una libra... Una ocasión, un oregonés ladino puso sobre una carta (el rey de Bastos, me acuerdo bien...)

Don Simón pestañeó, agitado.

— ... la culebrilla llena de oro en polvo, que llevaba a la cintura.

— ¿ Y ganó ?

— Perdió, pero de un balazo mató al tallador...

— ¡ Bravo ! — gritó Castro alegrillo ya, alzándose y llenando la copa del Pescador de oro.

Don Simón miraba como hipnotizado, la primera carta de la baraja que Lopéz, por descuido increíble, había dejado de espaldas : el as de Oros. De pronto sus párpados se contrajeron, sus patillas se inflaron : rompió en una risotada extravagante. La mancha

amarilla con cabaza y patitas, que le obsedía, era eso ; ¡el Progreso era el as de Oros !

Castro que había vacilado al incorporarse, lo miró malhumorado.

El caballero imaginó una explicación :

— Es que me acuerdo de lo que le decía denantes Julián Toro a doña Pepa Pérez ; la llamaba enemiga del progreso... A usted, Castro, no podría decirle lo mismo : usted es el poeta del progreso.

Aludía a una oda famosa del poeta, que éste declamaba cada año, en el acto solemne de la repartición de premios a las escuelas primarias.

Castro lo golpeó con los rayos de sus ojuelos de cuervo, indignado de que mezclase a la charla una cosa de tanta importancia.

El caballero, que conocía el caracter del indio cuando bebía, se formalizó :

— Notable obra, señores, la *Oda al Progreso*, elevada, florida, elocuente... Sólo el lenguaje, francamente, me parece poco puro...

Castro soltó el camarón que devoraba ; avanzó el pecho, los labios como trompa :

— ¿Conoce usted la lengua de Cervantes? — cuestionó, irresistible.

Don Simón largó la carcajada :

— ¿Cómo la he de conocer? ¡ Si ya no quedará ni el polvo !

— ¡ Cuadrúpedo ! — gritó el borracho, alzándose sobre sus piernas endebles.

Don Simón palideció, pero continuó riendo.

López se puso en pie :

— ¿Vamos a la quinta de don Julio Pardo. señores?

— Nosotros nos quedamos todavía un ratito — cantó don Simón tan sereno.

Cuando calculó que los dos amigos habían doblado la esquina, el buen hombre se alzó a su vez ; don Matías se apresuró a pagar la cuenta.

Llovía a cataratas, con un viento de huracán. El arroyo desbordaba. El follaje metálico de los eucaliptos hacía un fragor de mar furiosa. Bajo el paraguas único, los dos compadres caminaban lentos, tranquilos, como si fueran bajo la luna estival. Don Simón hablaba, severo : « Ese Castro era un mal educado, un mequetrefe, mas aún, un intruso. ¿Quién lo había convidado a venir con ellos? No era de sus íntimos. Él amaba la tranquilidad, era un hombre serio. Castro, un mequetrefe ... »

En la calle principal, el farolillo del hotel, apagado, chirriaba bajo el viento.

— ... Como poeta, malito. Sabe medir los versos, pero la inspiración le falla, y abusa de las licencias poéticas. Yo prefiero a doña Remedios Toro, nuestra vieja poetisa. ¿Se acuerda de los versos que le dedicó al gobernador, don Pablo Benavides, cuando inauguró la pila de la plaza? ¡ Bonitos ! En una estrofa lo compara a Moisés, que hizo brotar el agua de la roca...

Detuvo el paso. Estaba ante su casa. Sacó la llave.

— Un momento. Voy a buscar cigarros.

Abrió con tino y entró en su bufete, alumbrándose con una cerilla. Sacó del bolsillo unos cuantos billetes y los metió entre las hojas del código. Diez pesos. La cantidad redonda que ganaba cada noche de juego, infaliblemente.

Por la rendija de un postigo pasaba un hilito de luz dorada. Aplicó el ojo, presto. A fulgor mustio de la mariposa de aceite, doña Camila dormía descubierta hasta la cintura ; entre la camisa culminaban los pechos de un blancor azulado, lácteo. A los pies de la cama,

sobre una silla se alargaban sus medias purpúreas y sus pantalones estrechos, con volantes bordados, moldeados aún por las líneas de su cuerpo. Bajo el lecho brillaba un reflejo níveo, de porcelana. Cerca, en una camita con reja, Camilita dormía también, toda rosa, las manitas salidas.

El pobre hombre sintió que el corazón se le fundía en el pecho. Quiso entrar, proponer la paz, insistir, suplicar si era necesario... Pero don Matías lo esperaba mojándose, en la calle... Tiró el fósforo que le quemaba los dedos y salió de puntillas.

— Castro es un indio bravo, agudo, pero indio en fin ; cuando toma algunas copas deja ver la realea...

Doblaron la esquina. En la bocacalle un vigilante silbaba con su pito de hueso, lastimosamente.

— ... A mí me gusta la tranquilidad. Yo soy un hombre serio...

Se detuvieron ante una puerta verde, cerrada.

Don Simón dió tres golpes enérgicos, espaciados.

— Soy un homme serio...

La puerta se abrió poco a poco. Hacia el fondo del patio sombrío, en un cuarto iluminado, cantaban, reían, gritaban. Bailaban la cueca al son del arpa y la guitarra. Por la ventana deslunbrante se veía a don Juan Bautista, el pañuelo en la mano, bailando, alto y digno, con una muchacha vestida de percal rosa, de ojos oscuros, grandes como huevos de perdiz. Azevedo, el poncho en equilibrio sobre los hombros, seguía a la pareja, palmoteando rítmicamente.

... La patrona toda arrebujaada en su pañolon sombrío, alzaba hacia los visitantes un reverbero con reflector cegador.

El hombre serio miraba el farolillo, perplejo. Veía

en el azogue cóncavo del reflector, su imagen vestida de luz, deformada, monstruosa : el cuerpo cual una bola dorada, el sombrero de alas altas en forme de corona, las piernas como tentáculos. Se habría creído ver el as de Oro. Lanzó una carcajada desconcertante. ¡ El Progreso, el As de Oros, era él mismo !

QUINTO EPISODIO

LA VARILLITA DE VIRTUD

I

En medio del cuarto sombrío, que el golpe de oro del sol invernal sobre la ventana rayada por antigua reja no conseguía clarear, Cecilia se erguía inmóvil, en su vestidillo de merino azul, que moldeaba sus líneas virginales, dejando ver sus pantorrillas y sus pies desnudos. Anudadas las manos sobre el blanco delantal, inclinada la carita de un moreno limpio, aterciopelado, en que los ojos y los cabellos oscuros parecían asimismo azules, miraba fijamente a los dos viejos sentados a la mesa, cabe la ventana. Su padre, alto y óbeso, barbado hasta los ojos, comía de una fuente humeante, con avidez, chupándose los bigotazos ; de tiempo en tiempo apuraba grandes vasos de vino. El vecino habitual, enclenque y cargado de espaldas, con la cara cobriza, los cabellos y los bigotes caídos, de un blanco sucio, fumaba un largo cigarillo en hoja de maiz, contemplando socarronamente su vaso de mosto en que el sol ponía como una incandescencia de amatistas. Mirábalos la muchacha con aten-

ción angustiosa, pendiente de sus menores gestos, lista para servirles. Apenas si por instantes se le iba la vista hacia la ventana dorada, por la cual se veía la calle de tierra rojiza, el arroyo en que azuleaba el pastito recién nacido, o hacia las paredes deterioradas, con vestigios albeantes de la cal antigua, contra las cuales se apoyaban la vieja cama conyugal y la mesilla en que se tocaban una Virgen abigarrada en su urna y un alto cántaro de tierra negra. No se la habría creído la hija que ayuda al padre, sino la criada que sirve al amo.

Desde que don Pantaleón había empezado a comer, la conversación había decaído. Don Salustio, el vecino, que había almorzado ya, profería de vez en vez frases rápidas, ahogadas en humo. El viejo contestaba con gestos o monosílabos, entre cucharada y cucharada.

Volviéndose hacia la ventana, el vecino miró el sol con ojos estúpidos :

— Fuye el invierno — murmuró. — La primavera no dilatará... Y los niños comenzarán a encumbrar volantines. Y en mi bolsillo caerán los cobrecitos...

Acabó la frase con una sonrisa maliciosa.

Don Pantaleón puso los ojos blancos. Apuró de un sorbo su vaso repleto.

— ¡Y en el mío! — exclamó, posando el vaso sobre la mesa, con estrépito — ¿cuando caerán las onzas de oro?

Don Salustio abrió la boca, haciéndose el ingenuo.

— La plata que me deben, pues, que me deben todos en el pueblo, pobres y ricos — continuó don Pantaleón.

— ¡Ah! — profirió el pícaro, con sonrisa bonachona.

— ¡Usted qué sabe! — resongó el viejo, displicente. — ¡Qué va a saber un hombre a quien llaman el Chercán (1), un hombre que se ha pasado la vida haciendo volantines para los mocosos! Pero yo... ¡Yo he sido rico! Mi despacho era el más grande del pueblo. Y caballeros y guasos me rodeaban: qué don Pantaleón por aquí, qué don Pantaleón por allá... Y yo les fiaba a todos. Y todos me están debiendo...

Accionaba como si pronunciara una arenga.

La muchacha temblaba. No podía ver a su padre enardecido sin sentirse penetrada de un espanto extraño.

En la puerta de la calle sonaron tres golpecitos.

— ¡Cecilia! — gritó el viejo.

La muchacha corrió a ver. En seguida volvió acompañada de un hombrecillo rubicundo, el bigote ce-trino recortado sobre la boca, con un gran rollo de papeles bajo el brazo. El Tarrito de Unto: así lo llamaban. Era un receptor de menor cuantía, que se ocupaba también de pleitos insignificantes. Acomodado en otro tiempo, conservaba cierta distinción de palabra y gestos, que contrastaba con su camisa sin almidón y sus pantalones deshilachados.

— ¡Tarrito! — exclamó el viejo, alzando los brazos al techo.

Mas en seguida, conteniéndose:

— ¡Don Fermín! Buenas tardes le dé Dios. Asíntese... ¡Cecilia!

Cecilia se apresuró a presentar al hombrezuelo una silla de paja, con el respaldo decorado de ingenuos motivos desteñidos por el uso.

(1) Pajarito que, según dicen, tiene relaciones con las culebras.

Don Fermín se disculpaba de su tardanza : « estaba tan ocupado ; don Simón Herrera le había encargado varias notificaciones, y los pleitos tan importantes que tenía... »

— Bueno, bueno — le interrumpió el viejo. — Pero nosotros podemos, también, hacer gran negocio... Mas antes, ¿quiere servirse un poco de « valdiviano »? Queda todavía... ¿No? Entonces, un trago de mosto ; no es malo... ¡ Cecilia !

La muchacha había puesto ya un vaso ante la visita. Don Pantaleón lo llenó de vino. Luego llenó el suyo.

El Chercán se desencogió : tomó la botella y se sirvió con aplomo.

Bebieron.

— ¡ Gran negocio, sí, señor ! — continuó don Pantaleón. — Tengo la petaca hinchada de pagarés. Y hay gordos, hasta de doscientos pesos...

El rábula redondeó los párpados.

— ... Don Nicasio Vera me debe doscientos pesos, don Nicolás Medina ciento veinte y tres, don José María Sanhueza...

« ¿ Vera? ¿ Medina? ¿ Sanhueza? » : don Fermín no los había oído mentar.

El Chercán guiño del ojo.

— ¡ Qué, señor ! — murmuró. — Si son muertos hace más de treinta años, y los herederos, nadie sabe donde andan...

— ¡ Nadie sabe ! — rugió el viejo, revolviendo la loza de los ojos en la cara amoratada por el alcohol. — ¡ Usted sí que no sabe nada ! Pero don Fermín ha sido rico. Y yo, ¡ yo también he sido rico ! Mi despacho era el más grande del pueblo, y vendía de lo bueno : la mejor cecina, la mejor chancaca, el mejor mosto...

Alargó el brazo hacia la botella, y, viéndola vacía :
— ¡ Cecilia !

La muchacha traía ya el cántaro reservado. Sirvió y dejó la vasija sobre la mesa.

— ... ¡ Sí, señor ! Y los ricos me saludaban con el sombrero y el gobernador se paraba a platicar... Y yo les fiaba a todos. Y todos me quedaron debiendo...

— ¿ Y tiene, verdad, pagarés ? — inquirió don Fermín con voz discreta.

— ¡ Claro ! Ya se lo he dicho, pero no los necesito... Los perseguiré, los haré jurar ante el Dios del cielo, los hundiré. No les tengo miedo. ¡ Había de tenerles miedo ! ¡ Yo he sido militar !

Don Fermín hizo una mueca vaga que podía decir : « ¡ a qué viene eso ! », lo mismo que : « ¡ conqué ha sido militar ! » El viejo la interpretó de la última manera.

— Sí, señor : cabo segundo en la revolución del 51... Aquí va a ver...

Y poniéndose en pie con agilidad insospechable, se abalanzó contra el rincón de la cama ; en seguida volvió trayendo un gran sable corvo, en una vieja vaina de cuero.

La muchacha se estremeció. Don Salustio sorbió su última gota y se deslizó afuera.

Don Pantaleón, sonriente, había desenvainado el sable y exponía la hoja herrumbrosa ante la mirada del visitante.

— ¡ Mi sable ! Lo guardo como oro en paño... Perdí mi fortuna, pero mi sable, lo guardo ; con el peleé el 51...

Y ganando el centro del cuarto, se cuadró militarmente, el arma en la diestra, contra el hombre,

la frente erguida, el pecho saliente, abultado aún por la espesa barba. Era el veterano auténtico.

— Me enganché como voluntario, ¡sí, señor! Las tropas estaban en punto. El general quería dar el golpe de una vez. Y nos lazamos al Norte... ¡Vamos marchando !...

Empezó a marcar el paso.

— Vamos marchando por los campos, por los pueblos... Las gentes salían a recibirnos con los brazos abiertos : tenían un miedo a la indiada que traía el general... ¡Y peleamos ! ¡Qué batalla, señor! Los gobiernistas llegaban como moscas. Y nosotros, ¡dar duro !...

Dió en el aire un mandoble formidable.

— Y ellos nos salían al paso. Y nosotros, ¡dar duro ! Y ellos se descolgaban por una quebrada. Y nosotros, ¡dar duro !... ¡Dar duro, dar duro !...

Esgrimía el sable, dando mandobles a diestra y siniestra, vertiginosamente ; la barba le palpitaba sobre el pecho, los ojos le blanqueaban en la cara cárdena.

La muchacha, que había retrocedido hasta la puerta, crispaba las manos, nerviosa, pronta a alzarlas para defenderse ; el viejo parecía tirar contra ella. El leguleyo seguía el simulacro con mirada fría.

— ... Cuando de repente nos tocan retirada... ¡Ah, señor ! ¡Qué rabia ! Los hombres, furiosos, quebraban los fusiles contra las piedras... ¡Ah !

Dejó caer las manos, abatido.

— Si sacara los pagarés y fuéramos a consultar a don Simón Herrera...

En pie, don Fermín hablaba, sereno, como si nada hubiera visto.

Don Pantaleón se enjugó la frente con su ancho pañuelo de hierbas, guardó el sable, sacó del bolsillo una llave herrumbrosa y abrió la antigua petaca de cuero tramado, formando dibujos prolijos. Hurgó un poco, sacó un gran legajo de papeles amarillosos, atados con una cinta verde, y volvió a cerrar la preciosa arca. Se puso su poncho oscuro con rayas encarnadas, se caló su chambergo, y, siguiendo al rábula, se dirigió a la puerta. Al rozar a Cecilia que se disponía a levantar el mantel, sonrió en su barba gris, como podría sonreír un ogro, y estrechó a la niña contra el pecho, palpándole groseramente el cuerpo aún verde :

— ¡ Ah, china fea ! Me tenías miedo...

Olvidando su tarea, la muchacha, temblorosa, corrió hacia el interior de la casa. Cruzó el corredor y se coló en la pieza de paredes negras, que servía de cocina. Junto al fuego encendido en medio del pavimento natural, de tierra, su madre anciana, seca y boquisumida, con los cabellos lustrosos apenas canos, acuclillada en su falda de bayeta, tomaba mate en un calabacín guarnecido de plata antigua. Sentada contra la pared, su hermana, Tránsito, retrato viviente de la vieja rejuvenecido, cosía inclinada sobre un trapo blanco. Se dejó caer junto a la vieja, como un gato mimado, exhalando un largo gemido.

Tránsito alzó los párpados :

— ¡ Chicuela !...

Mas la vieja la oprimía ya con brazo tierno :

— ¡ Pobrecita ! Está enferma... Pero santa Cecilia la va a sanar. El señor cura me dijo que la vistiera de azul, como la santita ; la santita la va a sanar.

Y mirando a la muchacha :

— ¡ Qué quieres, pues, hijita ! El hombre se acor-

daba de los tiempos de antes... Y cuando se acuerda se pone rabioso. Y don Salustio lo pica...

— Lo pica — asintió la niña, alzando la frente.

— ¡Qué quieres! Teníamos modo... modo de vivir, y ahora penamos en la miseria... Trabajábamos bien; el negocio iba cada día mejor... Pero al hombre le dió por las carreras y las riñas de gallos, y le dió por tomar... Perdía, y más apostaba y más tomaba. Una vez tuve que ir a recogerlo en la cancha, borracho como un odre... El negocio se fundió, la plata se hizo sal y agua: lo perdimos todo.

— ¿Y es cierto que le deben?...

— De juro. Pero hace tántos años: los deudores son muertos o idos.

— ¿Y es cierto que los ricos...?

— De juro. Entonces no nos miraban como agora; grandes caballeros pasaban a platicar al despacho, y una vez don Pablo Benavides, el gobernador, nos mandó a convidar para unas carreras sonadas.

Se quedó pensativa, mirando el fuego:

— ¡Los ricos!... Yo los conozco... Sé como comen-
zaron...

Tránsito se había ido a trabajar al cuarto; se oía el trac-trac ruidoso de la máquina de coser primitiva.

— ... Don Clemente Hernández vino de preceptor, pobre como la cabra; se casó con la hija de don Gregorio Segura, que tenía tántas haciendas... ¡Y don Gregorio! Dicen que llegó en un caballo cansado, con la señora a las ancas... El Tarrito de Unto, que agora no tiene un real, sí que era un caballero; llevaba siempre un sombrero de pelo más alto que él: por eso le pusieron el Tarro.

Y en un suspiro:

— ¡ Lo que es la fortuna !

— ¿ Y doña Chabela ? — preguntó la niña.

— ¡ Jua, jua ! Su marido era arriero, le traía cargas a don Rafael Herrera, el padre de don José Manuel. Y agora es tan rica : dicen que tiene enterrada una tinaja verde llena de plata...

Tránsito gritó del cuarto :

— ¡ Cecilia ! ¿ Vienes a coser, chicuela ?

La muchacha se alzó, malhumorada. No era que el coser le disgustara. Le gustaba ayudar a Balbina, su hermana mayor, que cosía en la casa de don José Manuel Herrera : era tan buena y hacía vestidos tan lindos. Pero a Tránsito... Desde que, en la escuela, las chiquillas le habían dicho unas cosas... unas cosas tan feas, no podía ver a Tránsito : le causaba una impresión de repelencia, casi de repugnancia.

Ganó el cuarto en desorden, que servía de dormitorio y de obrador, con sus camas de madera blanca contra los rincones, su gran mesa al centro, llena de trapos ; en las paredes, numerosas hojas de figurines en colores, clavadas con tachuelas. Se aproximó a la mesa, ante la cual Tránsito cosía un traje de niñita ; sobre los trapos se veía otro semejante. Se inclinó, curiosa.

— Son los vestidos nuevos de las señoritas Herrera, para las fiestas del Diez y Ocho (1) — murmuró la mujer — los vestidos para la repartición de premios. La Balbina los trajo ayer, precisada, porque quedan tan pocos días...

Y parando el manubrio :

— Blancos, todos blancos. Pero llevan rositas de cinta azul en los hombros y en la cintura, y bandas

(1) El 18 de septiembre, aniversario de la Independencia nacional.

con los tres colores de la bandera... Éste, el de la señorita Liria, éste otro el de la señorita Clotilde... Vas a coser el forro de éste.

Cecilia meneó la cabeza ; enhebró una aguja y se dió a la labor, así, como estaba, en pie frente a la pared, absorta.

II

« ¡ Las fiestas del diez y ocho de septiembre ! ¡ Qué bonitas y qué divertidas ! La repartición de premios a los niños de la escuela, en la plaza arreglada como un salón, con sillones para los caballeros y tanta bandera y tanta banderita, en hilos de árbol a árbol. El gobernador mismo, con la banda terciada, pasaba los libritos de tapas brillantes. Y algunas niñas decían discursos de memoria. Y los músicos, junto al monumento, tocaban con un estruendo... Ella había asistido cuando estaba en la escuela... Después, el « palo encebado », tan alto, tan alto, con los premios en la punta : botellas y otras cosas. Los chicuelos subían y se resbalaban, algunos iban arriba ya y se resbalaban... Hasta que uno alcanzaba los premios. Y los músicos tocaban, y los chiquillos gritaban y las gentes reían... Y en la noche, los fuegos artificiales. Los voladores que se encumbraban como volantines sujetos por un hilo de oro, las piezas que daban vueltas, chisporroteando, como ruedas ardientes, los globos de papel de color, que se elevaban encendidos, como llamas. Y las gentes, y los gritos y los : « ¡ Viva la patria !... » Ella iba a mirar a la esquina, con Lucas, su hermano mayor... Y después, en la escuela, el baile de los caballeros. El salón tan grande, arreglado

con escudos de papel y con guirnaldas de arrayán, de laurel, de flores de copihue. Y los caballeros tan paquetes, de pantalones ajustados como medias, que pasaban volando con las señoritas en los brazos, con las señoritas resplandecientes de seda y alhajas... Ella había mirado una vez, por las ventanas... Y durante los tres días de fiesta, en el Alto de la Cruz, las ramadas, y las « topeaduras » y las carreras. Las ramadas adornadas con encajes de papel, repletas de gente : mujeres que cantaban con harpa y guitarra, parejas que bailaban la cueca, viejas que vendían empanadas fritas y rosquillas. Y en la calle, los guasos a caballo, que « topeaban » contra la vara, los ricos que pasaban en coche, con la familia, los chiquillos que jugaban a las chapitas, los borrachos que se tendían en el pasto. Y el alboroto y la zalgarda y los : « ¡ Viva la patria !... » Ella no había ido más que una vez, con las sirvientas de la señora Juana Clotilde. Había tenido miedo : decían que esos días no había ley... »

Alzó los ojos y se quedó mirando los figurines clavados sobre la pared, en que había tántas damas tan elegantes, el talle exageradamente esbelto a causa de la amplitud del polisón : señoras en pelerinas de encajes y capotas con bridas, niñas en vestidos rosa o crema, el faldellín cáscara o azul, niñitas con trajes de seda escocesa, a tablas...

« ¡ Ah ! ¡ Ella no aspiraba a tener un vestido como esos, tan rico ! Un trajecito blanco, con una banda de los colores de la bandera, le bastaría. No pretendía ir a ver las fiestas del Alto de la Cruz ; con ver las de la plaza estaría contenta... Pero ¡ ay ! desde hacía un año, no tenía más que aquel vestido de merino azul, que blanqueaba ya en el trasero y en los codos,

y, desde que Lucas se había ido de la casa, pasaba encerrada, no salía a ninguna parte... ¡Qué vida, Señor! ¡Qué vida de miseria y de pena! Sus hermanas trabajaban todo el santo día, y no iban nunca a pasear y ni siquiera a ver a los vecinos. Su madre suspiraba y tomaba maté, eternamente; sólo a veces hablaba y contaba cosas... ¿Su padre? ¡Ah!, su padre no hacía más que beber, platicar con el vecino y, a cada instante, regañar y rabiar; se enojaba con ellas por cualquier cosa y, si chistaban, les daba con lo que hallaba a mano; tan sólo a Balbina la respetaba un poco. A Lucas, que era grande ya, lo había amenazado con el sable, y Lucas se había ido de la casa. A Alberto le sacaba el cuero a azotes. A Crispín, el niño, ni lo miraba. A ella... »

Tembló toda: un acceso súbito de tos le sacudió el pecho.

Se acercó a la ventana. A través de los vidrios empañados de polvo, se veía en la casa frontera, al Chercán sentado bajo el alero, labrando palillos de colihue para sus volantines. En pie ante él, un adolescente delgaducho y pelirojo, seguía la labor, haciendo ademanes extravagantes.

« ¡Benito! » La muchacha apartó la vista. « Un desvergonzado, un perdido, que se llevaba inventando travesuras y persiguiendo a las muchachas. A ella no la dejaba tranquila; cuando la encontraba en la calle, la seguía, y una vez, ¡atrevido!, quiso darle un beso... Decían que saltaba las tapias y se entraba a las casas, a robar uvas y a aguaitar a las chicuelas. Su pobre madre no sabía que hacer con él; lo habían echado de la escuela por maldadoso... ¡Y decir que el señor cura lo había puesto de sacristán! ¡Bonito sacristán!... »

Volvió a toser nerviosamente.

De afuera, su madre la llamó :

— ¡ Cecilia ! Ven a coser al sol, hijita...

No deseaba otra cosa. Salió sin el menor ruido, con la suavidad de sus pies desnudos. Ganó el corredor empurpurado de sol, rayado aquí y allá por la sombra de los pilares. Allí estaba la vieja en cuclillas, tomando su mate sempiterno. Se sentó en el poyo y perdió los ojos oscuros y sin embargo cristalinos, en el sol ambiente, que encendía el aire, doraba el patio a fuego, y envolvía el huerto, ya verdegueante, como en una polvareda de oro blanco. Ante la cocina, el hacha tirada junto a dos gruesos leños, echaba chispas. Del otro lado, el tinajón para recibir el agua de la gotera, se veía escarlata. En la arboleda, que se esfumaba al fondo como un humo glauco, el niño menor jugaba con el perro : se oían sus risas sacudidas y el ladrar como murmurado del can.

Se quedó mirando el cuarto lateral, frontero a la cocina, por cuya puerta desentornada se columbraba el interior negro de sombra. Servía a la vez de despensa y de desván ; en él se guardaba la escasa cosecha del huerto : zapallos, racimos de cebollas, canastos de « huesillos » y orejones ; pero se guardaban, sobre todo, los trastos viejos pertenecientes a los ricos que, hacía algunos años, habían vivido en la casa : petacas peludas de moho, pailas rotas, tinajas quebradas, pedazos de esteras y alfombras...

Miró a la vieja con ojos interrogadores. Era extraño : sentía aún en los tímpanos sus últimas palabras.

— ¿ Y los caballeros dueños de esta casa ? — preguntó, como si no hubieran interrumpido la conversación.

— ¿ Los Sotomayor ? — replicó la vieja, sin sor-

prenderse. — De juro que los conocí. Eran poderosos ; tenían haciendas inmensas, aquí y más al sur. Decían que el caballero había cogido la flor de la higuera... Yo estaba mediana, pero la finada mi mamita, me mandaba con recados a la señora.

Paseó la mirada a través del corredor y los cuartos de paredes deterioradas, manchadas por las lluvias, mordidas por los años.

— ¡ La casa ! La casa no es agora ni sombra de lo que era entonces. ¡ Qué riquezas, Señor de mi alma ! ¡ Qué cosas preciosas ! Todas las piezas con petates finos y con braceros de cobre, y, en la noche, todo alumbrado con cera pura. El huerto cultivado : los árboles cargados, que se venían al suelo ; las marimoñas tamañas, el pozo limpiecito ; daba gusto tomar el agua... En el salón (era en el cuarto de nosotros) el estrado alfombrado, las sillas de cuero, eternas, los sahumadores de plata, figurando pajaritos. En el comedor (la cocina de nosotros) todito de plata... Y en la pieza de las niñas (la despensa) las camas tan altas, con colchas de cuero de león, y las bacinicas de plata... y en un rincón, la vihuela toda enchapada de concheperla, de doña Engracita...

— ¡ Doña Engracita ! — balbuceó la niña, como en sueño.

Conocía esos cuentos, pero le gustaba que la vieja los repitiera porque, aún cuando empleaba las mismas frases, solía agregar detalles preciosos.

— ... ¡ Ah, qué señorita tan linda ! Tenía los ojos como chaquiras, y la mata de pelo rubio, larga, más larga que la tuya, le llegaba al ruedo de la basquiña. ¡ Y tan habilosa ! Hacía hablar la vihuela y cantaba unas tonadas tan bonitas, que naide sabía ; decían que las sacaba de la cabeza. Por las tardes o en las noches de

luna se iba a sentar sola al pie del olivo o al borde del pozo, y se ponía a cantar... ¿Quién como ella para montar a caballo, para bailar la « sajudiana », para hacer el arrope? El caballero le decía que había de tener alguna varillita de virtud, y ella se reía. Los jóvenes la rodeaban, pero ella no miraba a naide; todas sus hermanas se habían casado y ella seguía soltera. El caballero le decía que había de esperar a algún príncipe, como esos que salen en los cuentos, y ella se reía...

La muchacha suspiró :

— ¿Y se la llevaron los indios?

La vieja puso la mirada en las vigas :

— ¡ Se la llevaron, pues, hijita ! Entonces la indiada andaba alzada por causa de los montoneros... Estaban veraneando en una hacienda que tenían más al sur, cuando una tarde, a las oraciones, llegaron los desalmados a caballo, con lanzas, con un chivateo que no se entendía. ¡ El malón ! Y los mayordomos y los peones arrancaron, espantados... Desharrajaron la puerta, hirieron al caballero, maltrataron a la señora ; a uno de los caballeritos, que quiso hacerles frente, lo clavaron contra la pared de una lanzada, al otro lo persiguieron, pero no lo alcanzaron... Y a doña Engracita se la llevaron, se la llevaron por delante del caballo, como a una criatura...

Se quedó un instante silenciosa, contemplando el mate vacío. Luego, continuó :

— Nunca volvió a saberse de ella... Los desalmados vigilan a las cautivas ; dicen que les arrancan la planta de los pies para que no puedan fuir... La señora se murió de pena, el caballero murió también, las señoritas casadas y los jóvenes se fueron para otras partes. La casa estuvo cerrada más de veinte

años. Las gentes le tenían miedo : decían que penaban en ella, y que en las noches de luna cantaban en el huerto ; un chiquillo que se asomó por la tapia, vió a doña Engracita sentada al borde del pozo, con su guitarra de concheperla...

Se oyó un grito del niño que jugaba en el huerto, luego su llanto horadante.

— ¡ Crispín ! Ya te caíste... ¡ Válgame Dios ! Va a verlo, hijita...

Cecilia corrió, sin abandonar su costura ; transpuso la verja de madera vieja, y penetró en la huerta afelpada de hierba verdegueante. El chiquillo tumbado sobre el vientre, la mano en los ojos, los mocos salidos, chillaba como un berraco. A pocos pasos, el perro, el hocico al aire, las lanas vibrantes, lo miraba fijamente, listo a recomenzar el juego. Lo alzó de un tirón, y, sacudiéndole la camisa y el pantaloncillo roto :

— ¡ Asqueroso ! Anda, vete para adentro...

No quería a aquel niño travieso, pero sin gracia y sin malicia, que a veces parecía idiota, y menos aún después que las chiquillas de la escuela le habían dicho aquellas cosas...

Echó a andar, paso a paso, por el suelo lleno de matas rojas de romaza, donde algunas gallinas rodeadas de sus pollitos, escarbaban, como rezongando.

En la gloria de aquel día anunciador de la primavera, el viejo huerto parecía revivir. Los árboles caducos acribillados de brotes estallantes, semejabán cubiertos de minúsculas candilejas de cobre verde, los troncos carcomidos se veían brillantados por los hilos de luz que tendían los insectos, algunos durazneros floridos todavía, parecían empolvados de una nieve rósea ; aún las tapias, contra las cuales se apretaba la cicuta loca, se alzaban engalanadas por las florecitas

purpúreas de los alfilerillos brotantes entre las tejas. La muchacha miraba a todas partes, los ojos ahusados, el oído atento. En las ramas altas, las diucas gorjeantes esponjaban su plumaje humilde, de un gris de guijarro. Por las tapias corrían lagartijas verdiazules, pecho amarillo, moviendo la cabecita: parecía que se saludaban, dándose la buena nueva de la primavera. En el aire bordoneaban algunas moscas enormes y, de tiempo en tiempo, alguna golondrina hacía una raya fugaz.

He ahí el peral centenario, de tronco rugoso como la piel de las ranas, en que había una grieta profunda, tal vez la cueva de un *pihuchén*. He aquí la vieja higuera, calva de hojas, las ramas blancas colgantes hasta el suelo: de ella el caballero dueño de la casa, había cogido la noche de san Juan, la flor de virtud que dá la fortuna. He ahí el olivo de doña Engracita rígido y ceniciento, como petrificado por los años. Del banco de la señorita no quedaban vestigios, pero la muchacha había puesto allí un tronco seco para remplazarlo. Y he ahí el pozo antiguo, sin brocal, lugar preferido de doña Engracita. Abandonado (sólo servía para regar las plantas) aparecía tenebroso, las paredes como hollinadas, velludas de hierbajos de un verde casi azul, el agua profunda, espesa, llena de ranas que debían tener más de cien años...

Aquel hoyo misterioso atraía a la muchacha de manera extraña. Inconscientemente, lo identificaba con las cisternas o lagunas maravillosas, en que hay princesas encantadas, que salen en las noches de luna a peinar su cabellera con peine de oro. Cuando era chica, las ranas le daban miedo, ahora no: ¡eran tan graciosas! Una vez Lucas había sacado una en el cubo. Rechoncha y verdusca, parecía una vieja india.

Le golpeaban la espalda y abría la boca rosada, gritando : Croá, croá. Y contestaba a lo que le preguntaban : — Ranita ¿me quieres? — Croá, croá. Era de morirse de la risa... Le gustaba inclinarse sobre el borde, atisbar las ranas entre las hierbas y contemplar en el vidrio negro del agua su propia imagen : parecía otra persona, que la miraba del *otro extremo*. Una vez habría jurado que era doña Engracita con el cabello largo, largo, colgante. La alucinación había sido tan fuerte que se había mareado : se habría caído si Lucas no la hubiera sujetado por el pelo...

Se volvió, sorprendida. De la casa de don Clemente Hernández, vecina, llegaba un clamoreo desesperado. Reconoció la voz : « ¡ Don Ramoncito ! ¿Le estarían pegando?... » Corrió hacia la tapia divisoria, desmoronada por las lluvias. Subió fácilmente y se puso a mirar, oculta tras los árboles descollantes. « ...Le estaban pegando. » En el fondo de la huerta, junto a las pesebreras, el dependiente del dueño de la casa cargaba sobre las espaldas, sujetándole por las muñecas, al niño con los pantalones bajados. Don Clemente, magro y blanco de canas pero firme aún, descargaba sobre las posaderas al aire azote tras azote, haciendo vibrar el látigo. El muchacho se agitaba, gritaba, lloraba, removiendo cuanto podía los pies maneados por los calzones.

— ¡ No lo hago más, papacito, no lo hago más !...

Pero el viejo no transigía :

— ¡ Toma, bribón, toma !...

La muchacha se ovilló, como si fuera ella quien recibía los golpes : « ¡ Pobre don Ramoncito ! Decían que era maldadoso, pero con ella era tan bueno. De

continuo se asomaba por la tapia o pasaba a la huerta, a platicar. Y ella le tenía miedo... Una noche que había luna, había querido abrazarla. Y ella había huído... ¡ Pobre don Ram... ! » Su entrecejo se contrajo, sus labios se crisparon : estalló en sollozos. Bajó de un salto, cruzó el huerto, corriendo, y se dejó caer junto a la vieja que continuaba tomando mate.

— ¡ Hijita ! ¿ Qué hay ?

— Don Clemente, que está azotando a don Ramoncito como si fuera un salteador...

La vieja no se emocionó :

— ¡ Qué quieres, pues, hijita ! Los padres son dueños. Mi Dios les ha dado derecho de vida y muerte...

La muchacha tembló toda, silenciosa.

La vieja meneó la cabeza aquilina :

— Sigues asomándote por la tapia. Ya te ha dicho tu *taita* que, si te pilla...

III

El portón de la calle transversal se entreabrió con un ruido agrio. Por el hueco asomó la cabeza cubierta de un fieltro alicaído, un hombre de buena edad, muy rosado, la barba crespa a guisa de collar : atisbaba con sus ojos mansos, de un verde de agua, sonriendo como un bendito. Se le habría creído el san José de la iglesia, escapado.

— ¡ Antuco ! — exclamó Cecilia, con voz infantil, riendo entre sus lágrimas.

— ¡ Antuco ! — repitió la vieja. ¿ Entra no más, Antuco ?

Entró el hombre envuelto en su poncho prieto, astroso, apoyándose en un palo alto : tenía una pierna encogida. Era un inocente que pedía limosna, cantando romances, antiguos poemas, casi todos de procedencia española, que los viejos escuchaban emocionados. Avanzó a saltos rápidos, como un acróbata ; se detuvo ante la vieja, y, sonriendo siempre, se alzó el sombrero, dejando entrever su cráneo todo calvo de tiñoso.

La vieja lo contempló, regocijada :

— No olvidas a los conocidos. ¡ Bueno !... ¿ Te acuerdas cuando venías al despacho con la finada tu mamita ?

El hombre sacudió la cabeza de alto a abajo, mordiendo la sonrisa.

— ... ¡Ah! La finada sí sabía corridos : el de *Blanca Flor*, el de *Bartolillo*, el del *Ralo*.

El hombre repitió la venia.

— ... Cántanos pues, alguna cosa ; después te haré un buen « hulpo » de harina tostada.

Antuco miró a lo alto con ojos de cordero agonizante, y empezó a cantar en tono monorítmico y con voz aterciopelada de niña medrosa :

— Tres hijas tenía un rey,
Más bonitas que la plata,
Y la menorcita d'ellas
Delgadina se llamaba...

Cecilia entreabrió los labios. Conocía aquel romance : se lo había oído a Antuco, varias veces. « Era muy bonito, pero tan triste : la pobre Delgadina padecía tanto !... »

— Un día estando a la mesa,
Mucho el padre la miraba :
« Hija mía Delgadina,
Has de ser mi enamorada. »
« No lo quiera Dios del cielo,
Ni la Virgen consagrada,
Sea mujer de mi padre,
Madrastra de mis hermanas...

« ¿Cómo? ¡El rey quería casarse con su misma hija ! » Cecilia sabía que el rey la castigaba, pero nunca había comprendido por qué... « ¡Ah!... » Y se precisaron en su memoria las cosas aquellas que las chiquillas le habían dicho, en la escuela.

— ¡Alto, alto! dijo el rey,
A Delgadina empar'darla,
Que no se le dé pan ni agua
Sino que carne salada...

¡ Pobre Delgadina ! Emparedada, en vano se asomaría a la ventana e imploraría a su madre, a sus hermanos, a sus hermanas :

— ¡ Ay ! madrecita ¡ por Dios !
Pásame un jarrito de agua,
Que el corazón se me seca
Y la vida se me acaba...

Nadie la oiría, temerosos todos de que el rey « la cabeza les cortara ». En fin, el mismo rey se compadece: manda que le traigan agua. Los caballeros corren a buscar.

— Unos con jarritos de oro,
Otros con jarros de plata :
Al que llegaba primero
Una ciudad se le daba...

Mas ¡ ay ! el agua que llega :

— ... Y Delgadina que acaba.

« ¡ Pobrecita ! » Cecilia la veía vestida de azul, pálida como la plata, el cabello largo, muy largo. Y cosa singular, la veía allí, en la casa, emparedada en la despensa (el cuarto de doña Engracita) en pie entre los trastos viejos, o asomada al ventanillo que daba a la arboleda.

Antuco cantaba el cogollo que ha agregado al viejo romance español, la imaginación nacional :

— Que viva la señorita,
Verde cogollo de malva ;
Récele una avemaría
A la que murió por casta.

Emocionada, la muchacha se puso a rezar a media voz : « Dios te salve, María, llena eres... »

— ¡ Cecilia !

Tránsito la llamaba.

— ... Tienes que ir a llevar los vestidos.

Acudió la niña, corriendo. Se puso sus zuecos, se echó a la espalda su pañolón, y tomando el envoltorio que le alargaba su hermana, salió, apresurada.

Bajo el sol declinante, la calle de casonas blancas se extendía solitaria, silenciosa. Solamente ante la bodega de don José Manuel Herrera se veían algunas carretas ; montañeses barbudos descargaban madera recién labrada. De la bocacalle surgieron dos muchachos andrajosos, con sendos libros en la mano ; el uno rolliso, el otro muy flaco : Alberto y el Chercancito, que volvían de la escuela.

Tomó la calle transversal, sombreada de eucaliptos de fronda azulada. Poco más allá comenzaba la casa de don José Manuel, altísima, pintada de color de limón, la cornisa blanca, deslumbrante. He ahí la imprenta del periódico del caballero ; por la ventana se veía la prensa de hiero, coronada de un cóndor. He aquí el portón verde del segundo patio, por donde en el otoño entraban las carretas de la hacienda, colmadas de provisiones. La chica recordaba haber visto una toda llena de sandías y melones invernizos...

Entró sin llamar. Ante le cocina, Peta, la cocinera, remangada, torcía el cuello a un capón negro, que chillaba agitando las alas.

— ¡ La Santita ! Entre no más : no se le va a comer el Zingo...

La muchacha sonrió, cruzó el patio silencioso, ganó el pasadizo entablado como una sala, y penetró en el primer patio de corredores pintados y decorados, todo cubierto de plantas, de enredaderas, de

arbustos floridos. « ¡ Qué casa tan bonita ! No había otra igual en el pueblo. Para hacerla, habían venido maestros de la ciudad, con cargas de cosas jamás vistas : pinturas de todas layas, vidrios de colores, papeles maravillosos. Ella era entonces chiquita, pero se acordaba... »

Se dirigió hacia la pieza de las niñas, que servía también de cuarto de coser. Cerca de la puerta, en el escaño del corredor, los niños rodeaban a la tía que sabía cuentos tan lindos. La señorita Rosario hablaba. ¿Estaría contando algún cuento? Alonsito y Liria, sentados a su lado, la miraban arrobados, pendientes de sus palabras. Hasta el perrillo, inmóvil sobre sus patas traseras, parecía escuchar. Solamente Clotilde, en pie, estaba distraída : a cada instante miraba hacia la manpara de la calle.

El perrillo gruñó, pero Liria lo hizo callar :

— ¡ Zingo ! ¿No conoces a la Cecilia?

En la pieza, ante la mesa llena de trapos, Balbina cosía un vestido de alpaca gris, guarnecido de encajes oscuros. Morena, de rasgos suaves, se parecía a Cecilia, pero tenía cierto aire varonil que hacía pensar en el viejo. No se hablaron, mas sus ojos se expresaron con efusión. La muchacha retrocedió hasta la puerta, y se quedó esperando, un pie en la pieza, el otro en el corredor, un ojo adentro, el otro afuera.

... Contaba un cuento, la señorita. Su voz sonaba armoniosamente, como si leyera versos :

— ... ¡ Bueno ! Desconsolada, sin saber que hacer, Perlita se puso a andar, a andar por el huerto, llorando, llorando... Después de mucho andar, en una vuelta del caminito, se encontró con una señora vestida con un traje de oro, brillante como el sol. Era la Santísima Virgen. « ¿Qué te pasa? le dijo, ¿por qué lloras? » Per-

lita le contó lo que le pasaba ; le dijo que su padre estaba rabioso como un perro loco, porque lo habían embrujado, que sus hermanos se habían ido de la casa y que su madre había muerto de pena. « No se te dé nada, le dijo la Virgen ; yo voy a premiarte porque eres buena hija. » Y cortando de un árbol una varillita, se la pasó : « Toma esta varillita de virtud ; pídele lo que quieras : te lo dará... » Y desapareció, como un suspiro. Perlita, loca de contento, sacudió la varillita : « Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, dáme un vestido de oro, como el de la Santísima Virgen ». Y al instante se halló vestida con un traje que brillaba más que el sol. Corrió a su casa, que no cabía en el camino, de gusto. Sacudió la varillita : « Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, que mi padre sane y mi madre resucite. » Y los viejos salieron a recibirla con los brazos en alto. Volvió a sacudir la varillita : « Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, dame una casa de plata, toda de plata. » Y su pobre casita se volvió un palacio precioso, más brillante que la luna, como no lo tenía ni el rey...

La mampara rechinó agudamente.

— ¡ Clotilde ! — grito la señora desde el interior. — No salgas a la puerta, niñita...

Sorprendida, la niña volvió corriendo hacia el escaño.

Alonsito la miró, riendo a carcajadas.

Liria contemplaba a la tía, con los ojos dilatados, como deslumbrada por la maravilla.

— ¿ Y es cierto — le preguntó — es cierto que hay varillitas de virtud ?

— Cierto, pues — replicó la joven, sonriendo.

— ¿ Y adónde se encuentran ?

— En los árboles, pues En la casa de nosotra

hay, en el huerto. Cuando vengas, vamos a buscar una, las dos solas...

Cecilia escuchaba inmóvil, las pupilas ardientes, la boca entreabierta. « ... Su hermana, ¿le hablaba? »

— ... Ándate, más bien, yo me dilataré todavía.

Recordó que tenía que comprar yerba mate para su madre. Se dirigió hacia la mampara, cuyos vidrios multicolores, encendidos por el sol muriente, parecían flamear. « ¡ Qué lindos ! Los morados como las violetas frescas, los amarillos como el oro, los verdes... ¡ ah, los verdes ! no había con qué compararlos... Si ella hallara en el huerto una varillita de virtud le pediría una casa como aquella, con una mampara así, de vidrios preciosos... » Al abrir la hoja, Clotilde se coló bajo su brazo, ovillada, de puntillas. En la calle, por la acera de enfrente, Pedrito, el mayor de los niños de don Clemente, se paseaba a pasos arrastrados, atisbando, atisbando...

En la tienda del caballero, velada ya de vaga penumbra, el dependiente sentado sobre el mostrador, hablaba, risueño, con una viejecilla cenceña, de cara muy larga, desproporcionada : doña Matea Clavo. Todo el pueblo la conocía por aquel chusco apodo.

Jacinto se apresuró a servir a la muchacha. Y dirigiéndose a la vieja :

— ¿Qué le parece la Santita?

— Buena, pues — respondió ésta, revolviendo los ojos grises. — Está buena ya...

La muchacha sintió que las mejillas se le encendían :

« ¡ Vieja asquerosa ! Decían que había sido *mujer mala*... » Descendió por la calle toda rosa, abrasada por la hoguera crepuscular. De pronto se sintió desfallecer. Benito subía por la acera, a paso rápido, moviendo exageradamente los brazos.

— Adiós, linda — le dijo insolentemente, pero no se detuvo.

Del despacho de licores, junto al portón, salían resonancias de voces excitadas y un tufo alcohólico que mareaba. Poco más allá de la esquina, la calle terminaba bruscamente en una de las hondonadas que rodeaban el pueblo, de manera que el valle bajo se veía de seguida, con extraño aspecto; los árboles del grandor de un hierbajo, una quinta blanca del tamaño de una caja de fósforos. Después se erguía el Huillén con su cumbre felpuda de selvas, teñido por el crepusculo de un violeta dulce, vaporoso.

Cecilia gustaba de aquel paisaje. Aún cuando nunca había ido más lejos del manantial que había en la hondonada, le parecía que allá le habían pasado cosas... cosas que no sabía, pero que sentía, sentía... « Doña Engracita sí que habría corrido aventuras por allí. ¿No contaba su madre que acompañaba a los caballeros cuando subían al cerro, a seguir el rastro del león? Era mejor cazador que sus hermanos. De juro, había de tener una varillita de virtud... »

Tosió hasta ponerse cárdena : la tarde se enfriaba. El zaguán de la casa estaba borrado de sombra. Se asomó al cuarto de coser, oscuro :

— ¡ Tato !

Nadie.

Entró en el cuarto de los viejos :

— ¿ Tato ?

Le respondió un gruñido sordo :

— ¡ Entra !

Se quedó como petrificada : « ¡ Ave María !... »

— ¡ Entra, te mando !

Dió algunos pasos, estremecida de terror, a través del vacío negro, en que la ventana volcaba como

una polvareda de estaño. De la cama se alzó una sombra más negra, amenazante. La muchacha quiso huir, pero la sombra la envolvió en sus tentáculos y la arrojó contra el lecho.

— ¡Aaaaay! — gimió la niña.

El fantasma se había echado sobre ella y la ahogaba con su peso.

— ¡Aaaaay! ¡Mamiiiiita!

Pero el fantasma no cejaba : la palpaba por todas partes con sus manazas de ogro, escaldándole la cara con su aliento infernal.

La muchacha se agitaba como una poseída :

— ¡Maaaamita!

Alguien se precipitó en el cuarto :

— ¡Señor de mi alma!

Se abalanzó hacia el lecho, tomó al ogro por un brazo y lo empujó contra la ventana.

Tambaleante sobre sus piernas endebles, el viejo lanzó un gruñido amenazador.

Pero Balbina lo encaró, resueltamente :

— ¡Asqueroso! ¡Con su propia hija!...

El hombre no chistó.

— ... Yo me voy a ir de la casa, me voy a ir con ella.

Y aquí lo voy a dejar muriéndose de hambre.

Y tomando por la mano a la niña temblorosa, que se agarraba a su falda, salió con paso firme.

En el patio empolvado de una media luz azulina, Alberto y Crispín jugaban con el perro, a gritos. En la cocina apenas alumbrada por las llamas, la vieja y Tránsito, en cuclillas, miraban el fuego, inmóviles : se las habría creído momificadas.

Balbina alzó los brazos :

— ¿ Y ustedes, cristianas, que hacían aquí? ¿No oían los gritos?

La vieja levantó la frente, como si despertase.

— ¡Qué quieres, pues, hija! — murmuró. — El hombre, borracho, no respeta a naide : nos pega, nos tira con lo que halla...

Y abrazando a la niña, que se había acurrucado contra ella :

— ¡Pobrecita! Santa Cecilia la ha de librar de todo peligro, de alma y cuerpo.

Balbina se dejó caer sobre un taburete.

— ¡Buena cosa! — murmuró. — Nos va a matar a todas. Y ustedes lo dejan... ¡Asqueroso!

La vieja se animó.

— ¡La borrachera! — exclamó meneando la cabeza. — Es la borrachera... De antes, era otro : bien hablado, comedido, bueno para el negocio. Se puso a tomar y a apostar a las carreras : lo perdió todo, y agora nos hace penar.

— Y lo dejan, ustedes. Qúitenle el vino, aconséjenlo...

— ¡Es de valde! Borracho viejo no tiene cura. ¡Qué no he hecho yo! Lo rogaba, lo querellaba, una vez hasta le eché orines en el mosto. ¡De valde! No tiene cura.

Balbina se sublevó.

— Yo lo curaré — exclamó cerrando el puño.

La vieja sonrió hasta mostrar las últimas muelas :

— Sólo que tuvieras una varillita de virtud...

Cecilia agrandó las pupilas : « ¡Una varillita de virtud !... » Recordaba, como si las oyera, las palabras de la señorita : « Varillita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, que mi padre sane y... y los viejos, buenos y sanos, salieron a recibirla... »

IV

En el zaguán resonaba la voz gangosa de don Salustio :

— ¡ Vecino ! ¿ Cenó ya?... —

Tránsito resucitó. Encendió una vela, llenó una palangana de la olla que roncaba sobre el fuego, y salió, en una mano la luz, en la otra la cena. Volvió luego y distribuyó parcimoniosamente, entre las mujeres y los niños, el resto de la olla.

Un momento después todos comían, serenos, como si nada hubiera ocurrido. Sólo Cecilia no podía tragar bocado : la atragantaba la angustia. Balbina empezó a hablar con Tránsito sobre la costura : urgía, las fiestas se acercaban...

La muchacha se incorporó y se deslizó afuera. En la puerta, los niños sentados sobre el umbral, comían en el mismo plato. Ante ellos, el perro los miraba, inmóvil.

Había salido la luna. El patio parecía cubierto de una nieve azul y luminosa. Las sombras de los pilares, del alero, de la verja se recortaban negras, de un negro mulle de terciopelo, sobre la claridad deslumbradora. Los árboles del huerto se desvanecían en el aire, como un estremecimiento de tules cerúleos.

— ¡ Ah !

Cecilia caminaba lentamente. Su figura se había distendido, en sus labios jugaba un mohín casi plácido. Animábala una esperanza extraordinaria. Miraba hacia arriba, atisbando el ramaje que hacía dibujos inauditos en la seda del cielo, de un azul tan fúlgido que parecía verde. La luna en su plenitud caminaba adelante, como guiándola. Se detuvo ante el peral centenario. Alzó la mano cuanto pudo para coger una rama; no la alcanzó. Siguió andando, atisbando el aire. Paróse junto a un cerezo escarchado de flores. Asió una rama rubia de resina, mas en seguida la soltó... Corrió hacia el olivo, el olivo de doña Engracita. Miró las ramas lánguidas, una a una, eligiendo: « ¿Ésta? No. ¿Ésta otra? No, no. ¡Ésta, ésta!... » Cortó una pequeña, empenachada de hojas finas. La contempló, risueña: parecía una verdadera vara de hada; la luna la transmutaba en plata. La sacudió enérgicamente:

— Varillita, por la virtud que Dios te ha dado...

Aguzó las orejas. Los árboles del huerto vecino, descollantes sobre la tapia, se habían estremecido. ¿Se habían estremecido?

— Varillita, por la virtud...

— ¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿Estas ahí?

De lo alto de la tapia, Ramoncito le hablaba con sigilo:

— ¡Ven! Tengo que decirte una cosa...

Olvidando la preciosa varilla, ella corrió hacia él, ella que antes le huía, corrió hacia él.

El niño la saludó con una sonrisa suave, moviendo la cara de orejas despegadas y ojos anchos bajo los cabellos.

— Me azotó el viejo esta tarde... ¿Oíste?... Me

azotó como si fuera un salteador. Y yo había prometido que, si me volvía a azotar...

— ¿Y qué maldad hizo? — le interrumpió la muchacha, juntando las manos.

— ¡Nada! Fué porque el ayudante me echó de la escuela... Me insultó y yo le contesté como merecía. «Ladroncito de uvas», me dijo porque me pilló conversando, acordándose de una vieja historia. Yo no soy ladrón de uvas; el primero que saltó la tapia de doña Chabela fué Benito. Así se lo dije, y él me quiso pegar, y yo le pesqué el «guante» y escapé. No me habría alcanzado nunca si no hubiera sido por el monitor que me atajó... Y por eso no más me azotó el viejo.

La muchacha alzó las manos unidas.

— Es injusto el viejo — continuó el niño. — Conmigo son todos los rigores; no me habla casi y me castiga por cualquier cosa. Y a Pedro, que se lleva el día entero arrastrando los pies ante la casa de don José Manuel Herrera, no le dice nada. Y a la Inesita, que coquetea con todos los jóvenes, hasta con Julio Pardo que no es soltero... Quiere casarla con don Antonio, el diputado. Pero don Antonio es zorro viejo, ¡qué se va a casar! Es tan rico, y en la Capital ha de tener tantas niñas... El viejo lo ve y por eso anda furioso... Y como yo no lo adulo...

Cecilia miró hacia el huerto, inquieta. El niño avanzó los labios.

— ¿Y don Pantaleón? — murmuró — ¿como anda contigo?... ¡Cuidado! No te vaya a pasar lo que le pasó a la Tato; Crispín no es hijo de tu madre.

La niña se estremeció. «¿También lo sabía? ¿Entonces lo sabía todo el pueblo? ¡Y era cierto!...» Hizo ademán de partir. Pero el múchacho, más

ligero que un gato, traspuso la tapia y la sujetó por las muñecas :

— No, no te vayas. Tengo que decirte una cosa... Yo había prometido que, si el viejo me volvía a azotar, me iría... me iría de la casa.

La niña lo miró ansiosa :

— ¿Y adonde?

— ¡Qué sé yo! — murmuró el muchacho. — El mundo es grande... el mundo es grande...

Sus palabras sonaron misteriosamente en el silencio luminoso. Y tomando a la niña por la cintura, con acento cálido :

— ¡Vámonos los dos, Cecilia!... Yo te quiero, te quiero mucho...

Y Cecilia no huyó. Dejó caer la cabecita contra el pecho del niño y rompió a llorar, a llorar.

Ramoncito le besaba el pelo, el cuello, gorjeándole frases trémulas :

— ... Te quiero mucho... Vámonos, vámonos... Me casaré contigo... Lo que dirán, ¡qué me importa!... Vámonos esta noche, esta misma noche... Cuando todos duermen, te esperaré aquí... Ven, no dejes de venir, Cecilia...

A su espalda, las cicutas se agitaron como sacudidas por un viento de tempestad. Se volvieron, conster-nados. ¡Horror! Ante ellos se erguía don Pantaleón, gigantesco, amenazante, en la mano el sable radiante de luna.

De un salto, el muchacho se puso en salvo tras la tapia. Pero la niña no pudo escapar : el viejo le cerraba el paso. Cayó sobre sus rodillas, los brazos extendidos, la cabellera destrenzada en tierra :

— ¡Perdón, perdón!

El muchacho reapareció sobre la tapia : « ¡Pobrecita!

El viejo la iba a matar : cuando estaba borracho se volvía loco... La iba a matar ; con el sable en alto, ya daba el golpe... » Y sin vacilar un punto, él, un niño inerme, se abalanzó contra aquel gigante armado, enfurecido. El antiguo heroísmo de su raza de aventureros y conquistadores lo arrebatava. Presto, le sujetó el brazo con presión férrea. La niña libre huyó despavorida, gritando :

— ¡ Balbina, Balbina !...

El viejo lanzó un mugido de toro acorralado :

— ¡ Hijo de una gran pu !

Sacudió el brazo, y, furibundo, se desprendió. Sin correrse, el niño dió un salto hacia atrás. Miró al suelo, buscando un arma. Justamente, su talón había rebalado en un guijarro. Veloz, lo cogió y alzándolo con violencia, lo lanzó contra Goliat, denodadamente.

El viejo dió otro grito más estruendoso, y cayó como fulminado.

David, triunfante, desapareció.

De la casa, las mujeres salieron corriendo, seguidas de los niños, del vecino, del perro ; se atropellaban, voceando, exclamando simultáneamente :

— ... ¡ Señor de mi alma ! — ¿ Qué ha pasado ?...

— ¡ Chicuelo, qué me pisas !... — ¡ Guau !... — ¡ Válgame Dios !... — Yo no sé nada : yo lo vide salir a orinar... — ¡ Guau, au, au !... — ... Entró y volvió a salir...

Rodearon al hombre extendido, los brazos abiertos, el respirar acelerado, como un animal herido. De la frente palidecida le corría un hilo de sangre, que la luz lunar tornaba violeta.

— ¡ Lo mataron ! — gritó la vieja, sollozando.

Balbina, inclinada, enjugaba la herida con su pañuelo :

— Es un golpe no más. Está aturdido...

El viejo alzó los párpados, miró en torno, sobresaltado. Probó a incorporarse; no pudo. Se afirmó sobre el codo.

— ¡Facinerosos! — gruñó recobrando la memoria.

Y volviendo la cara a diestra y siniestra:

— ¡Arrancaron! ¡Hum! Los tengo que pillar...
¡Mocoso! Lo voy a rasgar de un sablazo! ¡Cecilia!
¡La mato, la mato!...

— Calle la boca, cristiano — resongó Balbina — venga a acostarse.

Y haciendo una seña al vecino, cogió al herido por un brazo; don Salustio se apresuró a asirlo por el otro. Así, empezaron a transportarlo, con los pies a la rastra, como a un muerto. No era cosa fácil: el viejo pesaba; pero la mujer no amainaba y el vecino tenía que imitarla. Aturdido aún, el hombre dejaba hacer; de vez en vez sacudía los bucles grises.

— ¡Cecilia! — exclamaba — ¡La mato, la mato!...

En fin, ganaron el cuarto y depositaron la pesada carga sobre el lecho. Tránsito había traído ya una palangana de agua y un puñado de trapos; solícita, empezó a curar al herido. El hombre resollaba sordamente, la boca entreabierta, brillante de baba. Por momentos abría los ojos: sus pupilas echaban chispas.

— ¡Cecilia! — vociferaba — ¡La mato, la mato!

La vieja lo desnudaba, le arrancaba los zapatos, le deceñía la faja, torpemente, como podía.

Balbina salió sin ruido. Se asomó al cuarto de coser:

— ¡Chicuela!

Corrió a la cocina. En la sombra se expandía un rumor débil, doliente, algo así como el vagido de una criatura. El cabello en la ceniza, la muchacha se acurrucaba, como si quisiera desaparecer.

— Ven a acostarte...

La alzó por un brazo :

— Ven no más. El hombre está aturdido, y yo cerraré bien la puerta.

Y la arrastró al cuarto. En la sombra compacta, la luna tendía desde la ventana como una gasa de plata verde. Se oía la respiración rítmica de los niños, que dormían ya en un rincón, sobre el suelo.

Balbina atrancó la puerta ; sin hacer luz, se desvistió en un segundo y se acostó. Cecilia se echó a su lado, vestida. Del otro cuarto llegaban rumores vagos y, de tiempo en tiempo, la voz vinosa del viejo que repetía la amenaza siniestra : « ¡ La mato ! » La niña se oprimía el pecho con ambas manos, como si quisiera retener su corazón tumultuoso. Luego, se hizo la calma, pero ella sentía el silencio lleno de ruidos formidables. Las sienes le pesaban como si se las oprimiera un cintillo de hierro. Rendida, dejó caer los párpados. No obstante, veía en el negror dibujos de fuego, que se hacían y se deshacían vertiginosamente. En las orejas oía voces claras, sonoras : « ¡ Cecilia ! Te quiero mucho... ¡ Cecilia ! ¡ La mato, la mato !... »

El cuarto se había llenado de una luz glauca, fosforescente. Habríase creído que la luna había bajado del cielo y penetrado por la ventana... Pero no : era en el huerto. Los árboles chorreaban una luz inmaterial, como un polvillo de esmeraldas. Entre los troncos había mamparas con vidrios de colores... ¡ con vidrios de colores ! El pozo tenía un brocal de plata... ¡ de plata !... ¿Quién salía del pozo? Una niña muy pálida, vestida de azul, el pelo dorado, largo, largo ; en torno

de las sienes, un resplandor como esos cercos de oro que tienen las imágenes... ¿Santa Cecilia? No, Delgadina : tenía la cara de plata. No, doña Engracita : tenía el pelo dorado, largo, largo... Se aproximaba como flotando a la mata de « palqui »... ¡ a la mata de palqui que olía tan mal y criaba gusanos ! Cogió una varillita... Las ranas (habían salido del pozo) las ranas hinchadas, grandes como conejos, giraban a su alrededor, saltando y cantando :

Es Delgadina,
La de la cara de plata ;
Santa Cecilia,
La de la túnica azul ;
Doña Engracita,
La de la dulce guitarra...

¿Las ranas? No. Eran personas, personas con patas de sapo, encogidas, como jorobadas... ¡ Bah ! ¡ Doña Peta, Benito, Crispín, la Matea Clavo !

... La desconocida venía ahora hacia la muchacha, sonriente, la vara en la mano, como una santa :

— Yo voy a premiarte porque eres buena. Toma esta varillita de virtud ; pídele lo que quieras, te lo dará...

Jubilosa, ella tomó la varilla. Pero al punto las ranas la cercaron, alzadas en dos patas, como si quisieran arrebatarle la vara milagrosa. Asustada, escapó. Mas las malvadas corrieron tras ella, a saltos, los ojos grandes, blancos, como platos. Y ella, despavorida, corría, corría. Y ellas, ensañadas, la perseguían, la perseguían. ¡ « Ave María !... »

Abrió los ojos, extenuada. El corazón le saltaba en la garganta. A su lado, Balbina roncaba como una bendita. Se quedó inmóvil, mirando la luz glauca que

cernía la ventana. Sigilosamente, se deslizó del lecho, y, empujando el aire de su boca contra los tímpanos para no oírse, se aproximó a la puerta, describió la tranca, abrió, salió.

— ¡ Brrr !

Sentía frío, a pesar de que la frente le ardía. Apretó los labios para ahogar la tos.

El patio congelado de luna y de silencio, aparecía irreal : habríase creído un mundo sideral, inanimado.

Adelantó paso a paso, pero resueltamente, la mano tendida, como si se dejara guiar por un ser invisible. Con ella, la luna marchaba sobre los árboles inmóviles. Ni un soplo turbaba la quietud de las ramas dormidas. Solamente en el pozo las ranas velaban, canturreando su tonada eterna :

— Croá-croá, croá-croá, croá-croá...

Echó a correr hacia la tapia : « Nadie ! » Trepó de un salto : « ¡ Nadie, nadie !... ¡ Ah ! » Cayó arrodillada, sacudida por violento escalofrío. Un ancho sollozo le llenó el pecho. Dejó caer la frente en las manos. Lloró, lloró. ¿Un instante? ¿Una eternidad?

Calmada en fin, descendió, reanimada por repentina esperanza. Se acercó al palqui ; cogió una vara al azar. La sacudió con fe.

— Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, qué aparesca en la tapia...

Miró hacia el muro. « ¡ Nadie !... ¡ Oh ! »

Las ranas, en el pozo, parecían cantar como personas. Se inclinó sobre el borde. Del otro extremo, en un círculo de luz blanca, una niña la miraba. « ¡ Santa Cecilia ! : estaba vestida de azul... No, era su propia imagen... No, Delgadina : tenía la cara de plata... No, era ella misma... ¡ Cuidado ! Podía caerse, morir. ¿Morir? ¡ Ah !... No, doña Engracita : tenía

el pelo largo, largo... ¡Cuidado! Se iba a caer... No, ¡santa Cecilia, santa Cecilia! Le alargaba la varillita... y ella la quería, la varillita, la quería... »

Sonó un fracaso brusco, cristalino. El agua muerta se reanimó, las ranas se callaron. Luego, nada: el agua tornó a su quietud, las ranas reanudaron su canturreo:

— Croá-croá, croá-croá, croá-croá...

Sobre la tapia se agitó una sombra:

— ¡Cecilia, Cecilia! ¿Estás ahí?

— Croá-croá, croá-croá, croá-croá...

SEXTO EPISODIO

LA LECHUZA

I

Esa tarde, en la vasta iglesia inconclusa, con sus columnas estucadas y su techo de vigas visibles, había una animación inusitada a tal hora, que desgarraba el silencio habitual y rompía la penumbra rayada de oro por el polvo de sol que caía diagonalmente de las altas ventanas.

Gentes de todas condiciones entraban sin cesar: damas envueltas en sus mantos oscuros, campesinas en faldas de color, llevando alfombrillas vistosas, guasos con ponchos abigarrados, cohibidos por sus zapatos nuevos, e infinidad de mujeres del pueblo, de aspecto insignificante. Se santiguaban con agua bendita, y avanzaban a pasos arrastrados. Las mujeres iban a arrodillarse a la proximidad posible de los confesionarios, ya rodeados de bultos prosternados. Los hombres salvaban las gradas del comulgatorio y desaparecían en la sacristía.

En el presbiterio, los niños que servían de acólitos se agitaban, atareados, arreglando los altares, dispo-

niendo los objetos del culto. Ante el altar mayor, una dama gruesa y congestionada, cambiaba las flores de los vasos de porcelana policroma.

Animación discretá, contenida, pero vibrante, casi alegre, que hacía resonar las naves como colmenas a la siesta.

En los altares del presbiterio, únicos, las viejas imágenes de talla, vestidas y alhajadas comó ídolos, parecían mirar a las gentes, complacidas ; en el altar mayor, antiguo, sencillamente pintado de blanco, la Virgen de las Mercedes ataviada de brocado lileal, coronada de argento cincelado, tendía las manitas llenas de anillos, misericordiosa ; en tanto que en los laterales, más modernos, con vagos toques de oro, la Virgen del Carmen vestida de terciopelo castaño, franjeado de plata, ofrecía su Niño de cabecita áurea, con suave sonrisa, y el siniestro Cristo en cruz, de cabellera humana y piernas sangrientas, abría los brazos, paternalmente.

Era el final de la misión tan sonada. El templo y los feligreses se disponían para la gran función de la noche y la solemne misa del día siguiente.

Benito, el sacristán adolescente, resplandecía. Sus ojos garzos despedían chispas, sus manos largas, como cangrejos, hacían visajes. Iba de aquí a allá, dirigiendo u obrando con visible complacencia.

Le divertía la misión. Las ceremonias y las fiestas se sucedían a cual más bonita, a cual más interesante. En las mañanas, las misas realizadas por los ornamentos nuevos de los misioneros. En las noches, las prédicas con el Santísimo descubierto : las pláticas del padre Ureta tan « entretenidas », los sermones del padre Soto que hacían temblar la iglesia... Y los bautismos de criaturas y aún de niños grandes ya y

todavía « moros ». Y los casamientos de campesinos de todas edades, algunos ancianos que habían pasado la vida amancebados. Y las comuniones de niñas vestidas de blancó, como angelitos... Y después, en la casa del señor cura, las comidas opíparas, a que asistían caballeros del pueblo, y en que el padre Soto devoraba y bebía tanto cuanto hablaba y gesticulaba... Y las visitas, y los regalos a los « padrecitos », que no cesaban todo el santo día. Y en fin, la procesión de despedida, a la cruz del Alto, larga de dos cuadras de gentes apretadas... ¡ Oh, él había tenido que hacer, que agitarse, que correr ! Pero ¡ las cosas que había visto, los « casos » que había oído, las manjares que había gustado !...

Estaba encantado de ser sacristán. Le entusiasmaba la vida eclesiástica. Las ceremonias del culto, misas, novenarios, procesiones, le producían una especie de embriaguez, de sobresalto cosquilleante ; algo así como la impresión que le daban las funciones de los cómicos o acróbatas que solían venir al pueblo, donde había tantas sorpresas emocionantes. ¡ Oh, la misa de Gloria, el sábado de Resurrección, en que de repente se recoge el velo y aparece el altar reverberante, y la del domingo de Ramos, en que la iglesia semeja un bosque de laureles y arrayanes, y la procesión de Corpus, con el Santísimo bajo palio, por la plaza ornamentada, y el mes de María, en que las señoras ricas hacen altares a lo largo de las columnas, a cual más bonito !... Las Vírgenes y los santos de talla, engalanados, le daban la sensación maravillada de las princesas y grandes de la Corte de los cuentos que le contaba su abuela. ¡ Oh, Nuestra Señora de las Mercedes, con su vestido deslumbrante, como tejido con hilos de perlas, y Nuestra Señora del Carmen con su

niño de pelo de oro, y la Virgen del Rosario, de la urna, que sonreía dejando ver los dientecitos, y el san José de la sacristía, tan rosado y buen mozo, con su manto de terciopelo color de alelí ! Así debían ser Mariquita trenzas de Oro, la princesa que durmió cien años, o el caballero que conquistó la lágrima del Pájaro Verde...

Pero lo que más le deslumbraba eran los objetos litúrgicos y los ornamentos : el incensario en plata labrada, de cadenas sonoras, las vinajeras con tapitas doradas, la custodia deslumbradora como el mismo sol... Sobre todo, los ornamentos : las capas pluviales de damasco a flores de pedrería, las casullas fúlgidas y rígidas como de vidrio : la morada con franjas de oro, la blanca con un corderito de hilo de plata, la verde, de un verde tan bonito como el de ciertas lagartijas a la siesta. Y las albas albas y frágiles, que parecían de espuma, y las estolas con flecos metálicos, que sonaban... ¡ Ah ! ¿ No serían así el vestido color de luna y el manto color de sol de la Princesa errante ?

Arreglaba el altar del Señor : cambiaba los cirios, sacudía el paño tejido con primor, alineaba los floreros.

... Cierta, había cosas desagradables, siniestras, que daban miedo. Ese gigantesco Cristo en la cruz, con la carne azul de llagas, los ojazos blancos, los cabellos de « muerto », le causaba espanto ; tras la vidriera que lo velaba, parecía un fantasma en el fondo de un pozo. Las misas de difunto, con el ataúd, las colgaduras negras y los responsos interminables, le irritaban los nervios. La visita al cementario, el día de los Santos, no lo molestaba tanto : era siempre agradable ir a los alrededores, sobre todo cuando los árboles verdeguean. Pero el mes de las Ánimas, con

el catafalco, la calavera sobre el paño negro y los aspergüeos de agua bendita, ¡qué siniestro y qué monótono ! ¡ Y qué decir de los ornamentos fúnebres, negros con franjas blancas, y de ese bonete de picos !... ¡ Qué idea la de ese bonete ! Cuando el señor cura se lo ponía, parecía que llevaba la cornamenta del diablo... Pero eso no era nada. La vida es así : en todas las cosas hay una parte sombría, mala, hasta en el amor...

Encantábale la vida eclesiástica. ¡ Y qué contento estaba de ser sacristán ! ¡ Quién hubiera pensado que él, un niño casi y con tan mala fama, iba a llegar allí ! Apenas hacía un año, don Pío, el anciano sacristán, no le permitía ni ayudar la misa. Pero el señor cura lo había mirado siempre con buenos ojos, y, al morir don Pío, le había ofrecido el empleo. « Bellaco, le había dicho (lo recordaba) si te portas bien te mando al seminario. » Él se lo había prometido, y lo cumpliría. ¡ No más travesuras ! Esa noche se confesaría para comulgar en la última misa de los padrecitos...

Subía al presbiterio un niño delgado y pálido, que cojeaba un poco.

Benito alargó el cuello :

— Efraín — murmuró.

El niño volvió la cara, en que los ojos parecían arder.

— ... ¿ Vienes del velorio ?

— Sí.

— ¿ Y traerán el cuerpo esta tarde ?

Pero el niño no oyó : entraba ya en la sacristía.

Había terminado de arreglar el altar. « Si aprovechara un momento para examinarse... »

Se arrodilló en las gradas y apoyó el mentón contra el pecho.

« ¡ Ah, Señor ! No podía negarlo. Había sido malicioso, pícaro, como decía su madre, picaronazo, como decía su abuela, sonriendo... Mocosito todavía, ya le gustaba las chiquillas. Al principio no hacía más que travesear con ellas, pelliscándolas y diciéndoles cosas graciosas para hacerlas reír ; era tan divertido que toda la vecindad gozaba con sus bromas. Pero una tarde, al oscurecer, había hallado a una muchacha en la huerta, y allí, entre las matas de cicuta, la había agarrado y... Desde entonces se había vuelto el mismo Satanás. Apenas pardeaba la noche saltaba las tapias y se acurrucaba detrás de las casas, entre las matas, donde las chicuelas solían venir... Casi siempre lograba lo que quería. Prevenidas o no, las muchachas, enamoraditas ya, se dejaban... Pero, algunas arrancaban, y una había gritado tan fuerte que la vieja había salido y le había dado una paliza... Era el encanto de las chiquillas y el horror de las viejas del arrabal. Su madre lo castigaba. Su hermana escupía al verlo. Sólo su abuela sonreía : « de tal palo tal astilla », murmuraba... »

« Pero esas picardías no le habían traído, fuera de la paliza, mayores daños : su carácter ocurrente le permitía siempre hallar una palabra graciosa para calmar a su madre. Las travesuras que hacía en la escuela sí que le habían costado caro. A causa de ellas, los maestros no lo querían : el preceptor lo convenía no más, pero el ayudante no lo podía ver. Y él, también, no podía sentir a aquel viejo barba de chivato... Después de la recreación, se quedaba a veces afuera, con otros niños, escondido en la casita que había al fondo del patio. Allí travesaba a su gusto con los compañeros y fumaba sin temor. En el tiempo de frutas, se pasaba a la casa vecina

para robar uvas; doña Chabela, la propietaria, vieja avara que, decían, tenía la plata enterrada, estaba entonces en el campo. ¡Qué comilonas de uvas se daba con sus amigos! Pero un buen día, cuando estaba subiéndose a la tapia, había sentido que lo tiraban por un pie. ¡Y cual no había sido su sorpresa al ver ante él al terrible Barba de Chivato, el «guante» en alto! Había querido entonces enmendarla con una de las palabras graciosas que tenía siempre en la punta de la lengua, pero ya el ayudante lo envolvía a azotes con su terrible «guante» de cáñamo. Sin permitirle hablar, lo arrastraba a la puerta, gritando furioso: «¡Expulsado, expulsado!» Y no había remedio. Aún cuando su madre le había rogado lloriqueando, el Barba pícaro no había querido volver a admitirlo en la escuela... Su pobre madre estaba desconsolada; decía que el «patrón» no lo perdonaría y no le prestaría auxilio en la vida.»

«¡El patrón! Don Pablo Benavides. Era su padre. Él no lo conocía, pero por su abuela tenía noticias suyas. Era un caballero, un caballero muy rico, de mucha fama, que vivía en la ciudad. Cuando mozo, había estado de novio con la hija del general que le peleaba el mando al presidente, y, la víspera del casamiento, la novia había muerto de repente... Entonces él, poniendo el retrato de la muerta a la cabecera de su cama, había prometido no casarse jamás. Pero como era enamorado y tan buen mozo y tan rico, las niñas lo rodeaban. Había tenido, pues, mozas y más mozas, aquí y allá, y en cada una un sartal de «guachos». ¿Cuántas mozas? Los murmuradores habían perdido la cuenta. En el pueblo, donde era gobernador, había tenido varias... ¿Cómo iban a hacerse de rogar las pobres, cuando ni las señoritas

de la ciudad le resistían? Él era generoso : auxiliaba a sus « niñas », y a los chicos, cuando crecían, los colocaba bien. A Mario, el mayor de los que había tenido en el pueblo, le había dado uno de sus haciendas. Y Mario, trabajando, en poco tiempo se había hecho rico. Él, Benito, lo había visto una vez, cuando estaba de novio con doña Luchita Ramirez, muy elegante, con poncho de vicuña, en un caballo alezán, soberbio. A su hermano de madre, Justo, lo había colocado en la ciudad, en un almacén por mayor. A él no lo auxiliaría ; su madre había sabido que no le perdonaba que lo hubieran echado de la escuela ; no lo colocaría... ¡ Bueno ! Él sólo se haría hombre : merecería lo que el señor cura le había prometido. ¡ No más travesuras ! Estaba resuelto... »

Alzó el mentón. Alguien le oprimía el hombro.

— ¡ Benito ! ¿ Dónde está la escala chica ? La Mercedes la pide...

Era un niño de familia rica, reconocible por la cara clara y el trajecillo de paño fino : Juan de la Cruz Herrera, que ayudaba la misa los domingos, y que desde el comienzo de la misión, no salía de la iglesia.

— Está quebrada — replicó el muchacho — la llevé al patio para componerla.

Y poniéndose en pie, se dirigió a la sacristía. Se deslizó entre los grupos de guasos arrodillados en torno del anciano cura que, sentado contra la pared, confesaba, agitado por la fatiga y el calor. Se inclinó ante el pequeño altar en que san José, fresco como una rosa, se arrebujaba en su manto bordado de abalorios, y se hundió en las tinieblas del trascoro. Volvió en seguida, trayendo un cerrucho y un martillo.

II

Seguido del niño, el chusco sacristán ganó un espacio vacío, al costado de la iglesia, sumido en una sombra perpetua y lleno de cosas viejas del culto, arrumbadas : fragmentos de altares improvisados, restos de colgaduras de luto, candelabros orinecidos, y, en apilamiento enorme, ramas y flores secas o marchitas.

A pesar del calor y la luz de la tarde primaveral, había allí una frescura húmeda de cripta, un relente insípido de cementerio. Sobre la tapia, que separaba la escuela de niña, algunos árboles rozagantes se asomaban como por sarcasmo, cargados de sus frutos y del oro del día.

Benito consideró un minuto la escala afirmada contra la pared : tenía el primer travesaño roto. Después se dió a hurgar en un rumbero de maderos grises, carcomidos de caducidad, abandonados al pie del campanario. Al alzar una tabla, un gato negro, rutilante, salió corriendo, trepó de un salto la tapia divisoria y desapareció como un relámpago.

— ¡ Diantre ! — exclamó el muchacho, irguiéndose con la tabla en las manos. — Hay un tropel. En la noche forman una zalagarda... Y nadie sabe de donde vienen.

— Son gatos alzados — observó el niño. — En la bodega de mí papá hay muchos.

— Son el Diantre. Todos son negros. Y a los gatos negros, cuando uno les pasa la mano por el lomo, ¿no les salen chispas?... El Diantre, que ronda la iglesia, rabioso.

Y el niño, muy serio :

— Mi mamá dice que el demonio toma, a veces, la forma de los animales...

Benito había cortado la tabla y la clavaba en la escala. De pronto se quedó con el martillo en el aire. Creía haber oído un gruñido sordo, especial, que venía de arriba.

— ¡ La lechuza ! — exclamó.

Y reculando algunos pasos, se puso a mirar hacia el campanario, ansiosamente.

— Esa sí que es el mismo Diantre. El señor cura me ha dicho que, si la pilló en la iglesia, le dé con lo que halle... Se entra para tomarse el aceite de las lámparas, como las brujas. Una vez la encontré en la sacristía encima del catafalco.

— Peta, la cocinera — interrumpió el niño — dice que son pájaros de mal agüero; cuenta que cuando entran en una casa...

— ... En el día se esconde en lo más alto del campanario. Pero en la noche ¡ Señor de mi alma ! revolotea como loca, dando unos aullidos... Una noche que salí a encender el incensario, pasó de repente sobre mi cabeza con tanto viento que las brasas se pusieron a arder... Algunas vez la he de pillar y...

De la escuela llegó un tumulto de voces cristalinas.

Olvidando el odiado pajarraco, Benito se abalanzó contra la tapia, y pegando el ojo a un agujero entre los adobes, se dió a mirar.

— ¡ La Rosita, la Juanita !... — murmuraba, mordiendo la risa, y sus miembros se agitaban nervio-

samente, como estremecidos por la presión del regocijo sofocado.

El niño se puso escarlata hasta las orejas, y, resonando entre dientes, se dirigió a la sacristía.

Benito lo siguió con la mirada.

— ¡ Marica ! — murmuró. — A su edad yo...

Las voces se apagaban : las niñas salían.

Golpeó el último clavo, y, la escala al hombro, entró en la sacristía. Junto a la puerta, Juan de la Cruz esperaba, rojo aún, comiéndose las uñas.

Dióle Benito la escala y se dirigió al trascoro. El anciano cura le hizo señal de acercarse, y, avanzando el rostro moquetado :

— Anda a casa de doña Dolorcitas — le dijo con su voz plena de sordo. — Dile que he sentido en el alma la muerte de don Pepe, que ya lo he encomendado a Nuestro Señor, y que recibí el recado que me mandó con Efraín, pero que valdría más que no trajeran el cuerpo hasta mañana, porque esta noche... Después pasa a mi casa...

El muchacho se inclinó, respetuoso, cogió su sombrero y salió volando. En el presbiterio se dió de narices con Merceditas Ramírez, afanada.

— ¿ Manda algo ? Voy para arriba.

— Dile a la Humilde que necesito otro ramo de nardos.

Asintió el muchacho, sonriente. « Le agradaba ir a la casa de las señoritas Ramírez. Luchita lo trataba con una dulzura... ¿ No era él hermano de don Mario ? Y Clorinda, la chinita preciosa, lo miraba de un modo... ¡ Ah, Clorinda ! »

Se estremeció. Pasaba ante el siniestro Cristo, que parecía mirarle airado con sus ojos terribles. « ¡ Se

ñorcito ! ¿Qué pensaba? ¿Estaba loco? No, no más travesuras. ¡ Señorcito ! Aquella misma noche se confesaría para comulgar... »

Se abría paso como podía, entre los grupos de mujeres arrodilladas ; algunas oraban a media voz, otras cuchicheaban o bostezaban silenciosas ; esperaban su turno para confesarse, la mayoría con el padre Ureta : era « tan suave » ; algunas fanáticas con el padre Soto : era « tan recto... »

Sonrió. En la nave lateral, una vieja larga y seca, como la vela de la adivinanza, toda de blanco, se arrastraba de rodillas, los brazos en cruz, deteniéndose ante cada cuadro de la Vía Crucis, e inclinándose en una serie de saluciones exageradas, fantásticas. Entre la sombra del manto se divisaba su cara aguda, piel y hueso, en que los ojos brillaban como brasas. ¡ Doña María del Blanco ! Vieja semiloca, que afirmaba que los santos la llamaban y que trataba de facineroso a todo quien sonreía al oírla, así fuera el gobernador... Vivía en la única casita del Alto de la Cruz. No comía más que un huevo por día, el que ponía la gallina que la acompañaba. Y se pasaba la vida en la iglesia, « visitando » a los santos. El señor cura había dado orden de que no la molestaran... ¡ Doña María del Blanco ! Nadie le conocía otro nombre en el pueblo...

Miró, al pasar, la Virgen del Rosario resplandeciente con su traje de brocado cambiante, en su gran urna colocada sobre una mesa a guisa de altar. Le gustaba aquella Virgen graciosa como una muchacha, tanto más ahora con la corona de plata, cuajada de piedras finas, que le había ofrecido la señora de don José Manuel Herrera. Ante la mesa, una viejita menuda y nerviosa como un pájaro, se agitaba arreglando los

vasos de flores. « Doña Jobita. Señorita más buena, y cómo cuidaba su altar... »

Al primer soplo de la brisa vespertina, la plaza palpitaba regocijada. Las grandes acacias de las avenidas, las flores desbordantes de los jardines y hasta el monumento en mármol del héroe nacional, parecían expandirse jubilosamente ; flotaba en el aire como una explosión de suspiros perfumados. En la quietud se oían nítidamente el ruido de los surtidores de la pila central, y las risas de los mozos y las muchachas que llenaban sus cántaros o colmaban sus pipas en el pilón de la avenida. Sobre las cimas de los árboles ardían aún amarillos cálidos.

En la calle principal, con sus acacias enanas acribilladas de flores rosas, había ya cierta animación. Las señoritas empezaban a salir a la puerta. ¡ Salir a la puerta! En los pueblos pequeños, de casas bajas, es el salir al balcón de las ciudades. Ésto es, el placer de respirar, contemplar el cielo y mirar a las gentes que pasan. Placer favorito de las mujeres en todos los países donde el clima es dulce.

En la puerta blanca de la casa de don Fernando López, las niñas en grupo, con sus vestidos claros, formaban como un ramillete de flores vivas. Ante la tienda de don José Manuel Herrera, el empleado, la nariz al aire, las manos en los bolsillos, hablaba a un hombrezuelo cano y rubicundo, con un gran rollo de papeles bajo el brazo : Tarrito de Unto, el receptor.

Benito saludó, al pasar.

— ¡ Ah, el gallito ! — exclamó el mozo riente, y, deteniendo al muchacho por las solapas : — ¿ Conque se ha vuelto gallo de beatas ?

Y Benito, socarrón, escapando :

— ¡ Qué, señor ! Si todas son viejas y feas...

Mas allá, en la puerta de don Clemente Hernández, las niñas mayores, famosas por su belleza, charlaban con un caballero tan distinguido cuanto elegante, de perilla roja y chaqué gris torcaz. « Don Julio Pardo, el forastero. » Benito lo miró, maravillado.

En la esquina de las « niñas » Herrera, Zelmira y Rosario cuchicheaban mirando a las gentes con avidez. Empero, las personas que pasaban eran escasas : algunas señoras de manto, que volvían de la iglesia, algún mozalbete que espiaba a la novia y, por el centro de la calle, Bartolito el tonto, empujando su pipa azul.

Tomó el muchacho la próxima calle transversal, lindada de tapias albeantes, y pronto se detuvo ante una vieja puerta cerrada. El día anterior había venido allí, acompañando al cura que traía el Viático ; revestido de roquete, sostenía con una mano la sombrilla escarlata de ritual, mientras con la otra hacía vibrar la campanilla de cobre. Empujó el batiante. Llegáronle sonzonete de oraciones y resonancia de charla a media voz.

Entró sin ruido en el patio todo verde de hojas, con grandes matas de hortencia de flores multicolores, como de papel pintado. En el corredor se agrupaban numerosas personas de aspecto diferente : mujeres con manto, campesinos de poncho, hombres del pueblo, niños. Los doce hijos, los parientes, los amigos del muerto, que asistían al velatorio. Sentados o en pie contra los pilares, departían con voz apagada, ronca por la vijilia y las libaciones ; casi todos habían pasado allí la noche, velando al finado. Los hombres fumaban escupiendo como judíos, algunos empinaban vasos rojos de vino ; ciertas mujeres masticaban algo,

otras paladeaban copitas de mistela, que la niña de la casa, toda enlutada, servía en ancha bandeja de latón a flores policromas. En la pieza del difunto, mujeres arrodilladas en torno del cadáver, rezaban con acento compungido, cantante, de monotonía obsedente. Por la puerta se veía un pedazo del ataúd forrado de paño negro y dos de los cirios en candeleros, que lo velaban : sus llamas ardían siniestramente en la claridad de la tarde.

Benito hurgaba con la mirada, buscando a la dueña de la casa. Como no la viera, avanzó hacia Melanita que servía. Mas cerróle el paso una señora redonda, vestida de promesa del Carmen, con unas antiparras más prominentes que su naricilla frustrada. Era la amiga pobre de la familia, la que ayuda a coser a la señora y, en los momentos difíciles, toma la dirección de la casa. Dióle el muchacho el recado del señor cura. Doña Cleta, perpleja, buscaba qué contestar, cuando un anciano que había oído el mensaje, interpuso su barba dura, como tallada en madera :

— No, hijito — respondió. — Hay que llevarlo esta misma tarde. De no, la comadre pasaría otra noche en vela. Y la pobre, tan enferma, no puede más. Dile al señor cura que nos haga la gracia...

El muchacho se irguió, displicente. Le sublevaba la idea del muerto en la iglesia aquella noche de tan gran función.

— Es que estamos muy ocupados — replicó — y no hay quien venga para llevarlo.

— No le hace — respondió don Candelario. — Yo buscaré dos mozos entre la gente del velorio.

Benito dió media vuelta. Pero doña Cleta lo cogió por un brazo.

— Mas antes venga a servirse alguna cosita...

Y lo arrastró al comedor. ¡Qué abundancia y qué desorden en la sala forrada de papel claro a racimos azules, ornada de litografías patrióticas, cortadas de periódicos! Sobre la mesa albeante, qué profusión de vituallas y licores: medio pavo fiambre agobiado de albahacas y toronjil, las sobras de una lonja de charqui asado, una fuente de sopaipillas blancas de azúcar, otra de «pícarones» ahogados en arrope, y botellas, y copas y más copas, algunas limpias, otras tintas de vino o mistela.

— ... Este aloncito de pavo... Este pedacito de charqui... esta sopaipilla... estos...

La excelente mujer le ofrecía de cuanto había.

— Señorita, Dios se lo pague.

Y el muchacho en pie, sin servirse de cubierto, lo devoraba todo con rapidez vertiginosa.

— Y este traguito.

— Dios se lo pague.

Y ella, designando un gran cesto posado sobre el suelo:

— Ahora, unas manzanitas...

El muchacho cogió un puñado, se llenó un bolsillo.

-- Sírvase más... Son camuesas.

Se llenó él los otros bolsillos. Y repitiendo su místico agradecimiento, salió mordiendo uno de aquellos frutos perfumados.

Barriga llena, corazón contento, se mezcló a las gentes del patio. ¿Había olvidado su comisión? Se habría dicho que se creía asistente al velatorio. En un corrillo, un viejo morrudo, ojos entelados, de aspecto perruno, hablaba con voz vinosa y gestos exagerados. Prestó el oído. «¿Qué contaría don Pedro el Cruel?»

—... Yo esperaba la desgracia. Tres noches seguidas,

al pasar, encontré la lechuza revoloteando sobre la casa... La lechuza *ve* a la Muerte... y la sigue. Cuando se aposenta en una casa es porque la Pelada ronda por ahí... ¡Pájaro de mal agüero !...

— Dicen que es la Muerte misma — interrumpió una viejecilla boquisumida, sorbiendo su mistela — la Muerte que se vuelve pájaro para dar más bien el golpe...

— ¡ Y no lo yerra nunca ! — replicó el viejo, golpeándose una rodilla. — Contaba el finado mi padre que, de mozo, fué una vez a un casorio muy sonado. Después de la comida, cuando estaban en la cuadra, en lo mejor del baile, sintieron afuera una zalagarda de gritos y carreras : los medianos habían hallado una lechuza y la perseguían a peñascazos. El avechucho volaba desatinado, dándose contra las paredes. Se metió al corredor y, buscando la escuridad, se coló en la cuadra y fué a pararse en una viga ; ahí se quedó sosegadita, tiesa, como si se hubiese vuelto piedra. Las gentes, alborotadas, se pusieron entonces a tirarle con lo que hallaban a mano, pero aunque no estaba muy alta, nadie podía darle... ¡ Caray ! El finado que tenía fama de cazador de leones, agarró una manzana y le hizo la puntería... ¡ Caray ! Decía que le había dado medio a medio. Pero la *bala* había pasado sin topar al pajarraco. como si hubiera sido de ñebla.

Se había hecho un silencio pesado, en que la voz ronca del viejo sonaba siniestramente.

—... Las gentes, cansadas, no hicieron más caso : siguieron cantando y bailando qué se las pelaban. ¡ Quién iba a morirse en la casa ! Los viejos eran verdes todavía, y los niños frescos como lechugas... Y la lechuza siguió plantada en la viga, hasta que cerró

la noche y pudo fuir... Bueno. De alba, cuando la fiesta comenzaba a desanimarse, oyeron en el cuarto de los novios que habían conseguido escabullirse temprano, una zalagarda de llantos y gritos. La chiqueta salía en justán, llorando como una Madalena: el novio, que era mozo y firme como un horecón, había amanecido tieso...

Benito se había quedado a media mascada: « ¡ Ave María ! ¡ Pájaro condenado ! ¿ A quién le anunciaría la muerte en la iglesia...? »

— Ya he hallado los mozos : van a ir luego...

Don Candelario le hablaba, casi rozándole la nariz con su barba de santo de talla.

III

Salió trotando. ¡ Qué fresco el airecito ! ¡ Qué bonito el cielo !

— Laralá, laralá, laralá...

Al ganar la calle principal notó ante la puerta de las Ramírez, un caballo alazán, maneado. Lo reconoció. Era el del mayordomo de don Mario : « Habría venido el hombre con regalos para las señoritas... Don Mario llenaba de regalos a la familia de su antigua novia, aún cuando sabía que no podía casarse... ¡ No podía ! El patrón se oponía. Cuando había sabido el noviasgo, le había dicho que si se casaba, le quitaba la hacienda que le tenía prestada. Y Mario no había vuelto más al pueblo. Pero mandaba de continuo a las Ramírez lo mejorcito de sus cosechas. Así mantenía las buenas relaciones. Decían que, a pesar de los años que habían corrido, los dos novios seguían fieles. Fieles y resignados. Porque no podrían casarse jamás. El patrón había puesto en su testamento que, si el mozo se casaba, perdería el fundo... ¡ Bueno ! Él, Benito, no tendría nada, pero podría casarse cuando quisiera... »

En el zaguán se topó con el mayordomo que salía pisando con precaución para no hacer sonar las espuelas.

Entró en el patio lleno de camelias arborescentes, que ostentaban su fronda pomposa acribillada de corolas blancas o carmesíes, rígidas, como de porcelana.

En el corredor, las dos señoritas ya maduras estaban sentadas sobre el escaño, ante una caja de madera repleta de fresas y guindas entre hojas de parra. Luchita, regordetilla y sonrosada, tejía ensimismada, los labios crespos por sonrisa triste, la mirada vaga ausente. Humilde, morena y feucha pero de expresión agradable, hurgaba en la caja ubérrima, llenando de cerezas un frutero de loza, que sostenía sobre la falda.

— ¡ Bendito sea Dios ! — murmuraba aspirando el perfume aurorino de la fruta nueva.

En la sala, entre la penumbra, la señora pequeña y magra pero fuerte aún a los ochenta años, se erguía inmóvil, toda de negro, la faz inflamada entre los cabellos de algodón. Tras ella se destacaba el retrato fotográfico del coronel Ramírez, muerto heroicamente en la reciente guerra.

— ... ¡ Bendito sea Dios !

Humilde sacaba de la caja un ramo de fresas blancas, enormes, artificiosamente atadas a un pabillo invisible, empenachado de un haz de copihues color de fuego. Sonriente, lo pasó a Luchita. Luchita lo recibió, inalterable, con su misma sonrisa triste, con su mismo mirar ausente. Habríasela tomado por una santa recibiendo la palma del martirio.

Los ojos fijos en la preciosa caja, Benito expuso el recado. Por toda respuesta, Humilde le alargó un puñado de cerezas :

— Para que digas : « gracias a Dios... »

— ... ¡ Señorita !

Y el muchacho se dió a devorar la fruta, como si en el día no hubiera echado bocado.

— ¡Clorinda! — gritó Humilde sin dejarsu bella tarea. Benito se apresuró a engullir.

Se oyó un susurro de enaguas almidonadas, y apareció la muchacha toda rosa, fresca e incitante, como una manzana que empieza a madurar; en su cara llena de hoyuelos, sus ojos azules de puro negros danzaban, jubilosos.

Benito la devoraba con la mirada: « ¡Chiquilla más rica! ¡Cuánto le gustaba! Y ella lo miraba por lo bajo, de un modito... ¡ Ah, si pudiera pillarla un momento sola! Pero ¡ qué esperanza! Las señoritas la cuidaban como a la niña de sus ojos. Y no permitían que él entrara en el segundo patio. Una vez que lo habían invitado a almorzar, le habían servido ahí, en el escaño, sin hacerlo pasar a la cocina... »

De pronto sintió, sin verlos, los ojos de la señora clavados en él. Voló.

La casa del señor cura estaba próxima, en la otra cuadra. Pronto, pues, penetró en el patio sombreado por un naranjo centenario, que conservaba todavía algunos de sus frutos de oro. Echó, al pasar, una mirada respetuosa al escritorio lleno de libracos empastados en cuero, de santos de talla vestidos, de pintura « quiteñas », de grandes pájaros embalsamados.

« ¡ Qué sabido era el señor cura! »

Se asomó al comedor en que había gran ruido de vajilla. La anciana hermana del cura, ayudada de una joven enclenque y sosa, preparaba la mesa con lujo de porcelana y de flores.

— Manda el señor cura que apuren la comida, porque...

— Díceselo a la Rita, por vida tuya ; Juanita y yo estamos tan ocupadas...

Corrió a la cocina. Al verlo, Rita sonrió con toda su caraza de nalga. Sin dar importancia al recado, llenó un plato de cazuela de pavo y se lo pasó. Desde que había empezado la misión le daba de comer temprano para que no cerrara la iglesia.

El muchacho hizo un gesto de excusa. Pero del caldo dorado subía un tufito... Recibió el plato y lo equilibró sobre la balaustrada del corredor balcón. Abajo, en el patio enorme, en pendiente, se extendía el jardín famoso en el pueblo, cerrado de verja pintada de blanco, repleto de flores y arbustos raros o finos : araucarias de ramas rígidas, laureles rosas salpicados de púrpura, jazmines arborescentes, grandes matas de peonía, renúnculos ígneos, y en un rincón misterioso, esa planta siniestra, de hojas anchas, que da un florón negro, pestilente : la flor de la culebra. Y entre los prados simétricos, sobre columnitas estucadas, los relojes de sol tan celebrados. Del follaje vicioso, de las corolas abiertas se alzaba un vaho de perfume denso, casi visible, en el aire cristalino que las golondrinas, con sus vuelos raudos, rayaban de negro.

Masca que masca, Benito miraba embelesado. « ¡ Oh qué sabido era el señor cura ! Él con sus propias manos había hecho ese jardín precioso, como había tallado el Cristo en la cruz de los ojos terribles, como había dirigido la construcción de la iglesia que era la mejor de la provincia. Algunos lo creían brujo : así no más no se hacen cosas maravillosas. Era un santo, comedido con los pobres y con él, Benito, tan generoso... ¡ Ah, él sabría merecer lo que le había prometido ! ¡ No más travesuras !... ¿ Clorinda ? ¡ Jesús, María y José ! Se confesaría, comulgaría... »

Devolvió el plato. Y escusándose de no recibir el segundo ya listo — «se le hacía tarde» — salió escapando.

«... Se le había hecho tarde.» El cielo limpio de las tintas crepusculares, aparecía blanco entre los tejados sombríos. En el aire refrescado se sentía el perfume verde de las arboledas interiores. Por la calzada pasaba un hombre de a caballo, casi invisible bajo su largo poncho : don Samuel Herrera, que volvía del trabajo. Benito lo saludó con el sombrero.

— Adiós, mi amigo, respondió el buen hombre, regocijado. — ¿Sigue visitando a doña Chabela? ¿Son buenas sus uvas? ¿Y su sobrina?...

Contuvo la risa el muchacho. El anciano cura, que volvía de la iglesia, avanzaba inclinado, con su vieja sotana y su fieltro campesino, entre los misioneros dominicanos, soberbios en sus hábitos bicolores.

Apretó el paso, la nariz a tierra.

En la puerta de la iglesia, Efraín lo esperaba. Repri-
miendo un gesto de disgusto, entró seguido del mu-
chacho y se apresuró a abrir la sacristía de la izquierda,
siempre cerrada. Cámara siniestra como una tumba,
en que se guardaban las cosas fúnebres del culto :
el catafalco, las colgaduras negras para los grandes
funerales, los velos morados que cubrían los altares
en la semana santa, la calavera que servía en el mes
de las Ánimas...

Entraron temblando; sacaron una mesa cubierta
de un paño negro, cuatro candelabros de madera con
sendos velones, y fueron a colocar todo al centro de
la nave mayor, en donde debían poner el muerto.
Después, Benito subió corriendo por la escala en
caracol del coro. «Era la hora de tocar las cam-

panas. » Y ganó de un salto la escalerilla del campanario.

Arriba hablaban. Cabe las campanas quietas, como dormidas, Juan de la Cruz conversaba con un mozo flaco y anguloso, de aspecto grotesco : parecía una de esas figuras extravagantes, que los niños tallan en madera. El Muñeco. ¡ Cuán justo el apodo ! Postillón de la línea de coches que iba a la ciudad, solía venir a ayudar a tocar las campanas para tener ocasión de ver a Benito, manteniendo así una amistad de que estaba orgulloso. Benito lo miraba con ese menosprecio apiadado que inspiran los seres ridículos y buenos. Lo saludó con sonrisa ambigua. Y sin perder tiempo, cogió el badajo de la Grande; el Muñeco tomó el de la Chica. Comenzaron el toque tradicional, espaciado, solemne :

— ¡ Brrron !... ¡ Brrron !... ¡ Brrron !...

Los sones partían lentos, pesados, como grandes pájaros, y se perdían poco a poco en la oquedad del horizonte. Dentro del campanario quedaba una resonancia sorda, latente, que permitía sin embargo charlar.

— ¿ Y que nuevas trae de la ciudad ?

— Nos tocó la feria, era sábado. ¡ Qué gentío, Señor de mi alma, y qué alboroto ! La plaza estaba llena de vendedores : talabarteros que ofrecían espuelas de plata, « faltés » que vendían fajas de seda pura, montañeses de bonete, que ofrecían ponchos superiores. Y las gentes como hormigas...

— ... ¡ Brrron !... ¡ Brrron !... ¡ Brrron !...

— ... Y en la noche, ¡ Señor !, en los « cuartos verdes », la fiesta que tronaba ; se asomaban chicuelas blancas y compuestas como señoritas...

— ... ¡ Brrron !... ¡ Brrron !... ¡ Brrron !...

— ¿ Y usted no entró ?

- No me animé.
- ... ¡Brrron !... ¡Brrron !...
- Yo me animaría.
- ... ¡Brrron !

Dejaron de tocar. El Muñeco buscó con los ojos al niño : había desaparecido. Sonrió. Descendió. Benito se quedó anudando la correa del badajo, aflojada. Estaba nervioso : la cara le ardía, las rodillas le temblaban. Lo que acababa de oír le había inflamado más que la vista de Clorinda. Se asomó al ventanillo, sofocado.

Moria la luz. El cielo se había tornado de una lividez verde, cadavérica. En los cerros que mordían el horizonte, el fulgor crespucular palidecía desesperadamente ; sólo en la cumbre azul del Huillén quedaba vapores calientes, violáceos. Hacia el cenit, una estrellita muy tenue tiritaba. En la atmósfera de frescura deliciosa, gravitaba un silencio de muerte. Sobre la plaza, la noche empezaba a cerner su ceniza azulina, imponderable.

Por la calzada venía un carretón de familia, borrado de penumbra ; detrás, un hombre a caballo seguía el paso grave de los bueyes. « Gentes que vendrían al entierro, tal vez. » Por el lado opuesto, los dos mozos del velatorio, con su fúnebre carga, se aproximaban lentamente, sin el menor acompañamiento, ni siquiera de curiosos : a aquella hora de la cena, no había ni perros en la calle.

Benito esbozó un ademán de disgusto, de rebeldía, de encono casi. Suspiró hacia la estrellita ya luminosa.

« ¡ Ah ! ¡ Si no hubiera funerales, confesiones, trapos negros, terrores... y las gentes pasaran la vida tranquilas, queriendo, gozando, sin hacerse mal, sin meterse

miedo!...» Y por un segundo tuvo la intuición (¡oh, muy vaga, pero tan penetrante!) de una vida más libre, más sonriente, más buena.

— Cecilia — murmuró enternecido, acordándose de repente de aquella dulce muchacha a quien había perseguido tanto.

« ¡ Pobrecita ! Decían que había desaparecido. ¿Qué sería de ella? Acaso el borracho de su padre la habría matado... »

Sobresaltado, miró hacia lo alto del campanario. Había oído un graznido mordiente, como el grito de una rata. ¿La lechuza? ¡La lechuza! Allí estaba la maldita, encaramada contra la cúpula, blanca, inmóvil, inexorable, como la Muerte : sus ojazos rojos, inánimes lo miraban de hito en hito... Espeluznado, como si hubiera pisado una zabadija, se frotó las manos :

— ¡ Ah, condenada, ahora vas a ver !

Vivamente, sacó del bolsillo una manzana y, echando el brazo atrás, la tiró con fuerza contra el pájaro inmóvil, pero a pesar de que estaba tan próximo, no lo tocó ; la lechuza, como desdeñosa, ni movió los párpados. Despechado, sacó otra manzana ; la tiró airadamente. Igual fracaso, y el pajarraco permaneció imperturbable. Tiró otra, y otra y otra. La misma cosa : pasaban rozando al pájaro-fantasma pero no le daban ; rebotaban contra la cúpula y caían rodando a los pies del muchacho impotente. Y la lechuza continuaba inmutable. « Se burlaba, no había duda... » Y el muchacho lívido, sudoroso, seguía tirándole. Como se le agotaran los proyectiles, recogía los que caían y volvía a arrojarlos, ensañado, vertiginoso. Súbito, al inclinarse, topó el bolo de hierro que le servía para repicar. Lo apuño, y apuntando con cuidado lo lanzó furiosamente.

« ¿No le había dado en el medio de la pechuga? ; Le había dado! » Y la maldita continuaba erguida, inviolable. « ; Ave María! »

No pudo más. Descabellado, sacudido de terror, descendió a zancadas, como si la Muerte misma, la guadaña en alto lo persiguiera.

IV

En la iglesia, los niños habían encendido algunas luces que ardían en la penumbra, como piras lejanas. Al centro de la nave mayor, negra ya de mujeres arrodilladas, se hinchaba el bulto siniestro del ataúd entre los cuatro cirios llameantes. Don Bruno, el viejo ayudante del cura, rezaba como de costumbre, el rosario ; su voz espesa dirigía imperiosamente ; contestaba, sumisa, la voz unánime de las mujeres.

Serenado, Benito se dió a ejecutar, atento, diligente, sus numerosos quehaceres en aquella noche de gran función. A encender todas las luces : ayudado por los niños, regaba los altares y las columnas de salpicaduras de fuego. A prender el incensario : cruzando y recruzando la sacristía, lo balanceaba con gran ruido de chispas y cadenillas. A revestir al señor cura : pasábale los ornamentos, el alba, la estola, la capa de coro, y le ayudaba a ajustárselos. A aprestar a los cofrades de la Esclavonía : les ponía las esclavinas, les daba los velones encendidos. A ayudar a descubrir el Santísimo : respondía a los latines del señor cura, balanzeando el incensario humeante de perfume, agitando la campanilla : « ¡ Trrrin, trrrin, trrrin !... »

... En fin ¡ ah ! podía respirar tranquilo, así, arro-

dillado delante de Nuestro Amo, recogido con toda humildad.

En la iglesia se había hecho un silencio compacto, apenas raspado por toces vagas. El padre Ureta subía al púlpito. Empezó a hablar suavemente, pausadamente. Recomendaba el arrepentimiento, la contrición perfecta, la vida virtuosa, la perseverancia, meloso, untuoso, jesuítico : « ... Así serían felices en esta vida, y, cuando el Señor les diera el bien de la muerte, volarían al cielo, como palomitas... » Y su voz sonaba lánguida, halagadora. Las gentes escuchaban satisfechas, casi divertidas, agitadas por momentos de risa sofocada. « El padrecito era tan gracioso... »

Prosternado, la mano sobre el pecho, Benito se dejaba penetrar por las dulces palabras ; esforzándose por no pensar, por no recordar, se abandonaba a aquella suave impresión de bienaventuranza. En la conciencia vaga de haber cometido horrible pecado, se inclinaba hipócritamente, esperando poder engañar tal vez a un Dios tan benévolo.

El trueno lírico del armonium se expandió en la hoquedad de las naves, solemne, tumultuoso, largo. Y la voz de Merceditas subió, rompiente :

Ven a nuestras almas,
¡ Oh Espíritu Santo !
Envíanos del cielo,
De tu luz un rayo...

Era la antigua salutación del monje santo, traducida del latín místico ; la palabra celeste, la voz misma de los ángeles en el empíreo.

« ¡ Oh, dulzura ! » Benito sentía que el corazón se le deshacía en el pecho, que los ojos se le llenaban de agua...

De pronto se hizo un silencio sofocante como de augurio de tormenta. El padre Soto erguía en el púlpito su talla gigantesca, alto el rostro tosco como el de un mulato, fiero como el de un inquisidor. Murmuraba latines, que luego traducía.

Un vago estremecimiento recorrió la asistencia : « ¡ El Infierno ! Iba a predicar sobre el infierno. »

Su acento áspero se arrastró un instante solapadamente, luego fué alzándose, alzándose, después estalló como una borrasca. Rememoraba la rebelión de Luzbel y los ángeles secuaces, pervertidos por la soberbia. « ... ¡ Nadie como yo !, osó decir Luzbel. ¡ Nadie como Dios !, contestó el Arcángel, y con su espada de fuego lo precipitó en los profundos... » Sus palabras resonaban, tonantes.

Los fieles temblaban ; veían la tremenda escena, tal cual aparece en la vieja estampa famosa : San Miguel con cabellera y piernas femeninas, aplastando al Maldito con cuernos de carnero y cola verde de culebrón.

Un estruendo subitáneo hizo saltar sobre sus rodillas a todas las gentes. El reverendo había dado un puñetazo sobre el reborde de la cátedra. Empezaba a describir el infierno y sus penas, según la visión de santa Francisca Romana, exajerada por la imaginación criolla : « ... ¡ Es el fuego eterno, la sombra eterna, la pena eterna !... » Y sus palabras eran gritos acentuados por puñetazos furibundos.

Las gentes escuchaban sobrecogidas de espanto.

— ... Demonios horripilantes, zabadijas asquerosas, culebras, basiliscos, escorpiones martirizan a los réprobos, eternamente : los cortan en pedazos, los echan en pailas hirvientes, los muerden, los estrujan, los arañan eternamente...

Algunas mujeres comenzaban a gimotear :

— ¡ Hi, hi, hi !...

Enardecido por tal éxito, el predicador acentuó los gritos, multiplicó los golpes.

— ... Y a cada condenado le dan un suplicio especial, a cada pecado una pena propia. A los blasfemos les queman la boca, les rompen los dientes y, con tenazas inflamadas, les arrancan la lengua maldita. A los borrachos, a los golosos les dan a comer platos de inmundicias, los obligan a tomar cántaros de plomo derretido. A los que han pecado de impureza... ¡ Oh, el pecado inmundo, el más odioso al Señor !... A los que han pecado de impureza los tienden en camas de fuego. ¿ No les gustaba acostarse en lechos de rosas ? ¡ Acuéstense ahora ! Les dan por compañeros monstruos horribles. ¿ No les deleitaba abrazar la carne de pecado ? ¡ Abrazen ahora !...

— ¡ Hi, hi, hi, hi !...

Las mujeres todas, contagiadas, lloraban a grito herido. Y el fraile, implacable, seguía gritando y gesticulando.

Había comentado ya los textos místicos. Ahora se dirigía a los feligreses. Y el habitual vocativo : « ¡ hermanos míos ! », parecía en sus labios una ironía : no era el buen hermano que exorta, era el juez inflexible que condena.

— ¡ Hermanos míos ! Considerad el abismo que os aguarda, mirad las penas que os esperan, ved el castigo que os reclama...

— ¡ Hi, hi, hi, hi !...

— Vuestras impudicias avergüenzan al cielo, vuestras maldades claman castigo...

Vibró un grito extraño, de demencia : una mujer se desmayaba. Se hizo, en torno, un pequeño tumulto.

Empero, el rígido fraile continuaba imperturbable. Se habría dicho que se placía en producir el dolor, que gozaba en contemplar el pánico. Parecía agitado por una voluptuosidad terrible. Era el digno sucesor del inquisidor castellano, que atizaba la hoguera humana cantando preces.

— ¡Avarientos, falsarios, amancebados, perdidos!... ¡La medida está colmada! ¡El cielo tiembla! ¡La Cólera Divina va a descargar su golpe tremendo!...

— ¡Hi, hi, hi, hi, hi!...

— ¿Lloráis, os lamentáis? ¡Eso no basta!... ¡Penitencia! ¡Haced penitencia! Hundid el rostro en el polvo, golpeaos el pecho con piedras, flajelaos la carne maldita con varas de fierro... ¡Mortificaos, martirizaos!...

— ¡Hi, hi, hi!... ¡Misericordia! ¡Misericordia!...

Y llorando, las gentes exhalaban a gritos su pánico:

— ¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Virgen Santísima, socórrenos!...

Al clamor delirante se mezclaban, de momento en momento, gritos incensatos de mujeres que se desmayaban.

Y el reverendo proseguía, implacable:

— ¡Penitencia! Después ya no será tiempo. La muerte vendrá como un ladrón. Ved a ese pobre pecador inmóvil en su ataúd... ¡No será tiempo! En vano os lamentaréis, en vano maldeciréis la hora en que nacisteis! ¡La Justicia Divina será inexorable!...

— ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Hi, hi, hi!...

Doblado, empapado en lágrimas, Benito se golpeaba el pecho, dando diente contra diente: « ¡Señor mío Jesucristo! ¡Señor mío!... Él era un pecador, un pecador asqueroso. Pero era un niño, un niño todavía. Y ¿no servía en la iglesia?... Se enmendaría, se morti-

ficaría, se azotaría sin piedad. ¡ Señor mío ! ¡ Señor mío Jesucristo ! »

Y el fraile, en un grito descomunal, puntuado de estruendoso puñetazo :

— ¡ Fuego eterno, sombra eterna, pena eterna, por los siglos de los siglos !

Hacia rato que el terrible padre había descendido del púlpito, estremeciendo la escalera, que el Santísimo había sido cubierto con gran ruido de campanilla, y las gentes seguían prosternadas, llorando, gimo-teando. Vibró entonces la voz tranquila de don Bruno dominadora :

— Habrá disciplina de hombres ; los que deseen hacer penitencia pueden quedarse.

Como despertadas de una pesadilla, las mujeres se callaron, se levantaron, salieron.

Pronto la nave mayor quedó vacía, silenciosa. En las laterales, numerosos hombres, casi todos campesinos ingenuos, permanecían quietos, como idiotizados de terror.

Benito se precipitó a apagar las luces. Efraín cerró las puertas con estrépito.

En la tiniebla, que sólo picaban de oro la lámpara del Santísimo y los cuatro velones del muerto, volvió a oirse la voz cortante del padre Soto, recitando las preces. Luego, el trueno del armonium se alargó en lo invisible. Y el acento agudo de Merceditas, acompañado de la voz sorda de don Bruno, se desarrolló dolientemente :

¡ Perdón, oh, Dios mío !
¡ Perdón e indulgencia !...

Un tableteo formidable, multiplicado por el eco, llenó la iglesia, Se habría creído oír una granizada de

borrasca sobre la tierra dura, o un oleaje de tempestad contra un arrecife. En la sombra, los penitentes desnudos de medio cuerpo, se flagelaban con sus cinturones de cuero ; se azotaban los lomos, furibundos, dementes, cuidando sin embargo de no tocar al vecino, temerosos de la bofetada del Malo. ¿No contaban que unos mozos, que quisieron divertirse azotando a los otros, recibieron en plena cara el golpe de una mano ardiente, peluda?...

En el presbiterio, Benito se flagelaba sin piedad. Cosa extraña, no sentía más que un ardor, un gran ardor. Él quería mortificarse. Tomó, pues, el cinturón por el lado de los ojales, y empezó a golpearse con el de la hebilla. Una cosa caliente le corrió por el dorso. Se estremeció : « ¡ Señor mío Jesucristo !... » Era un dolor dulce, terriblemente dulce, algo como lo que sintiera cuando, entre las matas de cicuta... « ¡ Señor mío !... ¡ Cuerpo maldito, toma, toma !... » Y se azotaba como poseído del frenesí místico.

Súbitamente, el armonium calló, las voces se apagaron. El tableteo se calmó, se extinguió. El acento del fraile se perdió, gangoso.

Se encendieron algunas luces. Se abrieron las puertas.

Poco después, en la iglesia solitaria sólo se veían unas cuantas sombras sobre el presbiterio. Los acólitos volvían a apagar las luces. Merceditas cambiaba el agua a los nardos del altar mayor.

Benito se perdió en la sacristía, en busca de las llaves. Cuando volvió, la iglesia estaba sola y sin más luces que la chispa de la lámpara del Santísimo y las llamitas de los blandones que velaban al muerto. Sobrecogido de extraño terror, descendió las gradas del comulgatorio, precipitadamente.

Por la nave mayor avanzaba un bulto. Benito dió un salto... Una mujer, una niña. ¡Clorinda! Benito se precipitó a su encuentro.

— ¿La Señorita Merceditas? — murmuró la chica.
— ¿Está la señorita?...

¿Fué impulsión de locura o inspiración del Demonio?

Sin contestarle, el muchacho la estrechó en sus brazos nerviosos, y la empujó contra una columna en que rojeaban salpicaduras de sangre fresca.

Tomada de sorpresa, Clorinda no pudo huir; asida por los brazos, se defendía débilmente:

— ¡Benito, por Dios! ¿Se ha vuelto loco?...

Mas el muchacho le cerró la boca con un beso glotón.

— ... ¡Por Dios! Suélteme. ¡Por Diosito!...

Sobresaltado, Benito miró hacia el ataúd. Creía haber oído sacudirse la cubierta. Lanzó un aullido de horror. Un fantasma blanco, un fantasma blanco agitando los brazos, se alzaba del féretro.

Sus dientes castañetearon, sus manos cayeron, inertes:

— ¡El muerto, el muerto!

La muchacha lanzó un grito no humano.

Y a una, los dos escaparon corriendo, como enloquecidos. Al salvar la puerta, el fantasma blanco pasó volando sobre sus cabezas, y se perdió en la noche y el misterio.

SÉPTIMO EPISODIO

LAS ÁNIMAS

I

Caía la siesta. Un débil soplo de frescura se expandía a través del patio vetusto, abrasado de sol, con los corredores morados de sombra, golpeando en vano las hojas rígidas de los naranjos erguidos al centro, estremeciendo apenas el follaje denso del emparrado que corría a lo largo del alero, sacudiendo un poco las plantas arborescentes que se alzaban al fondo, contra la tapia de tierra gris: malvas reales de corolas congestionadas, rosales manchados de flores color de vino, girasoles semejantes a estrellas recortadas en papel de oro. El cielo palidecido por la reverberación, reasumía poco a poco su rubor azul, en tanto que los enjambres de moscas ondulantes en el aire, bajaban sensiblemente el diapasón de su bordoneo.

Ante la puerta de la cocina, nublada de humo, la cocinera, de buena edad, cobriza y rechotecha, acucillada, con los pechos enormes sobre las rodillas, lavaba trigo sancochado con ceniza, en ancha artesa de madera lustrosa, como petrificada. A su alrededor,

las gallinas y los patos, en libertad, se disputaban los granos arrastrados por el agua vertida, picoteando el suelo mojado, en intermitente cloqueo. Más allá, bajo el emparrado, el perro extendido, estremecía el pelaje pardo, importunado por las moscas voraces.

Trabajaba la mujer sin prisa, pero con destreza, canturreando inconscientemente un aire antiguo, al cual ajustaba coplas disparatadas: apartaba del agua cenicienta el trigo desollado, henchido y brillante, exponiendo a la luz el « mote » precioso.

De momento en momento, alzaba los brazos desnudos para espantar las moscas que le comían los ojos o para apartar las aves tornadas insoportables, con la exclamación habitual:

— ¡ Cho, cho !...

Mas en seguida volvía a la tarea y al cantureo, que se armonizaban a maravilla, como que tenían ritmo idéntico.

Se abrió lentamente una de las puertas del corredor, embadurnadas de azul, y apareció una moza rubia, de ese rubio verdoso del pelo del maíz, restregándose a dos manos los ojos de un azul líquido, como los de ciertos gatos; su cuerpo joven se revelaba palpitante bajo el vestido ligero, de percal claro a florecitas rojas.

Avanzó paso a paso por el corredor, hasta la parte frontera a la cocina, donde se hallaba el escaño formado por un simple tablón con pies.

Alzó la frente la criada, sonriendo de oreja a oreja :

— Calor, señorita.

La joven unió las cejas incoloras, como un niño que se enfurruña :

— ¡ Uf ! Ya no se puede aguantar aquí.

La mujer se echó a reir :

— Le gusta más el campo, a la señorita.

— Claro que me gusta más. Aquí me llevo encerrada, no veo a nadie...

— Y allá — interrumpió la criada — tantas cosas : las carreras los domingos, las trillas, los paseos en carreta y, en la noche, las travesuras a la lunita...

Fijó la mirada en el vacío, como si contemplara la perspectiva halagadora.

— Tengo ganas de ver a mi mamita — murmuró la joven.

— Y tal vez también a los conocidos, al primo...

Turbóse la moza : enrojeció hasta los cabellos.

— ... ¡ Y este año que va a llevar un vestido nuevo tan bonito !

— Es bonito, ¿ no es cierto ? — exclamó la joven reanimada. — ¡ Oh, cuánto me costó para que mi tía Chabela me lo comprara ! Ya lo vas a ver : tiene adornos de seda.

— ¡ De seda ! — repitió la mujer, haciendo desaparecer las pupilas.

Abrióse otra de las puertas del corredor, y salió una anciana alta, vestida de bayeta negra, con el cabello de ese gris frío que toma la madera a la intemperie, peinado en dos largas trenzas. Tras ella surgió una muchachita parda y cabezuda, como una hormiga trayendo el mate y lo necesario para preparar la tisana tradicional. Adelantó la anciana lentamente y se detuvo, a su vez, junto al escaño ; sentóse en una silla de paja contra la pared. La china se acuclilló, ante el brasero, sobre el cual roncaba un cacharro de cobre.

Sonrió la sirvienta al ama, con su buena sonrisa de saludo :

— Mucho calor, señorita.

— Mucho, Nastasia : no he podido dormir la siesta. La joven frunció los labios.

— No se puede aguantar — murmuró.

— ¡ Ah ! — exclamó la criada, riendo. — La señorita Emelina no ve la hora de irse al campo...

Y dando una manotada hacia las gallinas sublevadas :

— ¡ Cho, cho !

— Ya nos iremos — respondió doña Chabela recibiendo el mate que le pasaba la china. — Ya acabaremos de vender el charqui y los orejones...

— ¡ Qué esperanza ! — resongó Emelina, bajando los párpados. — La despensa está llena...

Rió quedo la señora, arrugando toda la cara cetrina.

Tras la tapia del fondo, una cometa purpurina empezó a alzarse en el aire azul, con agudo vibrar. Llegaron voces infantiles, gritos, exclamaciones.

La cocinera sacudió la cabeza.

— Ya están ahí los niños de don José Manuel — balbuceó, sacando el morro. — Toditos los días vienen a la bodega del caballero a travesear : no nos dejan libres. ¡ Ave María !

La china alzó la frente, los ojuelos redondeados. La cometa subía rápidamente, palpitante al tirar del niño invisible que la manejaba.

— ... Ensordecen con sus gritos y, cuando cae un volantín, se encaraman a la tapia y quiebran todas las tejas. ¡ Ave María !

El ama estiró la cara :

— Tengo que quejarme yo misma a don José Manuel.

— Es de valde, señorita.

— ¡ Oh ! — exclamó Emelina que, erguida en medio

del patio, contemplaba la cometa. — Ya se les fué a pique...

La cola enredada en el hilo, la cometa descendía dando vueltas vertiginosas; cayó sobre el techo de la cocina. Se oía la algazara de los niños afligidos.

Doña Chabela, que se había inclinado para mirar por debajo del emparrado, se incorporó estremecida. La china saltó sobre un pie.

— ¡Nastasia! — grietó la vieja.

La cocinera, que no podía ver, corrió al centro del patio, haciendo danzar sus pechos gelatinosos:

— ¡Ave María!

El mozo de don José Manuel, que jugaba con los niños, había trepado a la tapia, y, más diestro que un gato, se encaramaba ya al techo de la cocina.

Presta, Anastasia cogió el primer leño que encontró y lo arrojó contra el atrevido, vociferante:

— ¡Intruso, facineroso!...

El ama, que había salido también al patio, le lanzó una piedra; la china, un cacharro viejo.

— ... ¡Facineroso, hijo de una!...

Durante un segundo, el muchacho se destacó sobre el cielo, entre una granizada de los más diversos proyectiles. Pero el pícaro no vaciló: cogió la cometa y escapó volando.

—... ¡Hijo de una gran perra!

Doña Chabela dejó caer los brazos.

— Ha quebrado todas las tejas — gimoteó, abatida.

Anastasia volvió a su puesto; comprendiendo con su buen sentido de mujer experimentada que no había más que hacer, reanudó su tarea, como si nada hubiera ocurrido.

Empero la anciana, sentada nuevamente, no se consolaba : las tejas estaban cada año más caras.

— ¡ Hasta cuándo ! — exclamó de pronto, recibiendo un segundo mate. — Ésto no puede seguir. Yo mesma iré a hablar con don José Manuel.

— De valde, señorita — replicó la sirvienta, fatalista. — Le pasará lo mismo que me pasó a mí cuando su merced me mandó a hablar con él. « Su señora es muy rica », me dijo riendo. » Así será, pues, señor », le contesté. « Es más rica que todos nosotros, es la más rica del pueblo ». « Así será... » « ¡ Qué van a importarle, entonces, dos o tres tejas quebradas !... » Y no podía más de la risa... Es un caballero desconsiderado, que le gusta bulrrarse de los cristianos.

— Lo conozco bien — replicó la anciana, halagada a pesar de todo — a él y a toda su familia. Mi marido solía prestarle servicios al finado su padre. Era un buen caballero y trabajaba bien ; había venido de la ciudad con negocio. Decían que su familia era muy rica y lo había perdido todo por causa de un testamento falso. Doña Cuchita cuenta todavía el cuento.

— Así será — objetó Anastasia. — Pero don José Manuel parece que estuviera envidioso de su merced... De juro que es la más rica del pueblo ; de juro que tiene las mejores haciendas, y que tiene los graneros llenos y la despensa colmada...

Emelina miró a la más rica del pueblo con respeto, sin pensar ya en su madre pobre.

— No es tanto, Nastasia — dijo la señora con voz quebrada, que ocultaba mal su regocijo. — Tengo algunos reales, tengo algunos terrones. Con el trabajo lo ganamos, y Dios sabe cuánto nos costó. Comenzamos con nada : el finado mi marido, traía cargas en

mulas y yo le ayudaba en lo que podía. A fuerza de ahorrar compramos un terrenito. El pobre se levantaba al canto de las diucas, y él mismo enyugaba los bueyes y él mismo trabajaba; yo aporcaba las chacras y cuidaba el ganado... Benicio no «tomaba» ni salía a las fiestas, yo no me alindaba ni me despiojaba al sol. Sólo una vez al año, por la cuaresma, veníamos al pueblo a cumplir con el santo cura... Así conseguimos ganar lo que tenemos, y el pobrecito se murió sin alcanzar a gozarlo...

«Porque no quiso», pensó Emelina, bajando los ojos.
— ¡Pobre finado Benicio! — suspiró Anastasia.
— ¡Qué mi Dios le tenga en su gloria!

La anciana se estremeció. Cada vez que pensaba en la suerte de ultratumba de su marido se sobresaltaba, confundida de remordimientos. El pobrecito penaba todavía en el purgatorio, y era por culpa de ella. En su testamento le había ordenado que hiciera decir doscientas misas por la salud de su alma; todo el pueblo lo sabía, y ella no había cumplido todavía la orden. Doscientas misas eran tanta plata: ¡doscientos pesos! Y los negocios venían cada vez más malos, las cosechas cada año menos rendidoras... Rezaba todas las noches un padrenuestro por el ánima del finado, «para que el Señor fuera servido de sacarla de las penas en que estuviese», y todos los sábados encendía dos velas a la estampa de Nuestra Señora del Carmen, en la cual la buena Virgen aparecía arrellenada sobre las llamas del purgatorio, sacando a las ánimas rosadas y afligidas, como campesinas endomingadas. Pero tal vez eso no era suficiente. El muerto reclamaba las misas. Cuando ella estaba sola en su cuarto, oía que *daban* golpes en las paredes, que

tiraban piedrecillas del techo, y algunas noches en las altas horas, cuando dormía, sentía de repente un peso abrumador que se echaba sobre su cuerpo y la sofocaba con su presión y su aliento fétido. Dando diente contra diente, forraba entonces la cabeza en los cobertores para no ver las « penas » del difunto, temerosa de quedar « espantada ». « *Ánima bendita del finado, gimoteaba, mañana te mando decir tus misas* ». Y como por encanto, el peso se desvanecía. Sin embargo, al día siguiente su avaricia triunfaba de su terror : no pagaba las misas... Una noche de invierno en que se había acostado tarde por haber estado en la celebración del santo de una vecina, había sentido de pronto que la puerta se abría y que alguien entraba. Era un bulto blanco, con dos lucesitas en los hombros ; a medida que avanzaba, se estiraba, se estiraba... « *Ánima bendita* », exclamó ella e hizo la promesa habitual. Pero el bulto no se marchaba ; se estiraba, se estiraba hasta alcanzar las vigas. « ... Te juro que te pagaré todas las misas y si no, que me lleven las ánimas del purgatorio. » El bulto desapareció. Entonces ella encomandó al cura una corrida de cincuenta misas : no tenía plata para más... Y desde entonces el finado la había dejado tranquila. Pero últimamente había tenido mucho miedo al saber lo que le había pasado a Benito, el sacristán que le robaba sus uvas. Decían que él y la sirvienta de las Ramírez habían visto, en la iglesia, levantarse el ánima de don Pepe Mora del ataúd en que estaba el cuerpo; y salir volando como un pajarraco. La muchacha, enferma del susto, no había dicho nada ; pero el mozito no había podido callar...
¡ Jesús, María ! ¿ Volverían las ánimas a meterle miedo ? »

II

En la puerta falsa, cerrada, golpeaban tímidamente. El perro abrió los ojos rojos, alarmado.

Emelina, que se aburría sentada sobre el escaño, se puso en pie, vivamente; corrió hacia la puerta.

— ¡La Tránsito! — gritó. *rla*

Era la costurera, que le traía en fin el precioso vestido. Le arrebató el envoltorio y voló a su cuarto.

Se acercó al corredor la costurera, inclinada bajo su chal pardo; saludó a la señora sin un movimiento de su cuerpo seco, y se apoyó contra un pilar.

Doña Chabela hizo callar al perro que ladraba encolerizado, y se quedó mirando a la mujer con gran interés. Abría la boca para interrogarla, cuando un crujir sugestivo la obligó a torcer la cara.

Emelina salía de su cuarto, engalanada con su nuevo traje de lanilla color de fuego, pechera y bocamangas de fular color de azufre, abrochábase, molesta, el corpiño algo estrecho.

El ama redondeó los párpados. Con los brazos en escorzo y la figura afligida, la joven semejaba a las ánimas vestidas de llamas, que se desolaban a los pies de la Virgen del Carmen.

Apresuróse la costurera a examinar su obra.

— Parece que está un poco apretado — murmuró, ayudando a la moza a abrochar el corpiño.

— No, no — replicó Emelina, impaciente. — Está bien así...

— Está bien — repitió la anciana, miedosa de que la hicieran pagar la compostura.

Paseó la joven por el corredor, rumbosamente :

— ¡Bonito, tía?...

De la cocina salió Anastasia, atarantada :

— ¡ Ave María !

La china abría la boca.

— Bonito — murmuró la avara, preocupada.

— Págueme pues, a la Tránsito — exclamó Emelina.

— Veinte reales...

Doña Chabela se hizo la que no había oído ; miró a la costurera con un interés exagerado.

— ¿Y han tenido noticias de la Cecilia?— le preguntó.

La mujer alzó la mano descarnada :

— Ninguna, señorita. Nosotros pensamos que se habrá caído al pozo. Alberto, el chicuelo, dice que al sacar agua, topó el rebozo con el valde. Mi mamita cree que la antigua señorita de la casa, que pena en el pozo, la habrá atraído...

— ¿Y no la han sacado ? — preguntó Emelina, desabrochándose el corpiño.

— ¡ Qué, señorita ! ¡ Si el pozo es más profundo !... Una vez que mi padre quiso limpiarlo, no le halló fin...

La anciana meneaba la cabeza, mordiéndose el labio superior :

— ¡ Hum ! Esa casa es mala. De antes, las gentes no se atrevían a vivir en ella. Se oían ruidos raros :

golpes, quejidos, y, en las noches de luna, se sentía cantar en el huerto...

— Asina dice mi mamita.

— Es que había « entierro ». Los vecinos veían luces que caminaban, sentían un chanco que osaba toda la santa noche...

— Asina cuenta don Salustio.

—... Hasta que sacaron el tesoro

— Asina cuenta. Dice que una noche vió en el huerto tres bultos que cavaban, a la luz de dos velas en dos calaveras.

La anciana avanzó el morro, sigilosa.

— Don Fernando López, su hermanito y don Pedro el Cruel — murmuró. — Don Fernando tenía las llaves de la casa.

— ... Y dice que al otro día columbró, al pie de la higuera, un hoyo redondito, como el que deja el culo de un cántaro.

Tembló toda doña Chabela, convulsionada por un reir mudo.

— Veinte reales, tía.

Emelina, que había vuelto a ponerse su vestido de percal, se erguía ante la avara, inhexorable.

Formalizóse la señora y, con ademán lento, sacó su portamonedas todo raído por el uso, tomó algunas monedas blancas, las retuvo un momento en la mano nerviosa, las alargó en fin a la costurera.

Dió las gracias la mujer y se marchó con rapidez extraña, como si escapara.

La anciana movía la cabeza, los labios dilatados.

— Ha de haber otro entierro en la casa — murmuró — por algo penan todavía.

— Así no más ha de ser — respondió Anastasia que, en su ir y venir de la cocina al patio, había oído

en parte el coloquio. — ¿No dicen que los que dejan entierros no pueden descansar hasta que alguien los halla?

— Es malo, entonces, hacer entierros — balbuceó la sobrina, mirando a la tía, fijamente.

Sin contestar, doña Chabela torció los ojos hacia el zaguán de la puerta principal. Entraba un hombre de poncho oscuro, a rayas encarnadas, la cara con la barba ya gris sombreada por un fieltro aludo, de color de borra; traía al hombro unas alforjas bordadas, repletas de paquetes.

— ¡Alejo! — exclamó Anastasia con voz melindrosa, reconociendo a su marido. — ¡No te dilates! ¿A qué horas vas a llegar a la hacienda?

El hombre miró la sombra del alero, que le servía de reloj.

— Es temprano todavía; llegaré con luz — murmuró. Tenía que mercar tántas cosas...

Giró hacia la cocina a fin de echar un bocado antes de aprestarse, mas notando a la señora en el corredor, se volvió y se dirigió al fondo del patio, en que estaba la caballeriza. Hizo salir su caballo, lo ató a un pilar; trajo la silla de pellones, y se puso a ensillar con la parsimonia que exige el complicado apero campesino.

Le señora se amodorraba en su silla, sin dejar por eso el mate. Aproximóse Alejo, andando sobre la punta de los zapatos embarazados por las espuelas desmesuradas.

— Señorita... Señorita, don Miguel Díaz me preguntó por su merced. Me topé con él al salir de la recoba. « ¿Cómo está su señora? », me preguntó. « Así así, señor... » « ¿Por qué se escondió cuando fuí a hablar con ella? » « Estaba enferma, pues, señor... »

La anciana abrió los ojos, aterrorizada.

— ¡ Jesús, María ! — exclamó recordando aquella extraña visita que tanto la había sorprendido. — ¿Para que iba a quererme don Miguel? Un caballero que no negocia, que no trabaja, que no hace más que andar en fiestas y en carreras... ¿Para qué iba a quererme?

El hombre se inclinó misteriosamente :

— Me dijo que venía mandado por don Julio Pardo.

La señora se quedó muda : « ¡ Don Julio Pardo ! Ese caballero forastero, que había casado con la hermana de don Miguel y que vivía en la quinta, cerca del cementerio. ¡ Tan ostentoso ! Cuando llego daba fiestas sonadas, a que convidaba a todos los ricos ; poco a poco fué peleando con ellos, y ahora no invitaba más que a algunos... ¡ Y tan lujoso ! Remudaba redingotes color torcaza, color canela, chalecos de fantasía, pañuelos de seda de todos los colores... ¡ Y tan raro ! Le gustaba jugar en grande ; por la noche reunía en su casa a todos los taures de la vecindad : a don Juan Bautista Ortiz, don Nicanor Lopez, don Simón Herrera, el poeta Castro, y convidaba a los guasos ricos, cuando venían al pueblo, para desplumarlos... ¡ Don Julio Pardo ! ¿Para qué iba a quererla ese caballero tan...? »

— ¡ Oh, no no ! — dijo en fin, con la escasa voz que pudo reunir. — Si viene don Julio, ¡ no vayan a dejarlo entrar!...

— ¡ Por nada de este mundo ! — exclamó Anastasia, que salía de la cocina, con un cubo en la mano.

En la puerta principal sonó un adabonazo estruendoso.

Sobresaltada, la señora hizo ademán de correr

a esconderse en lo más hondo de la casa. Se contuvo. Anastasia le sonreía con toda su sana dentadura : tenía razón, no podía ser don Julio, un caballero no golpearía así.

Alejo corrió a ver :

— Pase no más...

Entró un vejete magro, cargado de espaldas, de aire huraño e impertinente. Llevaba un traje de algodón desteñado, con grandes remiendos nuevos, y un sombrero de paja, con una cinta verde grasienta por el sudor. Don Pedro el Cruel.

El perro se lanzó contra él, furibundo, tomándolo tal vez por otro perro vestido de hombre. Trabajo le costó a Alejo para rechazarlo.

La anciana no pudo ménos de sonreír. Sabía que aquel viejo de figura terrible, que espantaba a los niños, era un pobre hombre que servía de diversión a los ricos del pueblo. Pero sabía también que era, por así decir, el brazo derecho de don Julio Pardo, y tal idea la inquietó extrañamente.

— Aquí vengo mandado — exclamó don Pedro con voz tonante, después de saludar entre dientes.

Y dirigiéndose a la sirvienta, encargada de la venta privada que la señora hacía de los productos de sus tierras :

— ¿Tiene orejones?

— De pera y de membrillo, superiores — respondió Anastasia.

El viejo guiño del ojo a la señora.

— Los quiero para un antojo — murmuró.

La anciana se echó a reír sin ruido.

— No, no son para mi costilla — exclamó el hombre, comprendiendo el pensamiento de la señora ; — está muy vieja ya. Son para la mocita de don

Juan Bautista Ortiz, que va a « salir con bien »...

— ¿De cuales quiere? — preguntó la criada, abriendo la puerta de la despensa, con gran ruido de llaves.

El viejo corrió hacia ella :

— De pera, pues ; quiero verlos...

Y siguiendo a la mujer, entró en el cuarto enorme, negro de sombra y lleno del perfume agridulce de las manzanas que se pudrían en el sobrado.

Anastasia abrió las maderas de la única ventana que daba a la calle ; a través de los vidrios opacos de mugre, que rayaba la reja de hierro, penetró un poco de día en polvareda vaga.

El viejo avanzaba tanteando el terreno con sus pies pesados, por entre el apilamiento de grandes tinajas, de sacos de cuero, de panzas de grasa, de líos de charqui, que subían como montes. Ahusando los ojos, miraba el suelo de tierra, atisbaba por entre las tinajas y los líos, con interés extraño.

De pronto dió un salto hacia atrás :

— ¡ Ah, diantre !

Una rata enorme le había cruzado el camino.

Anastasia largó la carcajada.

— ¿Cuanto quiere? — preguntó inclinándose sobre un ancho cesto de colihue.

El viejo le alargó un pañuelo rojo y blanco. Y metiendo la nariz en el cesto :

— Un real, pues.

La mujer llenó el pañuelo de orejones olorosos, lo anudó cuidadosamente y se lo pasó.

— Dios se lo pague — murmuró el viejo, saliendo, sin pensar que era él quien debía pagar.

Alejo había cabalgado y avanzaba por el patio, al

paso de su bestia. Se detuvo ante la señora, quitándose el sombrero :

— ¿Manda algo, señorita?

Doña Chabela se quedó un momento pensativa.

— El sábado — murmuró — no, el domingo me traerás el carretón con buenos bueyes, para salir esa misma tarde para la hacienda.

— ¡ Al cabo parió la burra ! — exclamó Emelina, batiendo palmas, regocijada a la idea de partir al campo y volver a ver a su primo.

Saludó Alejo, respetuosamente, y dirigió su caballo hacia el portón.

Don Pedro, que seguía la escena atentamente, corrió a abrir con agilidad extraña a sus años.

— ¿Para qué se molesta? — díjole el hombre, confundido por la amabilidad. — Yo puedo abrir...

Pero ya el viejo había cogido a dos manos el cerrojo.

— ... Está malo, saque la tranca no más.

Obedeció el viejo, maniobrando con singular atención.

Alejo salió de un brinco de su caballejo.

¿Qué mala araña picó a don Pedro? Al ajustar la tranca, tropezó y fué a dar un rudo zapatazo contra un ángulo de la puerta ; la madera centenaria se astilló, dejando un agujero por el cual se habría podido pasar el brazo.

El perro acudió ladrando desaforado.

Acariciólo el viejo con ademanes amables, con voces melosas, y, sacando del bolsillo un pedazo de pan, se lo alargó ; el can, hambriento, lo engulló golosamente.

Don Pedro se aproximó a la señora.

— Buenas cosechas tendrá este año — murmuró pagándola.

— ¡Qué! — exclamó la avara, embolsando las miserables monedas. — Cada año son más malas. Ya no se recogen las cosechas de antes, cuando valía la pena trabajar...

— ¡Calle la boca, doña Chabela! — gruñó el viejo. — ¡No la castigue mi Dios! Todos los años no tiene más que poner las manos como pocillo para recibir los reales. Y cada año ha de enterrar un cantarito lleno de plata. Y la tinaja verde, que dicen que tiene por ahí, ya la habrá llenado hasta el gollete.

La vieja alzó las manos unidas, como una santa :

— ¡Ave María Purísima! Un hombre formal como usted, qué haga caso de esos chismes.

— ¡No la castigue mi Dios! Usted es la más rica del pueblo. Yo conozco bien a los ricos que no se quitan el sombrero de pelo, y sé que...

— Ya lo creo, que los conoce bien — le interrumpió la anciana riendo, contenta de poder vengarse — que los conoce bien y los sirve mejor.

(Aludía a los servicios de testigo falso, que el vejete prestaba a ciertos caballeros, sobre todo a don Julio Pardo).

— De juro que los sirvo como naide — rugió el Cruel, comprendiendo la indirecta, y bajando la voz :

— Y a usted también, doña Chabelita, la serviré cuando usted guste.

Y volviendo la espalda, se marchó sin saludar. La china se echó a reír, como si le hicieran cosquillas.

III

El sol oblicuo ponía sobre las copas de los naranjos como un polvo ardiente de oro escarlata. En el aire refrescado se sentían, penetrantes, enervadores, el perfume verde de las hojas vivas, el efluvio almibarado de las rosas abiertas.

— Pon la mesa, niña.

Emelina que se paseaba bajo los naranjos, ensimismada, corrió al comedor. Sacó una mesilla de madera blanca, la puso bajo el emparrado, la guarneció de un mantel grosero, dos cubiertos de estaño, una garrafa de vino.

Tía y sobrina se sentaron frente a frente.

Anastasia se apresuró a traer, en la olla misma, la cazuela de pollo, con frijoles verdes y pedazos de mazorca de maiz. Se sirvieron con parsimonia, en silencio.

La anciana comía lentamente, mascando lo mejor que podía con los restos de su dentadura ; dejaba una parte de la ración para dársela a la china, sentada a su lado, en el suelo. Emelina tiraba las migas a las gallinas.

Sobre el emparrado, un chincol desgranaba su gorjeo cristalino.

— ¡ No han visto a mi tío Agustín, tin, tin, tin ! —

exclamó la joven con voz falsa, traduciendo el canto del pájaro según la interpretación popular.

La china, invisible, se echó a reír.

La cocinera sirvió las arvejas nuevas con mote y cebolla, luego un gran pedazo de zapallo asado y una taza de arrope.

Sonrió la señora al ver el zapallo : era su manjar favorito. Cortó un buen trozo, que untó de arrope, abundantemente.

Terminada la comida, la anciana sacó su bolsa de tabaco, negra a flores verdes ; torció un cigarrillo en una fina hoja de maiz y lo encendió en la brasa que la china, lista, le pasaba ya en un pedazo de teja.

Emelina, que se había puesto en pie, cogió su silla ; la china tomó la del ama.

Salieron todas al corredor que daba sobre la plaza ; se sentaron, silenciosas.

Bajo el cielo desteñido, de un blancor muy dulce, la plaza se refrescaba del calor de la tarde. Las grandes acacias de las avenidas esponjaban el encaje esmeralda y nácar de su follaje florido. En los jardines, entre los macizos de plantas, mil flores alzaban sus corolas como desfallecidas por su propio perfume : alelies de un púrpura que se creería artificial, azucenas semejantes a estrellas nevadas, rosas de todos los matices, pensamientos de terciopelo sombrío, miosotis como ojos de las hojas ; en tanto que en la gran fuente central, la beldad alegórica de bronce vertía con languidez deliciosa los chorros gorjeantes de sus surtidores.

Escasas personas se movían aquí y allá. Ante el pilón de la avenida, dos mozas rezagadas llenaban sus cántaros. Por la acera de la iglesia, algunas mujeres de manto avanzaban como negras moscas. En los sopor-

tales de la cárcel, un vigilante de quepí minúsculo y bombachos rojos, se paseaba flemáticamente. Empero, no pocas personas empezaron pronto a circular por las avenidas : los caballeros con sus familias, que hacían el paseo cotidiano, en pos de la cena.

La sobrina y la tía miraban a los paseantes, con esa curiosidad infantil que es virtud colectiva en las pequeñas poblaciones. De pronto, la anciana pestañeó nerviosamente. Por la avenida frontera pasaban dos caballeros jóvenes, el uno delgado, con grandes bigotes rubios, el otro alto, de barbilla rojiza, moldeado en un chaqué gris, de cuyo bolsillo desbordaba el pañuelo lila en larga cascada.

« ¡ Don Miguel, don Julio ! » Y bajando los párpados la avara se ovilló en su silla, en el absurdo empeño de hacerse invisible. No había objeto. Los caballeros pasaron sin mirar hacia la casa. Emelina siguió al más alto con mirada húmeda. Cosa extraña : aquel hombre, a quien no conocía sino de verlo pasar, la atraía facinadoramente, casi tanto como su primo...

Ahora venía un caballero maduro, de sombrero de copa, con un niño de la mano. Al enfrentar la casa, el niño miró a las mujeres sentadas, hablando y riendo atropelladamente.

— ¡ Mal haya ! — murmuró la vieja, haciendo chispear su cigarro : había reconocido a don José Manuel Herrera y a su hijo menor.

Pero enseguida se inclinó sonriente, contestando al saludo que el caballero le enviaba.

Anastasia, que había terminado de lavar la loza, había venido a sentarse sobre el umbral de la puerta. Satisfecha, miraba a los paseantes con la misma curiosidad de las señoras.

— No hay música hoy — balbuceó lanzando una mirada al tabladillo próximo, desierto.

— No pues — respondió Emelina — ¡ Qué lástima !

— Luego vendrá la Nochebuena — sonrió la señora.

— ¡ Oh ! — exclamó la sirvienta. — ¡ Entonces sí que la plaza está bonita ! Tántas ventas, tanta gente y el canto y el baile que arden...

— De antes era mejor : había una riña de gallos sonada...

— A mí lo que me gusta más — saltó la joven — son las mujeres que tocan el harpa. El año pasado había una que cantaba una tonada muy graciosa :

Cuando cantaba el gallo :

« ¡ Cristo nació ! »,

Se le acercó la zorra :

« Conque así ¿no?... »

Rió la china, a gritos.

Las campanas del ángelus vertían en el silencio la dulzura de sus sonos conmovedores.

¿Qué miraba Anastasia, el cuello alargado, la boca abierta? De pronto lanzó una risa aguda, que hizo danzar sus pechos muelles.

— ¡ Doña Matea Clavo ! — exclamó designando con el dedo a la extraña viejecilla.

Sumamente seca y nariguda, la cabeza más ancha que el cuerpo, merecía ésta el apodo conque todos la nombraban. Detenida en medio de la avenida, hablaba gesticulando, con dos mozos decentes, que la oían sacudidos de risa.

— ¡ Válgame Dios ! ¿ No ven como todavía gallea ?

— Moro viejo no puedo ser buen cristiano — murmuró la anciana, devorando la sonrisa.

Todos en el pueblo sabían que aquella cómica mujer había sido una Celestina, mas viéndola ya vieja e inútil, todos la trataban con benevolencia sonriente ; las damas mismas solían hablarle al pasar.

— ¡ Si todavía está alentada como antes ! — pròsiguió la sirvienta con voz de regocijo. — ¿ No sabe su merced lo que hizo la vez pasada, cuando éstaban los payasos en el pueblo ? Toditas las noches iba a la función : se plantaba en la puerta y les pedía plata para entrar, a los caballeros. Una noche, un chiquillo de la calle le gritó : « ¡ Matea Clavo ! » Ella se puso furiosa, y viendo a unos chicuelos más grandes, que se reían : « tráiganmelo, les dijo, van a ver lo que voy a hacerle. » Los chicuelos, curiosos, agarraron al chiquillo, y, aunque gritaba como un barraco, se lo trajeron. Lo hizo poner contra el suelo, boca arriba, se remangó las enaguas, y en la misma boca... lo roció.

Rieron todos de buena gana.

La viejecilla había tomado el corredor y avanzaba a paso saltado de pájaro. Al enfrentar al grupo, saludó políticamente. Y deteniéndose de un pie :

— ¿ Cierto que en el despacho de la otra esquina las velas están baratas ?

— Así dicen.

— Voy a comprar dos decenas para la viuda de don Pepe Mora. Todos en la familia están muertos de miedo a causa de lo que le sucedió a Benito y a la niña de las señoritas Ramírez. Creen que el finado pena en la casa. Y la señora, y la niña y hasta el mozo grande no pueden dormir a oscuras : dicen que oyen ruidos raros en el jardín y que entran ánimas a cargarlos. Yo pienso que más será el miedo, y la borrachera del mocito. Yo no creo en nada...

¡ Hum ! — gruño doña Chabela. — Con las ánimas

hay que hacer como con los brujos : no hay que creer pero hay que guardarse, como dice el santo cura.

— De juro — saltó Anastasia. — Yo no tengo miedo a los salteadores ni a naide de este mundo, pero con las cosas del otro no me atrevo ; si jamas viera una visión no sería capaz ni de gritar.

— Yo no puedo decir — dijo doña Matea ya sobre sus dos pies. — Nunca he visto nada. Pero mi comadre Tomasa decía que las ánimas venían a cargarla cuando dormía. Una mañana la hallaron en la cama como muerta, con la boca llena de baba... ¡ Y lo que le pasó a don Nicasio Vera, cuando era mozo !... ¿ Se acuerda de don Nicasio, doña Chabelita? Era un desalmado, no le callaba ni al mismo diantre. Una noche que se había quedado en el pueblo taureando, se le antojó salir para sus tierras al canto de los gallos. Todos le decían que no hiciera tal porque tenía que pasar por el panteón, y en las Cruces, donde descansan con los cuerpos, salía una fantasma. Pero el hombre, que era porfiado, no hizo caso... Cuando iba frente al espino en que están las cruces, el caballo dió un saltazo y se paró. En la mitad del camino, un bulto blanco, con dos lucesitas en los hombros, se estiraba, se estiraba... Sin turbarse, el hombre clavó las espuelas a la bestia : quería pasar por encima del bulto, pero el caballo no se movió. « De este mundo o del otro », gritó entonces, furioso. « Dil uutro », le respondió una voz desmayada que parecía venir de los profundos... El guapo cayó redondito. Al otro día lo hallaron en el camino, echando espumarajos por boca y narices.

Hizóse un silencio de terror, sofocante.

— Vóime — dijo de súbito la viejecilla, echando a andar. — Voy precisada.

Y volviendo la cabeza :

— A mí no me importan nada las ánimas : no les penan más que a los que les deben algo.

Y de un brinco desapareció tras la esquina.

Anocheía. En el cielo de un verde azulino, transparente, de berilo, algunas estrellas vacilaban ya como gotitas de agua luminosa. La plaza estaba llena de una media luz azul plúmbea, dulcísima, que desvanecía los árboles en deliciosa vaguedad. Los faroles comenzaban a desplegar sus flores de oro. De la puerta iluminada de la iglesia salían las gentes, desgranándose en negro rosario.

IV

¡Brrrrón! La puerta del cuarto de la avara se abrió de par en par, dejando entrar el aire fresco y las estrellas ardientes de la media noche.

Doña Chabela se despertó sobresaltada.

«¡Salteadores!» pensó y quiso gritar, pero su voz se extinguió en su garganta.

Entraban a paso cauteloso uno, dos, tres fantasmas blancos, con luces vacilantes sobre los hombros y capuchones caídos, horadados a la altura de los ojos, que ocultaban sus caras, sin duda, óseas.

«¡Ánimas!» pensó la vieja, y dando diente contra diente, hundió la cabeza bajo los cobertores.

Los fantasmas avanzaban sin ruido, como si no tocaran el suelo, volviendo a uno y otro lado la cabeza encapuchonada: sus lucesillas ponían sobre las paredes tenebrosas estremecimientos de fuego espeluznantes.

Uno, el más flexible, se llegó al lecho, trepó de un salto y se extendió sobre el cuerpo invisible de la avara.

Al sentir la presión, la anciana se agitó convulsivamente, y con acento de espanto:

— Anima bendita del finado — tartamudeó — mañana sin falta te hago decir...

Pero el fantasma le sopló a la cara con voz caber-

nosa, que venía, indudablemente, del otro mundo :

— ¿Me conoces? ¡ Ah !... Sí, soy yo, Benicio, tu marido...

— Sin falta te hago decir tus misas — gimió la vieja.

— ¡ No, no ! — replicó el espíritu en el mismo tono. — Ya estoy cansado de achicharrarme en las pailas eternás... Me vas a dar la plata, toda la plata que tienes, para hacer decir un millón de misas por todas las ánimas del purgatorio... ¿ Donde tienes enterrada la plata?

Doña Chabela se aquietó, enmudeció.

— ¡ Contesta, vieja maldita !

Pero la vieja no chistaba.

Furioso, el fantasma le arrancó el embozo, y sacudiéndola por los brazos :

— ¿ Donde tienes la plata?

La anciana lanzó un grito gutural, extraño, como esos que se profieren durante el sueño, en el horror de las pesadillas ; puso los ojos blancos, torció la boca y se quedó inmóvil.

— ¡ Contesta, vieja bruja !

Pero la avara no se movía : se la habría creído muerta.

Entre tanto, los otros dos fantasmas sin perder tiempo, se habían metido a gatas bajo la cama de madera, muy alta, donde había una infinidad de cosas inútiles, apiladas. Con tino extraño, sin hacer un rumor, examinaban y retiraban todo : viejos zapatos y botas para montar, canastos llenos de trapos, cacharros, una antigua jeringa de azófar oxidada.

El más alto, que maniobraba con mayor desenvoltura, chocó de pronto con un objeto que vibró con

tintín argentino. Era un viejo orinal de plata, sin uso a juzgar por las telarañas que le cubrían. Bella pieza de silueta elegante, el asa fina, los bordes arqueados. Maneó el fantasma la capucha con satisfacción, y dejó el precioso vaso aparte.

El que parecía el más viejo, por la pesadez de sus ademanes, tanteaba los ladrillos del pavimento para ver si se movían. Retiró el último objeto que llenaba el ángulo, un ancho cesto lleno de hierbas, sin duda medicinales, y, notando que allí las baldosas no estaban firmes, sacó de entre el sudario un gran cuchillo, y con su ayuda alzó un ladrillo fácilmente y se dió a hurgar en la tierra poco dura.

El Alto y el Flexible que se habían metido, a su vez, bajo la cama, se aproximaron haciendo temblar sus lucesillas. Pronto el Viejo dió con su cuchillo contra algo duro, que sonó a hueco. Retiró ágilmente la tierra y descubrió el cuello de un cántaro de arcilla; cavó aún un poco y sacó el cántaro sin dificultad. Listo, el Alto se lo arrebató de las manos, y, arrancando la tapa de barro, hundió los dedos en el cuello estrecho: sacó varias monedas de oro antiguas, «cóndores» y onzas del tiempo del rey.

Los tres fantasmas se agitaron un punto, nerviosamente, murmurándose frases ininteligibles. Luego, el Viejo empuñando de nuevo su cuchillo, hizo saltar otras baldosas y se dedicó a picar el suelo apelmazado. Sacando cuchillos semejantes, los otros dos lo imitaron activamente. En un santiamén desembaldosaron todo el espacio comprendido entre los pies del lecho. Mas la tierra estaba tan dura que los puñales apenas conseguían desflorarla. Maniobraban con ardor pero sin ruido, como conviene a seres sobrenaturales. Empeño inútil: ¡no había otro tesoro!

Exasperado, el fantasma flexible se abalanzó nuevamente contra la avara, y sacudiéndola sin piedad :

— ¡ Vieja zorra ! ¿ Donde tienes la plata ?

Al movimiento brusco que hizo, se escurrió de la almohada, tintineando, un manojo de llaves. Presto, el fantasma lo cogió, y, viendo cerca de la cama un baúl antiguo claveteado, ensayó varias llaves y luego lo abrió. Retiró un sinnúmero de escrituras plegadas, en paquetes, y dió con un cofre no cerrado, una de esas cajuelas de talla, con pestillo primoroso, de la época colonial. En su fondo, entre un revoltillo de viejas esquelas pegadas con obleas, había un grueso camafeo en coral blanco, montado en filigrana de oro, y un par de pendientes enormes : dos perillas de amatista colgantes de dos anchos aljófares, engarzadas en plata.

El fantasma alto, que se había aproximado y seguía el manipuleo de su congénere, tomó las viejas joyas y las alzó a sus ojos brillantes entre la blancura del sudario ; su capuchón se movió varias veces con regocijo manifesto. Después, los dos se llegaron a la antigua cómoda de nogal, enchapada de nácar, sobre la cual, tras un apilamiento de vasos con rosas marchitas y de candeleros de cobre, pendía de la pared la ingenua estampa de Nuestra Señora del Carmen sacando a las ánimas del purgatorio. Abrieron las gavetas trascendentes a alhucema, una a una, y removieron con agilidad silenciosa cuanto en ellas había : pañolones desteñidos, enaguas con encajes burdos, faldas de bayeta, medias de algodón y, entre muchas gacetas de antaño, un mantón de seda bordado, de un violeta marchito, en que la humedad había puesto manchas amarillas.

A ese tiempo, el Viejo se apoderaba de un tarro de hojalata bayo, que estaba sobre la mesa, y sacaba de él enormes pedazos de azúcar que hacía desaparecer bajo su capuchón. No sólo de misas viven las ánimas...

Decepcionados, los otros dos abandonaron la cómoda. No querían trapos : necesitaban oro, mucho oro para redimir el purgatorio entero. Y a paso de gato se dieron a hurgar a través del cuarto, inclinándose a diestra y siniestra. De pronto, el Flexible tropezó con un bulto informe. La china que dormía sobre unos pellejos, con el sueño inconmovible de la infancia. Le tapó la cara con el cobertor y la dejó tranquila.

Viendo que no había más que hacer allí, el Alto empujó una puerta entornada a medias, y los tres penetraron en un cuarto amplio : la sala sencilla, amueblada apenas, con un sofá de crin, algunas sillas de paja, pintadas de negro ; en un rincón, una guitarra enfundada. Alzaron rápidamente el jergón usado, a rayas verdosas, y se pusieron a examinar el pavimento. Las baldosas, intactas, estaban sólidas, perfectamente ajustadas. Irguiéronse los tres espíritus, desconcertados.

Como vieran una puerta entreabierta, entraron en el cuarto contiguo. Se sentía allí ese relente cálido que despiden las hembras jóvenes cuando reposan. Sobre el lecho, Emelina dormía en calma, la boca ligeramente abierta, los brazos enarcados tras la cabecita rubia ; en las axilas brillaba como una espuma áurea.

El fantasma capitán recorrió con mirada presta los muebles humildes : la percha cubierta de una cortina de percal, el tocadorcillo con su palangana de

latón floreada, la silla en que estaban las ropas de la durmiente. El Viejo se acuclilló y se dió a mirar bajo la cama. No había nada, nada más que el vaso indispensable, de loza, con paisajes azules. El Flexible, tornado tierno, se inclinaba sobre la joven, apasionadamente.

Levantó el Alto los brazos, con autoridad. En un segundo los tres estuvieron de vuelta, en el cuarto de la avara.

No se oía un rumor: la casa entera dormía. Salieron al patio borrado de sombra, en que los árboles sobre el cielo aparecían florecidos de estrellas.

El fantasma viejo, las llaves en la mano, se dirigió a la despensa. Como tropezara con algo lacio, lo apartó con el pie, despectivamente. El perro. Era el perro muerto. ¿De susto, tal vez? Tal vez de susto. Abrió sin ensayar, con destreza de conocedor.

Internáronse los tres en el cuarto enorme, hundido en tinieblas. Al fulgor de las lucesillas, las tinajas, los sacos, las pilas de líos parecían vacilar.

Con extrema agilidad y sin rumor sensible, lo retiraban todo, mirando prolijamente el suelo desnudo. Por todas partes la tierra aparecía compacta, dura, impenetrable a los cuchillos que la tanteaban obstinadamente.

Dispersáronse los fantasmas con evidente despecho. Se deslizáron de un lado a otro, examinando los objetos, inspeccionando las paredes, atisbando por los rincones en que la humedad hacía germinar minúsculas florestas de hongos. Vanamente: no había indicios de «entierro».

De pronto, el Viejo se detuvo ante una ventana cla-

vada que daba al patio, sobre cuyo alféizar cubierto de tablas estaba la botija del arrope. Como iluminado por inspiración celeste, puso en el suelo la vasija, sin curarse ni de oler el contenido ; separó las tablas sueltas y empezó a remover los adobes blandos.

Acudieron los otros, atropellándose.

Seis manos nerviosas separaron rápidamente la tierra removida. El gollete verdoso de una tinajuela apareció ante los capuchones visiblemente emocionados.

« ¡ La tinaja verde, la famosa tinaja verde ! »

Rápidamente, hicieron saltar la cubierta de madera añeja, y tres manos ávidas se hundieron en la tinaja de maravilla, mas sus dedos crispados sólo tocaron el vacío : la tinaja no estaba llena. Hundiéronse entonces cuanto pudieron. Igual resultado : sus uñas sólo rascaron las paredes. Retiráronse las tres manos, derrotadas, y los tres capuchones, trémulos, se inclinaron simultáneamente sobre la boca negra de la vasija.

— ¡ Aaaaah !

La tinaja verde, la maravillosa tinaja verde estaba vacía.

Abatidos, los pobres capuchones se quedaron un instante inmóviles, como convertidos en conos de sal.

Súbitamente, irguióse el Viejo, prestando el oído. En seguida corrió hacia la puerta y la abrió de par en par.

— ¡ Chiu !

— ¡ Chui !

— ¡ Chiuu !

— ¡ Chuui !

— ¡ Chruutch !

En el alero, sobre los naranjos, en el emparrado las diucas saludaban el advenimiento triunfal de la luz. La luz que enciende la vida y desvanece los fantasmas.

FIN

ÍNDICE

PROEMIO	5
PRIMER EPISODIO.	
El Culebrón	13
SEGUNDO EPISODIO.	
La Endemoniada	49
TERCER EPISODIO.	
La Zorra Verde	83
CUARTO EPISODIO.	
El As de Oros.....	119
QUINTO EPISODIO.	
La Varillita de Virtud.....	159
SEXTO EPISODIO.	
La Lechuza.....	201
SÉPTIMO EPISODIO.	
Las Ánimas	239

TERMINADO DE IMPRIMIR
POR LA IMPRIMERIE CRÉTÉ, CORBEIL,
PARA LA AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA,
EL 5 DE MAYO DE 1927.

EXTRACTO DE NUESTRO CATALOGO

Colección contemporánea

Eduardo Herriot. — <i>Crear</i>	8 pts.	<i>Poetas y bufones</i> . — Polémica Vasconcelos-Santos Chocano.....	4 »
Ramón Gómez de la Serna. — <i>El torero Caracho</i> . — Novela.....	5 »	<i>Mallorca "Isla de ensueño"</i> , de M. Gibert	
José Vasconcelos. — <i>La raza cósmica</i>	10 »	Miret. Prólogo de Santiago Rusiñol. —	
<i>Historietas de todo y para todos</i>	4 »	Texto catalán y castellano.....	4 »

José Vasconcelos. — INDOLOGIA Una interpretación de la Cultura Iberoamericana Un Volumen..... Precio : 8 pesetas.	Rodrigo Soriano — SAN LENIN (Impresiones de Rusia) Un Volumen..... Precio : 8 pesetas.
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------

Alejandro Sux. — <i>El asesino sentimental</i> . — Novela.....	Pesetas 4.50	Clemente Vautel. — <i>La mujer que no quería hijos</i> . — Novela.....	5 »
León Daudet. — <i>Un día de tormentá</i> . — Novela.....	5 pts.	Pedro J. Rosa. — <i>Crímenes del imperialismo</i> . — Prólogo de F. García Godoy.....	4 »
Pierre Frondaie. — <i>El hombre del hispano</i>	5 »	Demetrio Korsi. — <i>El viento en la montaña</i> . Poetas. — Prólogo de Manuel Ugarte.....	4 »
Pierre Frondaie. — <i>El agua del Nilo</i>	5 »	Luis López de Mesa. — <i>Civilización contemporánea</i>	5 »
Hernández Franco. — <i>El hombre que había perdido su eje</i>	4 »	Francisco Contreras. — <i>El pueblo maravilloso</i>	5 »
Hernández Franco. — <i>Del amor, Inquietud y Cansancio</i>	3 »	E. Gascó Contell. — <i>Grandes poetas de España y América</i>	4 »
Ramón Gómez de la Serna. — <i>Las 636 mejores greguerías</i>	4 »		
Ruben Darío. — <i>Emelina</i> . — Novela desconocida, prólogo de Francisco Contreras.	5 »		

Colección "LOS GRANDES ESCRITORES"

4 pesetas volumen

<i>Palacio Valdés</i> por Angel Cruz Rueda	<i>Tagore</i> por Pieczynska
<i>José Martí</i> por Isidro Méndez	<i>Máximo Gorki</i> por E. Gascó Contell
<i>Benavente</i> por Angel Lázaro	<i>Rubén Darío</i> por F ^o Contreras
<i>V. Blasco Ibáñez</i> por Gascó Contell	<i>Santiago Rusiñol</i> por M. Gibert Miret

Colección "ÉXITOS"

5 pesetas volumen

Publicación en forma de libro, a todo lujo, ilustrado con trabajos originales y en la que figuran los mejores autores de todos los países. Por el precio de una novela, esta publicación contiene dos o tres de ellas, completas, inéditas y debidas a la pluma de altos prestigios contemporáneos.

TOMOS PUBLICADOS

I	II
<i>El día del gran premio</i> de Pierre Benoit.	<i>El amor y la dicha</i> de Henry Bordeaux.
<i>Las mujeres de los demás</i> de Rosny aíné.	<i>Greguerías escogidas</i> por Ramón Gómez de la Serna

PROXIMOS VOLUMENES

<i>Mapa espiritual de España</i> , de Manuel Abril.	<i>Olimpia y sus amigos</i> , de Francis de Miomandre.
<i>La Nereida</i> , de Henry de Regnier.	<i>Una bala perdida</i> , por E. Gascó Contell.
<i>Como una sombra</i> , de G. Gómez de la Mata.	

Colección "VULGARIZACIONES"

3 pesetas volumen

Los orígenes de la vida (Evolución, Transformismo, Darwinismo). *El Transformismo juzgado por el naturalista Fabre*, por Saint-Ellier y Doctor J. Poucet.

Algunas horas en el cielo.. por el Abate Moreux. | *La verdad sobre el espiritismo*, por el Dr. A. Durand.

AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERIA

14, RUE DES SAINTS-PÈRES — PARIS (VII^e)